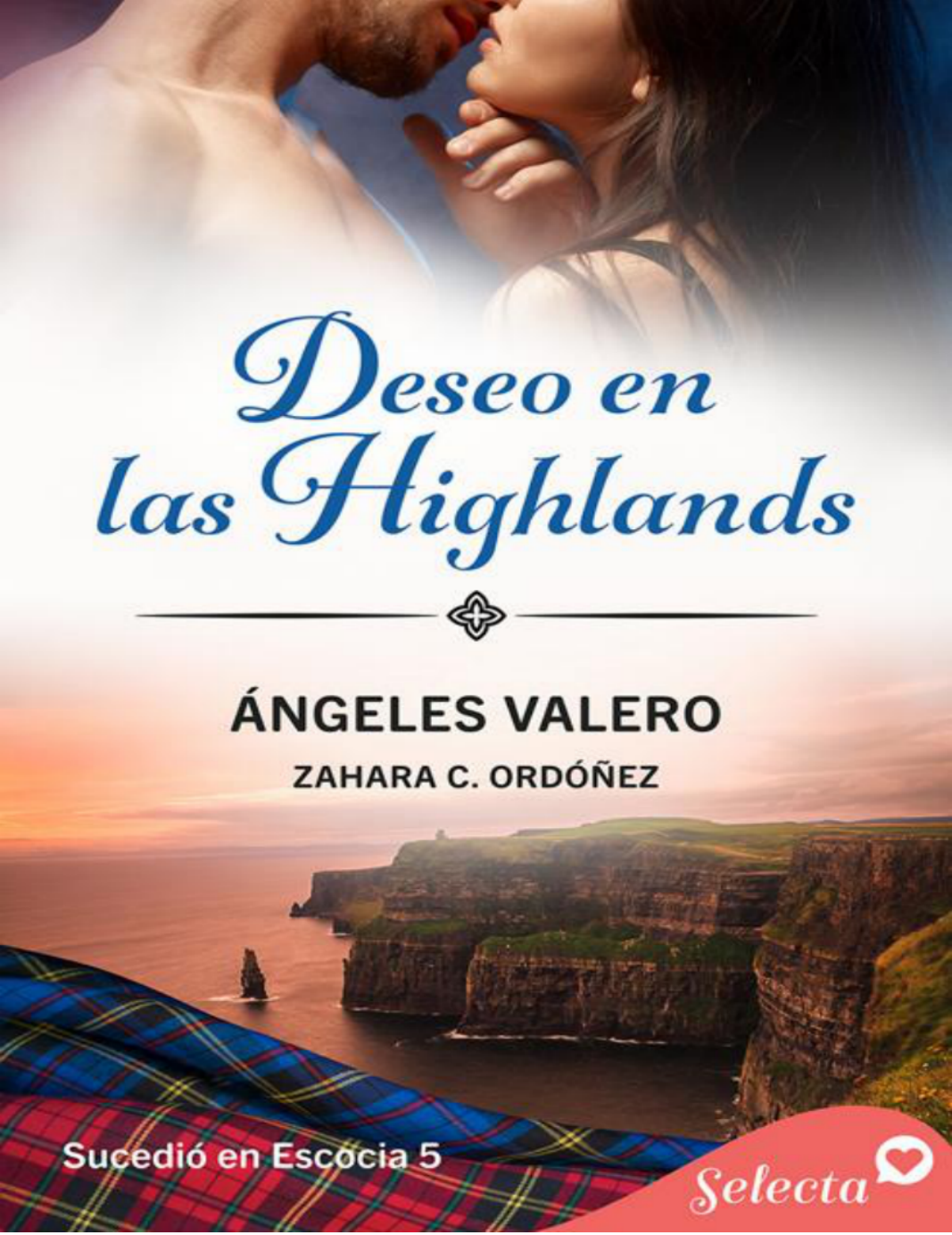

Deseo en las Highlands
ÁNGELES VALERO
ZAHARA C. ORDÓÑEZ
Sucedió en Escocia 5
Selecta

Deseo en las Highlands

SERIE

Sucedió en Escocia 5

Ángeles Valero

Selecta

A los hombres de mi vida.
Esos que con su saber estar
inspiran personajes como Logan.

Capítulo 1

Logan

La risa traviesa de Tracy resonó por toda la habitación. Volver a tenerla desnuda entre mis sábanas era un placer.

Enterré mis labios entre sus pechos para besarla e iniciar un camino descendente, mientras ella solo reía y pedía más. Coloqué sus piernas sobre mis hombros y besé el interior de sus muslos, avanzando poco a poco hasta el centro, tornando sus risas en jadeos. Arqueó la espalda suplicando más. Busqué la protección en el primer cajón de la mesita y ella rodeó mi cuello con los brazos, besándome con deseo.

—Quiero más —murmuró.

—Dame un segundo.

—De pie.

La miré de reojo y ella volvió a reír traviesa. No respondí. Sin dejar de besarla me puse el preservativo.

—Logan... —pidió con voz sensual.

Pasé mis brazos por su cintura a la vez que me levantaba de la cama y ella entrelazaba las piernas en mis caderas. Apoyé su espalda en la pared junto al cabezal y me hundí en ella al tiempo que, fuera, volvía a soplar con fuerza el viento haciendo chocar la lluvia contra la

ventana. Fue corto e intenso, como nos gustaba a ambos. Me quedaron fuerzas suficientes al terminar para tumbarla con delicadeza en la cama. Besó con suavidad mis hombros subiendo despacio por mi cuello hasta mis labios.

—Gracias por dejar que me quede aquí a pasar la noche.

—De nada, es un placer hospedarte en mi humilde hogar.

Sonrió con dulzura.

—Me encanta viajar por Escocia y hacer parada en Baileaghràid.

—Y a mí que la hagas, aquí siempre serás bienvenida.

—La próxima podrías venir tú a Londres.

—Ajá —respondí jugando con mis dedos en su costado—. Podría, pero no se me ha perdido nada allí.

Emitió un ruidito con la garganta y con voz dulce dijo:

—Eres malo, Logan McLean.

—Soy sincero, Tracy Grand.

—Es que si vinieras podrías pasar una temporada, estoy segura de que te gustaría la ciudad.

—Odio las ciudades, soy un hombre de campo, ya lo sabes. Además, supongamos que tienes razón y me gusta. ¿Qué hago después? ¿Vendo mi negocio y me voy allí contigo? ¿De qué viviría?

—Yo te cuidaría a cambio de esos *scones* tan ricos que haces y ese asado de venado. —Volvió a reír mientras me besaba—. Podrías tener esto todas las noches. Iríamos de fiesta y a lugares exóticos.

La besé atrayéndola más hacia mí. Hundí la nariz en su cuello y rocé su suave piel con la punta de la lengua.

—Soy un hombre de gustos sencillos, no me gustan las aglomeraciones de gente.

Resopló.

—Es que este pueblo es lo más aburrido que conozco, no hay nada que hacer ni que ver. Ni siquiera salís en las guías de turismo.

—Mejor.

—¿Mejor? Tienes una posada, ¿cómo puedes no querer más turistas?

—Tengo la gente que necesito. Lugareños que vienen a mi taberna y gente de ciudades cercanas que acuden en busca de paz. Si empezamos a salir en las guías de turismo esto se llenará de personas que perturbarán la paz de mi amado pueblo.

—Amado pueblo —repitió poniendo cara triste—. Jamás vas a cambiar de opinión.

Rocé su mejilla con mi nariz.

—No, ya lo sabes, y mucho menos para irme a una gran ciudad. Ya lo probé, viví en Glasgow un par de años, incluso en Valencia, España, una temporada. No funciona, no es para mí.

—¿Y qué pasaría si no volviera a venir? ¿No me echarías de menos?

Cerré los ojos resoplando y apoyando mi frente en su hombro. No entendía porque cada cierto número de encuentros tenía que tener esa conversación.

—Tracy, creí que...

—Que lo nuestro es esto. Encuentros esporádicos. Buenos, felices y cortos —dijo con resquemor.

—Lo hablamos y así lo acordamos. Nunca he querido hacerte daño.

Negó con la cabeza, suspiró y me dio un beso en la mejilla.

—No, no me has hecho daño, Logan. Es solo que, todos los tíos con los que intento salir o besan fatal o son malísimos en la cama, y tú...

—Yo te parezco bueno porque nuestros encuentros son esporádicos. Tú y yo no tenemos ningún interés común fuera de esta cama.

—Así de frío.

La abracé a la vez que me movía y la atraía hacia mí. Rodé para situar la espalda sobre la cama haciendo que ella se apoyara en mi pecho.

—¿Te ves despertando aquí todas las mañanas? ¿Serías capaz de entender que para mí es importante esta tierra, que de vez en cuando me gusta coger mi cámara, montar en Gaoth y desaparecer del mundo? Pasar unos días en algún refugio en silencio, solo yo y la naturaleza, ¿podrías entender eso?

—No.

—Pues no estás enamorada de mí, Tracy. Solo de las cosas que te hago y me encanta hacértelas, de verdad que sí. Pero esto que sientes ahora es producido por los orgasmos y una buena cena, no porque quieras pasar el resto de tu vida conmigo. —Trató de moverse para

irse y la detuve—. No vas a ir a ningún lado a mitad de la noche, si no quieres dormir conmigo me iré al sofá.

—¿Lo harías?

—Por supuesto que lo haría. Te invité a pasar la noche en mi casa y eso no tiene por qué significar necesariamente sexo.

—Claro, porque crees que puedes recibirme con esa sonrisa tan cautivadora, tu mirada de caramelo, vestido de ese modo tan sensual y no despertar ningún deseo en mí.

—No voy vestido de ningún modo.

—Llevas un *kilt* que deja al descubierto tus piernas fuertes y trabajadas y esa camiseta que te marca los pectorales y los brazos.

—Es una camiseta de algodón blanca —dije riendo mientras le deshacía el pelo.

—Vale, lo admito, voy muy salida, pero es que ya hacía más de seis meses de nuestro último encuentro y ha sido un tiempo muy largo.

—Tienes que venir aquí en invierno, yo te doy calor mientras vemos cómo nieva.

—¡Ja!, y que me quede atrapada en este pueblucho.

Simulé una puñalada en el corazón.

—Herido y muerto. ¿Qué ha sido de la chica que quería vivir conmigo hace un momento?

—Tenías razón. No nos soportaríamos.

Y no tenía seguro que alguna vez alguien lo hiciera. Era feliz viviendo solo, haciendo mis horarios sin tener que dar explicaciones a nadie de cuando entraba o salía. Como mucho, los días de escapada mandaba un mensaje al grupo que tenía con mi gente, para que no sufrieran por mí. Así era mi vida, transcurría de un modo apacible y tranquilo, no deseaba cambiar nada de ella.

—Si algún día visito Londres, te prometo que te avisaré.

—Eso espero. Aunque igual te hago otra visita pronto. Sí, vendré con unas amigas y que te vean como yo te vi aquella primera vez, cargando una piedra con el *kilt* arremangado hasta medio muslo y sin camiseta. Sudoroso y con todos los músculos en tensión.

—Y aquí tienes la muestra de tu amor. Muy de ciudad y lugares elegantes y luego lo que te gusta es un hombre que levante piedras de más de cien kilos.

Volvió la risa traviesa, se acercó a mi oído, como si de pronto alguien pudiera escucharnos y a ella le diera vergüenza, y dijo:

—Así me aseguro de que puedes cargarme.

Fui yo el que reí. Volví a ladearme haciendo que quedara encajada entre mis brazos y mi cuerpo. Después de dos asaltos y un día muy ajetreado en la posada, necesitaba descansar.

—*Oidhche mhath,* Tracy.

—Buenas noches.

Respondió en inglés demostrando una vez más que no podríamos llegar a ser pareja. Lo nuestro era una atracción animal que resolvíamos en el momento; y por mucho que yo quisiera llegar a tener algo más, ella no era la indicada.

En esos cuatro años de encuentros no se había molestado en saber nada más de mí ni de la cultura de mi tierra, mas lo que había podido observar en sus días en la posada. Una persona sin curiosidad que llegó a Baileaghràid de rebote porque su intención era gastarle una broma a su amiga en su despedida de soltera. La idea: pasar una noche en mi posada haciéndola creer que era allí donde pasaría el resto de la fiesta. En aquel pueblo alejado de la mano de Dios. Al día siguiente, cuando su amiga estuviera ya convencida, se marcharían a Edimburgo a vivir entonces esa escapada loca que iban buscando.

Y eso hicieron, solo que esa única noche se convirtió en la mejor de toda la despedida. Llegaron justo en los Juegos y tuvieron la suerte de que la habitación de la buhardilla donde puedo hospedar a más de seis personas se había quedado libre. Disfrutaron sin inhibiciones ni reglas de una fiesta sin guion, en un lugar seguro como es nuestro pueblo, donde la gente es abierta y hospitalaria. Y me consta que no fue solo Tracy la que no durmió en esa habitación compartida. Pero lejos de eso, de la curiosidad por la diferencia cultural momentánea, entre ella y yo no podía existir nada más.

¿Cómo iba a hablarle de la magia que se creaba en esas tierras en los atardeceres de invierno? ¿O relatarle los cuentos de hadas que mi madre nos contaba para dormir? ¿Cómo explicarle que Gaoth lleva el nombre del viento porque encontré a su madre herida a punto de dar a luz en el prado y la ayudé? Desde entonces, lo siento como un hijo, y como tal ese su nombre. Porque mi parte Drummond lo exige y mi parte McLean lo entiende.

Tracy jamás comprendería que estoy tan atado a esta tierra de tal modo que cuando me alejo me duele.

Capítulo 2

Hannah

Llegar tarde es algo que no soporto, el tiempo es oro y el mío más. No obstante, es una de las cosas que mejor se me da, sobre todo si tengo que madrugar. Odio madrugar. No entenderé a esas personas que se despiertan temprano solo por el gusto de ver amanecer. El sol sale todos los días, no hay nada de extraordinario en eso.

Corrí hasta la calle para parar un taxi, necesitaba llegar a la oficina en menos de diez minutos o tendría que ver la cara de pocos amigos de Thomas. Me costaba comprender lo que había visto en ese lechuguino hacía tres años para empezar esa extraña relación de año y medio. Pero ahora no soportaba la mayoría de sus gestos. Sobre todo su costumbre de mirar por encima del hombro a la gente, y cuando ponía los ojos en blanco.

La voz de mi cabeza lo dejó claro: «Lo que viste fue al único hombre en millas a la redonda que hablaba tu idioma en aquella ciudad perdida de la India».

Sonreí para mí al recordar ese viaje. Cierto que el trabajo me había puesto en el punto de mira de la editorial y de él habían salido muchos otros, pero había estado lleno de incidentes desde que

perdiéramos el primer avión de enlace y nos tocara pasar la noche en el aeropuerto de Londres. La idea de trabajo de Thomas chocaba frontalmente con la mía y me consta que por eso habíamos hecho un buen equipo, nos complementábamos el uno al otro creando algo diferente. Puede sonar extraño viniendo de una redactora de guías de viajes. Tal vez se espere de mí que sea una aventurera y que me adentre en parajes y lugares desconocidos, pero esa no soy yo. Adoro las ciudades, la civilización. Esa es mi especialidad. Me dejas en una ciudad y en dos días te he indicado los restaurantes más *chic* del momento o dónde ir de fiesta. De hecho eso fue lo que me consiguió el puesto en el que estoy.

En mi último año de carrera abrí un blog, como miles de compañeras, pero el mío triunfó. En poco más de un mes recibía miles de visitas, la gente me preguntaba antes de realizar sus viajes; y si recomendaba un sitio, al fin de semana siguiente ese lugar era visitado llegando en ocasiones a causar algún problema de aforo. Eso llamó la atención de mis actuales jefes y me trajo donde estoy ahora, siendo una de las empleadas mejor consideradas de la editorial.

El conductor anunció la llegada a destino sacándome de mis recuerdos. Realicé el pago por la aplicación del móvil, dejando una generosa propina por haber esquivado las arterias más concurridas de la ciudad, y entré en el edificio.

Camino a los ascensores me iba concienciando. Después de la mala racha que acabábamos de pasar, la editorial tenía que dar un pelotazo o todo se iría al cuerno. Mi proyecto en Tokio tenía que ser ese pelotazo, iba a vender ese viaje como si mi vida me fuera en él.

La amable chica de la recepción me indicó que ya estaban todos reunidos en la sala del fondo, así que, sin quitarme la gabardina, que llevaba más por la lluvia que por el frío en esa época del año, me dirigí hacia allí. Antes de entrar cogí aire, busqué mi mejor sonrisa y pedí paso. Cuando abrí la enorme puerta de madera oscura pude ver a todos mis compañeros sentados alrededor de la mesa. Tenía un sitio junto a Thomas. Sonreí cortésmente y dejé la gabardina en el perchero junto a la puerta para después ir a sentarme.

—Disculpad, el tráfico estaba horrible esta mañana.

—No importa, Hannah —dijo Jake, mi jefe directo—. Aún no habíamos empezado. Les decía a tus compañeros que he dejado frente

a vosotros unas carpetas con los destinos que tomaréis la próxima semana.

Lo miré extrañada.

—¿Cómo dices? Creí que esta reunión era una batalla de ideas. El momento de asentar la línea a seguir.

—Eso hubiera sido lo habitual, sí. Pero estamos atravesando un bache importante y el departamento financiero está haciendo recortes en todos los departamentos, el nuestro no es una excepción. Es por eso que hemos trazado un plan diferente.

—Lo comprendo. Sin embargo, si no invertimos en grandes bombazos...

Levantó una mano indicándome que no continuara y así lo hice. Jake era un hombre pausado, siempre abierto al intercambio de ideas, por lo que ese gesto dijo mucho más que cualquier otra cosa. Era una orden directa sin posibilidad de discusión alguna ni por mi parte ni por la suya.

—De momento, eso que os he dejado sobre la mesa es vuestro proyecto para este verano. De vosotros depende que sigamos adelante o nos afecten más los recortes.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Thomas.

—Vendemos experiencias únicas y esas bien pueden ser en Singapur, Tokio o Baileaghràid.

—¿Qué es Baileaghràid? —pregunté.

—Un pintoresco pueblo de las Highlands.

Arrugué la nariz ante esa descripción. «Pintoresco» era el eufemismo más utilizado en mi mundo para decir «enano y alejado de la civilización». «Aburrido, sin interés alguno».

—No pongas esa cara o te será muy difícil convencerme de que sea tu reportaje el que saque publicado.

No se me pasó el tono en el que Jake dijo aquellas palabras. Con los ojos como platos, abrí la carpeta azul frente a mí para ver lo que ya empezaba a temerme. Un archivo de imágenes de ese pueblo enclavado en una de las bahías cercanas a Edimburgo.

—No —murmuré pasando las hojas con rabia—. No puedes mandarme ahí. Cualquier sitio es mejor que ese. Thomas, ¿adónde vas tú?

—Ámsterdam.

—¿Qué? ¿Por qué él va a una ciudad y yo a la Edad de Piedra?

—Hannah, por favor, es un pueblo aquí cerca, lo estás pintando como si te enviáramos al medio del Amazonas.

—Ojalá —dijo Harry, y Jake le dirigió una de sus miradas. Por lo visto él también estaba en desacuerdo con su destino.

—¿Adónde vas? —le pregunté deseosa de saber que su lugar era peor que el mío.

—A la aburrida París.

—¡¿Qué?! Pero esto es totalmente injusto. ¿Quién ha repartido los destinos? ¿Un mono borracho?

—He sido yo en pleno conocimiento de mis facultades. Y no, no voy a permitir que intercambiéis nada. Lo hice con una clara razón. Hannah, no te doy París porque tengo millones de artículos que hablan del París de los artistas, del París de la moda, del París más *chic* para pasar una semana romántica. No quiero eso. Harry, vas a aventurarte en un París turbio, uno del que no hablan. Quiero catacumbas, quiero experiencias extremas, quiero que me vendas París como la única opción para ir de aventura a un vuelo de distancia de casa. ¿Lo entiendes?

—Sí.

—Y así todo. Hannah, espero que vuelvas con un reportaje romántico, elegante y distinguido. Quiero que vendas Baileaghràid como la mejor opción para una escapada con niños o con pareja o para encontrarte a ti misma. En estos momentos la gente no planea grandes viajes, quiere seguir sintiéndose única, pero cerca de casa, y eso es lo que les vamos a dar. Si lo consigues, entonces hablaremos de grandes oportunidades.

Resignada, me recliné en la butaca, con la mirada fija en la carpeta azul. El resto de los compañeros fueron exponiendo sus ideas con mayor o menor acierto; cuando me tocó el turno, me encogí de hombros.

—Y yo qué sé, Jake, yo qué sé. ¿Quién viene conmigo para acompañar el reportaje?

—Nadie. Recortes.

Uy, la dichosa palabra, la rabia que me estaba dando.

—¿Y las fotos? ¿Y los videos?

Jake bufó.

—Hannah, tienes el último móvil del mercado. El que salió hace dos meses, son algunas fotos y un par de videos para las redes. Ya sabes, experiencias.

—Tampoco será mucho tiempo —trató de animarme Thomas murmurando a mi lado—. Si está aquí cerca puedes incluso ir y venir.

—Podéis hacer lo que queráis con el presupuesto —añadió Jake subiendo la voz, señal de que nos había oído—. Pero quiero que tengáis en cuenta lo que os he pedido. Si me traéis un reportaje de los que hay en todos lados con la información que hubiera podido sacar yo de internet, no solo no se publicará, sino que personalmente me encargaré de que os despidan. Quiero que habléis con los lugareños, gente que pueda daros algo que no se ve todos los días. Por eso tampoco os hemos reservado ningún hospedaje. Indagad y buscad aquel que os pueda venir mejor. Lo dejo en vuestras manos.

Y con esa frase se daba por terminada la reunión. Miré a mis compañeros para saber si alguno estaba igual de desorientado que yo, el único que pareció entenderme fue Thomas. Disimuladamente, sujetó mi codo al salir y, como si estuviéramos hablando de algo interesante, me llevó de ese modo hasta su despacho.

—Tenemos que juntarnos —dijo en voz baja cerrando la puerta.

—Thomas, no te ofendas, pero tú y yo no vamos a volver a juntarnos.

No era mal tipo, pero sí un pésimo amante. Los encuentros con él habían sido mecánicos y sin pasión. Ningún tipo de conexión entre nosotros, algo que no estaba dispuesta a repetir ni aunque fuera por un corto periodo de tiempo. Él me miró de arriba abajo como si la que estuviera loca fuera yo.

—Claro que no. Me refiero a hacer equipo. Tal y como están las cosas solo uno conseguirá hacer un viaje importante y ni siquiera así vamos a lograr lo que tenemos en mente. Unámonos, hagamos los dos mejores trabajos de nuestra vida, y cuando Jake lo vea nos vamos juntos a Japón. Le ofrecemos un reportaje con dos puntos de vista: el moderno elegante y el antiguo. Dos reportajes en uno es nuestra baza. Incluso pueden ahorrarse una habitación.

Lo miré de reojo mientras bufaba al escuchar esas palabras.

—Thomas...

—Ya hemos dormido juntos, sé que roncas...

—No ronco, respiro fuerte debido a un leve desviamiento del tabique nasal.

—¿Ves cómo se te da bien vender? Roncas, querida, y tu secreto está seguro conmigo. Compartiremos habitación, que no cama, y haremos el reportaje de nuestros sueños.

Lo medité por un momento. Después de la reunión con Jake todo lo que decía tenía sentido. No había presupuesto para los dos por separado, pero si nos uníamos podríamos tener lo que buscábamos. Alargué la mano de forma solemne.

—Hecho.

—Estupendo —dijo estrechándomela—. Tenemos un trato; y ahora me voy a buscar algún hostal barato que me permita estar el máximo de tiempo posible en Ámsterdam.

—Los dos sabemos la zona donde están esos locales y lo que se hace en ellos, sobre todo con mujeres.

—Y los dos sabemos lo que opino de eso.

Me miró con reprobación y sonreí afirmando con la cabeza. Era un buen tipo. El único de todos mis ex que soportaba. Bien pensado, era una lástima que no hubiera habido nada de pasión en nuestros encuentros; de ser así, podría tener la mejor relación de mi vida.

Sacudí la cabeza, ¿quién quiere una relación cuando tiene que conseguir sus sueños? Las relaciones solo dan problemas. Te limitan. ¿Qué hombre iba a aguantar que su mujer se ausentara un mes de casa por trabajo dos o tres veces al año? ¿Cómo le explicaba a ese supuesto novio que me iba a Japón con un examante y que íbamos a compartir habitación? Imposible. En mi vida, tal y como estaba diseñada en esos momentos, no había hueco para el amor.

Pasé el resto de la mañana buscando información sobre el dichoso Baileaghràid y no encontré más que un par de reseñas. Por lo visto había un castillo en el que vivió una famosa escritora española. «Vino por obligación y se enamoró de la tierra». Bufé.

—No, querida, si de verdad se enamoró de algo sería de ser la señora del castillo. Aunque en esa época poco importaba si estabas enamorada o no, te casaban y punto.

Sin pensarlo más y con la intención de alargar el sufrimiento lo menos posible, mandé un mail a la única posada del pueblo, cerré los ojos al darle a «enviar», no quería ver lo que estaba haciendo. Reservé

el vuelo, cerré el portátil y recogí la mesa. Esa noche empezaba mi siniestra aventura.

Al llegar a casa hice la maleta en menos de dos horas, no solo porque estaba habituada a ello, sino porque además no pensaba estar fuera más de una semana, con eso me sobraría para que algún habitante me contara las bondades de su pueblo. Siempre había personas mayores deseosas de conversar con gente, y pese a lo que pueda parecer, a mí se me daba bien escuchar.

Desvié los pensamientos hacia el pacto con Thomas. «Piensa en lo que quieres atraer», esa era mi máxima. No sacaba nada haciéndome mala sangre.

Con tiempo de sobra llegué al aeropuerto y después de un viaje tranquilo aterricé en la lluviosa Edimburgo. Una cortina de agua impedía ver la parada de taxis. Chasqueé la lengua, mosqueada; nacida en Birmingham, había vivido en más de veinte lugares diferentes en mi vida. La mayoría en el Reino Unido, y aun así odiaba la lluvia. No me gustaba la horrible sensación continua de humedad.

Con la que caía, conseguir un taxi fue ya toda una aventura, y llegar hasta este sin mojarme, imposible. Lo peor fue cuando el conductor me informó de que con el tiempo que hacía el viaje podría durar más de dos horas. Eso significaba adiós a una parte considerable del presupuesto.

—En una hora sale un autobús que va directo al pueblo. Puedo dejarla en la parada, llegaremos a tiempo.

Resignada, acepté. Un viaje en autobús no mata a nadie.

Maldije mis palabras una hora después. Aquel vehículo iba completo. Según la información que tenía del lugar, debía estar rodeada por todos los habitantes. A mi lado se sentó un hombre de mediana edad, orondo y calvo. Apestaba a licor y de tanto en tanto me dirigía una mirada enturbiada por el alcohol que me hacía removerme incómoda. Nada más empezar el trayecto el hombre apoyó la cabeza en la ventanilla y cerró los ojos; poco después escuchaba sus ronquidos etílicos. Me fijé entonces en el asiento delantero, dos adolescentes hablaban de su día de compras en la ciudad, al parecer una de ellas había adquirido un vestido para una celebración especial. Afiné el oído, tenía tan poca información que cualquier comentario sería bienvenido. Por lo visto a finales de mes tendría lugar en el

pueblo una fiesta típica a la que no dejaban de llamar los Juegos de las Highlands. Una celebración consistente en algunas pruebas físicas y demás acontecimientos relacionados con tradiciones escocesas. Había leído algo durante el vuelo y tal vez era lo que me ayudaría a redondear el reportaje. Con la ilusión de quien se ha comprado su primer vestido importante, la chica sacó un precioso traje color malva, abierto por la espalda y largo.

—Ahora no sé con qué bolso y complementos combinarlo.

—Tendremos que hablar con Aylin, seguro que ella nos puede ayudar —dijo su amiga.

—Sí, pero no quiero molestarla, acaba de llegar a casa con la bebé y seguro que tiene cosas mejores en que pensar que en mis zapatos.

No sabía quién era Aylin, tal vez una hermana mayor, lo que sí sabía era lo que le podía ir bien a ese vestido. Estaba pensando en qué excusa podía poner para ayudar a la chica y hacerme amiga de ellas, empezar con buen pie era importante, cuanto antes me contaran cosas antes volvería a casa y podría centrarme en el viaje a Tokio.

El autobús avanzaba por una carretera estrecha entre árboles, no se veía nada más allá de la cortina de agua, pero podía apreciar un paisaje agreste. Estaba a punto de levantarme para hablar con las chicas, cuando el conductor cogió una curva cerrada y mi borracho acompañante dejó de apoyarse en la ventanilla para hacerlo en mi hombro. Reprimí una arcada y pasé el resto del viaje tratando de que volviera a apoyarse en la ventanilla, intentando escuchar a las muchachas por si decían algo más de esos juegos y viendo en el móvil cómo algunos de mis compañeros ya habían llegado a sus destinos.

Al llegar al pueblo toda yo olía como una destilería y seguía lloviendo a mares. Tuve que esperar resguardada en la marquesina de la parada de autobús a que el conductor abriera el maletero para poder sacar mi maleta, la cual, por supuesto, estaba abajo de todo.

Como mi mala suerte no podía ser solo cosa del viaje sino que por lo visto abarcaba toda la experiencia, al tirar de la maleta para sacarla trastabillé y caí de culo sobre un charco. Gruñí de rabia y rechacé el auxilio de mi compañero de viaje, que balanceándose aún por la cogorza insistía en ayudarme a levantarme. Completamente empapada no había necesidad de resguardarme de la lluvia, por eso ni me molesté en acercarme a las casas. Anduve hasta la posada por el

centro de la acera, como si el agua helada no me importara.

Lo único bueno de estar en un pueblo pequeño era que no necesitaba de mapas, podía orientarme con facilidad. O quizá no, porque, al parecer, en medio del enfado había confundido dos calles y en lugar de llegar a una plaza grande con la iglesia a un lado y la posada justo enfrente estaba en un callejón oscuro y sin salida.

Di la vuelta frustrada y mucho más enfadada. En ese momento escuché el galope de un caballo y todas las historias de miedo se hicieron reales en mi cabeza. De pronto aquel pueblito encantador era Sleepy Hollow y la que iba a escribir un reportaje de terror era yo y no Harry. Aterrada me pegué lo máximo posible a la pared para evitar ser vista. Cuando pasó a mi lado lo hizo con tanto tino que uno de los cascos del caballo fue a parar a un charco y terminó de empapar la única parte de mi cuerpo que estaba seca. No sé si fue la impresión del agua helada mojando mi cara o el alivio de tener todavía la cabeza sobre los hombros lo que me hizo gritar.

—¡Debería mirar por dónde va!

El jinete dio un respingo y frenó en seco. A punto estuve de darme la vuelta y salir corriendo por mi imprudencia, pero me quedé quieta al ver que él también lo hacía y no venía hacia mí.

—Disculpe. No la había visto.

—No puede ir de esa manera por medio de una población —dije como si supiera las normas de circulación a caballo.

—¿Quiere que la lleve a algún lado?

Bufé.

—Lo que quiero es que vaya con más cuidado.

—Señora, le repito que no la he visto.

—Pues mire mejor a la próxima.

Me di la vuelta y entré en una de las callejuelas, rogando que esta sí diera a la plaza y que él no viniera detrás de mí. Respiré aliviada cuando escuché los cascos alejarse y seguí mi camino.

Esta vez sí que di con la posada. Un edificio independiente y con aspecto de llevar allí más años que la luz. Constaba de dos plantas, una enorme puerta de madera envejecida daba la bienvenida. En ese momento, debido al mal tiempo, estaba cerrada. Me fijé que sobre el dintel iluminado por un farol que apenas alumbraba, un cartel de forja rezaba: *Fear-reic na gaoithe*[1]. Traté de recordar sin éxito algunas de

las pocas palabras en gaélico que sabía. Hacía años que no practicaba el idioma y solo lo había hecho para intentar conquistar a un compañero de la carrera. Seguramente pondría «Posada».

Al entrar me recibió un agradable calor proveniente de una chimenea situada en uno de los rincones y una mezcla de olores que despertaron mi apetito. Por lo menos no olía a aceite refrito. Apenas había clientes, al ser ya algo tarde; no obstante, pese a ser última hora, el comedor parecía limpio y dispuesto para recibir a los viajeros.

Una simpática joven me hizo una señal como que me atendía enseguida a la vez que se dirigía a una de las mesas portando un plato que parecía delicioso. Me quité el pañuelo de cuadros amarillos y negros que llevaba anudado al cuello y traté de secarme un poco la cara. Tarea inútil, pues este estaba chorreando. De hecho a mi alrededor había un círculo de agua creado por mí.

—Buenas noches. Me llamo Lilybeth, pero puedes llamarme Lily. ¿Deseas cenar?

—Hola, Lily, soy Hannah. Sí, cenaré luego, ahora me gustaría que formalizáramos el registro de mi habitación para poder cambiarme de ropa.

Pareció darse cuenta de mi lamentable estado.

—Debes estar helada, puedes acercarte a la chimenea, voy a llamar a Logan para que te haga el registro. Ahora mismo viene.

La muchacha desapareció por una de las puertas que debían dar a la cocina y me situé más cerca del fuego, necesitaba notar su calor. Estaba tan helada que me habría puesto encima. No sentía los pies. Desde luego mis preciosos Jimmy Choo estaban destrozados.

Lily no tardó en salir acompañada de un hombre vestido con una camiseta de algodón blanca y un *kilt* de cuadros azules y grises que dejaba ver unas fuertes pantorrillas. Tenía una amplia espalda y llevaba el pelo negro, como si el viento se divirtiera con él todas las mañanas, estaba húmedo, parecía que acabara de llegar del exterior. Algunas gotas caían sobre sus hombros mojando la parte de arriba de la camiseta y haciendo que se ajustara más, si es que era posible. Andaba con decisión hacia mí mientras ella le hablaba. No podía negar que tenía cierto atractivo, aunque yo prefería los hombres menos rurales y más elegantes.

—Bienvenida a nuestra posada.

Reconocí la voz al instante, ese hombre era el jinete al que le había gritado que fuera con más cuidado.

Capítulo 3

Logan

Apreté los dientes cuando identifiqué los colores de los Dow en el pañuelo que tenía la mujer en las manos. Desgraciadas coincidencias como aquella podían suceder; no obstante, todo mi cuerpo estaba en alerta ya, y cuando al saludarla ella dijo: «Eres el jinete», el cansancio de la jornada y el tono de su voz hicieron que estallara una tormenta en mi interior.

—¿Era usted? —pregunté en un tono más fuerte de lo esperado.

—Sí, mire cómo me ha puesto.

La observé detenidamente, esos zapatos de tacón de aguja ya podían pasar a mejor vida, al igual que sus medias, la gabardina aún tenía solución y, con gusto, yo mismo le habría quemado ese dichoso pañuelo.

—Desde luego, en este pueblo hemos rescatado ahogados con mejor aspecto que usted.

Vi cómo se incendiaba, si las miradas matasen en ese momento estaba haciéndole compañía a mi querida Seelie. Fue entonces cuando supe que esa estancia iba a ser una batalla entre ambos y estaba dispuesto a disfrutarla al máximo, empezando en ese mismo instante.

—Deje de juzgar mi aspecto y deme la llave de mi habitación.

—Con mucho gusto, acompáñeme a la barra.

Al llegar, con toda la tranquilidad del mundo, saqué el libro de reservas. Cualquier otro registro podía llevarme unos cinco minutos, con ella serían quince. Había algo divertido en ver cómo iba enfureciéndose con mi parsimonia. Ojeé la lista de reservas pasando el dedo por estas con calma mientras ella empezaba a resoplar perdiéndola. Lo fácil que es sacar de sus casillas a una estresada mujer de ciudad.

—Aquí —dijo ya desesperada—. Esa soy yo, Hannah Turner. Mi documentación, puedo pagar ahora mismo toda la estancia o parte de ella.

—No será necesario, con que pague un par de noches será suficiente. ¿Cuántas quiere pagar? ¿Dos, tres...?

—Lo que sea más rápido.

—Mire, pague la mitad, así es todo más redondo.

—Perfecto.

—¿Se quedará a cenar con nosotros?

—Hoy sí.

—Eso cambia la cosa, porque las comidas no están incluidas.

Era capaz de escuchar el repique del tacón sobre la madera del suelo por encima del ruido del resto de clientes.

—Las pagaré cuando las consuma, la de hoy puede incluirla ya.

—Perfecto. ¿Quiere servicio de desayuno? —pregunté con una amplia sonrisa mientras ella me asesinaba lentamente con la mirada.

—Sí —respondió ya enfadada.

—¿Le gustaría...?

—Que me diera la dichosa llave para poder ir a ponerme ropa seca es lo único que me gustaría en este momento —me cortó apretando los dientes.

Estaba seguro que de haber podido me habría estrangulado con sus frías manos en ese mismo instante. Orgulloso de mi exitoso plan, busqué la llave en el tablón y se la facilité.

—En la segunda planta, llegando al descansillo a mano izquierda, tiene unas fantásticas vistas del cementerio.

Se puso seria de golpe.

—¿Y no tiene con vistas al mar?

—Pues ahora mismo no, pero si espera puedo comprobar si...

Me arrancó el llavero con la mano derecha, mientras que con la izquierda cogía la maleta y la arrastraba por el suelo de madera. Tuvo tan mala suerte que una de las ruedas se quebró llegando casi a las escaleras. Aguanté la risa con dificultad al ver cómo trataba de levantar un peso muerto. Iba a quedarme mirándola batallar con su equipaje cuando Lily se me acercó seria.

—Logan McLean, o ayudas inmediatamente a esa pobre chica o te juro que ahora mismo arrojo mi mandil sobre la barra y desaparezco dejándote solo para toda la temporada. Es más, haré lo imposible para que ninguno de mis amigos me supla. Ya has disfrutado suficiente haciéndola rabiar y dándole una de las peores habitaciones.

—Odio a la gente con aires de grandeza.

—Tiene un mal día, no merece pasar un infierno. Además, ¿desde cuándo no subimos las maletas hasta la habitación? Siempre lo haces. Tal vez si fueras amable ella también lo sería.

—Esa mujer...

Me callé porque de pronto Lily me miraba con una rabia desconocida hasta el momento. Una voz interior me dijo que tenía razón; y si algo había aprendido en todos mis años de vida había sido a no llevarle la contraria a las mujeres cuando me miraban así, ya fueran mi madre, mi hermana o mi joven ayudante.

Le di la vuelta a la barra.

—Deje que la ayude.

—No es necesario —dijo tirando con fuerza de la maleta y perdiendo el equilibrio.

Con un rápido movimiento impedí que cayera de espaldas cogiéndola por la cintura. Nuestras miradas se encontraron creando un momento extraño, cuando regresé a la realidad, noté entonces que efectivamente iba calada hasta los huesos y que olía de un modo delicioso.

—Suélteme —agregó en un murmullo sin levantar la voz.

—Si no fuera por mis buenos reflejos habría dado con su refinado trasero en el suelo. Debería darme las gracias —expliqué con la mejor de mis sonrisas con ella aún pegada a mi cuerpo.

—Gracias; y ahora, suélteme.

—Con mucho gusto.

La liberé y cogí la maleta. Ni siquiera el entrenamiento para levantamiento de piedras de los juegos me había preparado para ese ejercicio.

—¿Qué lleva aquí dentro?

—¿Y a usted qué le importa? —respondió ya subiendo por las escaleras.

No suelo ser un mirón, de verdad que no. Jamás incomodaría a una mujer con una mirada fija y babosa a alguna parte de su cuerpo. Pero lo único que podía ver en ese momento frente a mí era su refinado, y por lo que intuía, trabajado trasero. Subía con brío los escalones dejándolo siempre a la altura de mis ojos. Esa imagen unida a la cálida sensación que había tenido al sujetarla y a la fugaz mirada que me había dedicado estando entre mis brazos estaban entrelazándose en mi cabeza.

Llegué al segundo piso casi sin aliento. Reconozco que en ese momento me arrepentí un millón de veces por escalón de haberla mandado tan arriba. Dejé el equipaje en la puerta de la habitación.

—Escuche, Hannah. Va a pasar aquí algo más de una semana; y teniendo en cuenta que ya la he salvado de hacer el mayor de los ridículos cayendo al suelo en un salón lleno de gente, ¿qué le parece si enterramos el hacha de guerra y somos cordiales?

—Me parece que se ha arrepentido de ser un cafre y poco profesional. Porque me ha tratado de pena desde que llegué. Por mi parte no necesito ningún contacto con usted en lo que quede de estancia. Lily parece muy competente.

—Está bien. Le informo de que la chimenea no funciona y el radiador tampoco, tiene mantas en el armario; si quiere algo más puede hablar con Lily, pero hágalo ya mismo, su turno termina en media hora y, como bien ha dicho, no necesita volver a dirigirme la palabra en lo que le queda de estancia. Buenas noches.

Bajé los escalones con la mala leche renovada, esa odiosa mujer sacaba lo peor de mí.

Capítulo 4

Hannah

Rudo, salvaje, cabezón e impertinente podrían ser cuatro de los muchos adjetivos que definieran a ese McLean. Mientras trataba de que mi cuerpo volviera a entrar en calor con un baño de agua hirviendo, iba enumerando todas las malas cualidades de ese ser. No había conocido mayor orgulloso en mi vida. Maleducado y descortés, dos más. Si no hubiera sido por la camarera siquiera me habría ayudado a subir la maleta.

El recuerdo de sus fuertes brazos me vino de golpe mientras me enjabonaba. Para ser tan bruto me había sujetado con fuerza, pero de un modo delicado. Cerré los ojos para poder recordar mejor su aroma, hierba recién cortada, madera, lavanda y algo cítrico; me había rodeado por completo. La imagen de sus bíceps, marcándose al hacer fuerza para coger la maleta, me arrancó un suspiro; esa camiseta blanca había sido una gran aliada dejando intuir sus pectorales trabajados y su cuerpo duro. Ciertamente su rostro también era muy atractivo, tenía ese aire de hombre fuerte capaz de partirle la cara a cualquiera por su chica; facciones angulosas, ojos color caramelo que destacaban sobre sus cejas tan negras como su pelo. Después del

segundo suspiro me obligué a recordar su modo impertinente de hablar y su arrogancia, así pude controlar mis alteradas hormonas.

Terminé de ducharme, me arreglé y bajé. Con todo el lío, se había hecho muy tarde; los pocos clientes que quedaban estaban con las copas de whisky y entonando viejas canciones escocesas en un estado etílico cuestionable. Me acerqué a la barra donde estaba Logan terminando de guardar algunos cubiertos. También se había cambiado. Ahora su pelo estaba seco, aunque lucía igual de rebelde, sin ningún orden, y le otorgaba ese aire salvaje que seguro conquistaba a más de una. Seguía llevando *kilt*, esta vez uno negro, a juego con la camiseta. Algo me decía que era su modo de vestir habitual, y tenía que reconocer que, pese a todo lo extraño que me parecía, le quedaba bien.

Sé que me vio, era la única que esperaba a ser atendida a unos metros de él; sin embargo, y siguiendo la misma regla que en el momento de mi registro, me hizo esperar hasta que levanté la mano para hacerle un gesto.

—Disculpe, no le había visto.

—Sí, esto está abarrotado —respondí seca mirando a mi alrededor como si hubiera gente—. Me gustaría cenar uno de esos deliciosos asados que he visto antes.

—A estas horas, la cocina está cerrada.

Parpadeé lentamente y cogí aire.

—Te he dicho antes que quería cenar.

—Uy, uy, ahora me habla de tú, está perdiendo las formas, *madame*. Yo no le he dicho que no pueda cenar, le he dicho que la cocina está cerrada. Puedo prepararle un bocadillo si lo desea, o un sándwich.

—¿Y algo caliente?

—Puedo calentarle un caldo.

—Bien, pues el caldo y un sándwich de salmón ahumado y queso fresco con eneldo.

—¿Y de beber?

—Cerveza, una pinta. —Me gustó su expresión de sorpresa ante mi petición—. Y después me gustaría probar ese whisky que tienes ahí.

Se giró y cogió una de las botellas que adornaban la parte trasera

de la barra. Su etiqueta negra con letras doradas le aportaba un toque de distinción.

—¿Este?

Algo en la mirada color caramelo de él me hizo replantearme mi respuesta. Recordé su sugerencia en la puerta de la habitación, si era verdad que Lily no trabajaba por las noches mi estancia podía ser un infierno, además ¿qué clase de idiota enfada a quien le va a servir la comida? Cogiendo aire y utilizando la poca paciencia que me quedaba ese día, suavicé mi tono al responder:

—O el que creas que acompaña mejor a mi cena.

Alzó una ceja extrañado.

—¿Vas a fiarte de mí? —preguntó pasando a tutearme él también.

—Creo que, por muy bravucón que seas, lo último que te gustaría es tener a una clienta descontenta; y que por muy tentado que estés a darme matarratas, te comportarás y me darás tu mejor whisky.

Vi cómo ocultaba una sonrisa mordiéndose el labio, gesto que lo volvió aún más arrebatador. Alejé esos pensamientos de mi cabeza; una cosa era ser cordial y otra dejarse llevar por una necesidad de compañía que nada tenía que ver con la realidad.

—Soy más de cianuro, dicen que le da un toque a almendras que mejora su sabor.

Esta vez la que aguanté la sonrisa fui yo, y para impedir que lo viera me di la vuelta rápidamente con gesto altivo. Me encaminé a una de las mesas más apartadas, no tenía ganas de interactuar con nadie. Dediqué el tiempo a observar la nutrida estantería de libros que tenía cerca. Por lo visto era una de esas bibliotecas que iban formándose con los años, llena de donaciones, algunas adquisiciones del negocio y olvidos frecuentes de clientes.

Logan no tardó en traer la cena; la devoré con ganas, pues con todo el ajetreo del viaje llevaba todo el día sin probar bocado. Cuando terminé llevé el plato a la barra. Sus ojos aprobaron el gesto, aunque no dijo nada.

—¿Podría llevarme el vaso de whisky y este libro a mi habitación?

—Sí. Ahora mismo te lo sirvo.

—Doble, por favor. Después de todas las desgracias que me han pasado hoy, lo merezco.

—Me alegra ser una de ellas —murmuró con un tono divertido

sirviendo la copa generosamente.

—La peor de todas —respondí cogiendo el vaso y alejándome por las escaleras.

Esa fue una de las peores noches de mi vida.

Fuera, la tormenta seguía su curso, incluso se había intensificado. El aire hacía chocar uno de los árboles cercanos contra las ventanas del piso inferior y los tapones en los oídos no ayudaban a ocultar los golpes de las ramas en el cristal. Los truenos iluminaban fugazmente el cementerio y levantaban sombras extrañas en la habitación. Corrí las cortinas para mitigarlo, pero mi mente seguía obsesionada con las tumbas, y, no solo eso, al acercarme a la ventana en uno de esos fogonazos, me había parecido ver lápidas en la parte exterior. Las pocas historias de miedo que había leído en mi vida vinieron todas a la vez a mi cabeza.

El aire frío se filtraba por la ventana obligándome a coger tres mantas del armario, ni siquiera el whisky me hizo entrar en calor. Pasé la noche entre el sueño y la vigilia, suplicando que al día siguiente saliera el sol y pudiera comprobar de alguna manera que el lugar no era tan tétrico como me parecía en ese momento.

Incluso llegué a soñar con un jinete sin cabeza que me cogía con fuerza por la cintura para subirme a su montura. Nada pasional, pues yo gritaba y trataba de escapar.

Sin sentido alguno, un sonido seco y acompasado entró en esa pesadilla, algo golpeaba una y otra vez contra lo que suponía era madera. Un tocón, un hacha y la seguridad de que la intención del jinete era cercenar mi cabeza como le habían hecho a él.

El sonido se repetía una y otra vez, el hacha se movía sola, estaba arrodillada frente al tocón cuando me desperté gritando. Solo había sido un sueño, pensé, pero aterrada comprobé que los golpes seguían sucediéndose. Me levanté para ver de qué se trataba y suplicar un poco de respeto. Descorrí de golpe la cortina, tapándome la luz brillante del sol con la mano para no quedarme ciega, y cuando iba a abrir la ventana para pedir silencio, lo vi.

Logan cortaba troncos, llevaba el pecho descubierto y estaba situado justo debajo de mi ventana. Dos sentimientos contrarios chocaron en mi interior dejándome completamente bloqueada. Una parte de mí quería seguir con la acción, abrir la ventana y gritar que

se metiera el hacha por donde le cupiera y me dejara dormir. Pero otra permanecía hipnotizada ante el movimiento de sus músculos levantando el hacha, tensándose ante el peso y cómo con una precisión milimétrica la dejaba caer justo en el centro, partiendo el tronco por la mitad de una sola vez. La acción se repetía nuevamente y mis ojos no podían más que volver a recorrer ese camino siguiendo una estudiada coreografía. Las gotas de sudor perlaban su pecho adornado con un poco de vello tan negro como el de la cabeza y se deslizaban despacio con los movimientos, bajando por los pectorales hasta perderse en la cinturilla del *kilt*. Observé, entonces, el movimiento de este, cómo ofrecía una vista parcial de las piernas, las cuales permanecían entreabiertas y algo flexionadas. Sin el *sporran* al frente y ayudada por el sudor, la tela se ceñía a las caderas dejando vía libre a la imaginación ante un abultamiento distintivo incluso a esa distancia. Tragué saliva con dificultad, todo el frío de la noche se había esfumado ante la imagen que tenía delante. Me abaniqué con la mano suspirando con la vista fija en él. Fue entonces, cuando había terminado de cortar el cuarto tronco, que levantó la mirada hasta mi ventana y me di cuenta de que sabía perfectamente que llevaba allí observando boquiabierta un buen rato. Salí de mi ensoñación furiosa por haber sido pillada in fraganti, abrí la ventana y dije:

—A ver si dejamos descansar a los huéspedes, que no son horas.

—Son más de las nueve, algunos tenemos que trabajar para ganarnos la vida, «milady».

Y ahí estaba de nuevo la mejor cualidad de ese hombre: enfurecerme.

Cerré con rabia la ventana. Me vestí y bajé al comedor; con un poco de suerte, si él estaba fuera incordiando, me atendería Lily. Así fue, la buena muchacha me recibió con una gran sonrisa.

—Buenos días, Hannah. ¿Cómo has dormido?

—Pues si te soy sincera, fatal. Entre el ruido de la tormenta y el frío...

—¿Has pasado frío? Ahora subimos y te enseño a poner la calefacción, si quieres puedo encargarme de que la chimenea esté encendida, siempre da un toque más hogareño al ambiente.

—Logan me dijo que ambas cosas estaban estropeadas. ¿Me ha mentido?

Sus ojos se cerraron y frotó con los dedos el puente de la nariz.

—No, no, es que creí que eso ya estaba solucionado.

—Entiendo.

—Con la feria de ganado celebrándose aquí al lado, no hay muchas más opciones de alojamiento, pero hoy mismo solucionamos una de las dos cosas para que esta noche puedas descansar mejor.

—Gracias, Lily, eres una gran profesional.

Sonrió feliz por mis palabras. Poco después me sirvió un excelente desayuno. Con las fuerzas recargadas y mucho más animada pedí mi segunda taza de café, necesitaba planificarme bien para aprovechar el día. Fue entonces cuando Logan llegó bajando las escaleras, nos dedicó una mirada y fue a la barra.

La chica aprovechó que el resto de clientes se habían ido a sus trabajos para resolver su curiosidad.

—Y dime, Hannah, ¿qué te trae por Baileaghràid?

—Soy redactora de viajes. En mis redes doy consejos para viajar y lugares interesantes que visitar y ahora estoy trabajando en una guía de viajes.

—¿Una guía para el pueblo? Creía que solo se hacían para sitios grandes, ciudades con mucho que ver.

—Bueno, este es un proyecto diferente. Consiste en resaltar las cosas que tenemos cerca para que la gente descubra que no es necesario ir a esas grandes ciudades. Seguro que aquí también hay cosas que ver, y algunas son de lo más curiosas.

—Qué gran proyecto —dijo muy animada—. Eso atraerá turismo al pueblo.

—Sí, esa es mi intención.

—Y tienes razón, aquí tenemos un montón de leyendas y sitios curiosos para visitar. A mí me encanta la abadía y la historia de la estatua de doña Inés.

—¿Doña Inés?

—Sí, doña Inés de Miranda es una ilustre escritora del siglo XVIII. También fue señora del castillo, hizo mucho bien en el pueblo. Ayudó a los habitantes a prosperar. Una de ellas, Elsbeth Drummond[2], era vendedora de vientos —miró de reojo a la barra y bajó la voz—, pero eso te lo puede contar mejor Logan, es su antepasada, ¿sabes?

—¿De ahí el nombre de la posada? —pregunté, pues la noche

anterior, intrigada, había buscado su traducción.

—Ajá, sí.

—¿Y cómo es ser una vendedora de vientos?

—Logan lo cuenta mucho mejor. Es una gran historia, verás, antes los Drummond y los McLean eran enemigos. Ya sabes que en todos los pueblos hay familias que no se pueden ni ver.

—Desde luego, si sus antepasados tenían el mismo carácter, es fácil comprender por qué.

La muchacha ahogó una risita con la mano.

—Dale una oportunidad. Empezasteis con mal pie, lleva una época un poco complicada, sé que no es excusa, pero hace unos meses su madre cayó enferma y guarda cama desde entonces. Eso le afecta al carácter. Está más huraño que de costumbre. El Logan de verdad es agradable y afable, no es mal tipo.

—No necesito que sea nada, al fin y al cabo solo pasaré aquí unas semanas y luego me iré.

—A final de mes son los Juegos de las Highlands y podrían serte de utilidad para tu trabajo.

—Suena muy bien, Lily, pero si todo marcha como espero, a final de mes estaré preparando mi viaje a Japón.

—Oh, Japón, qué exótico. Espero que tengas mucha suerte, por mi parte prometo que haré lo que esté en mis manos para que la sangre no llegue al río durante tu estancia.

—Gracias. Creo que hoy daré una vuelta por la zona del faro. Anoche cogí un libro de fotografías que tenéis para consulta y vi unos lugares preciosos. Por cierto, ¿sabes quién hizo las fotos? Son imágenes magníficas y tal vez podríamos llegar a un acuerdo. Si es algún lugareño igual le interesa el negocio.

—¿Te refieres a un libro como así de grande —dijo marcando la extensión con las manos— y que el título es *La recóndita Baileaghràid*?

—Sí, ese.

—Sí, sé quién es el fotógrafo. Se llama Logan y no te cae particularmente bien.

Soplé haciendo que mi flequillo volara un poco y Lily rio.

—Esto va a ser complicado. En fin, gracias por la charla, voy a salir a investigar.

—Te aconsejo que salgas por la parte de atrás. —Señaló una

puerta junto a las escaleras—. Esa puerta da al establo, lo cruzas y llegas al prado, desde ahí sale un sendero a mano izquierda, no tiene pérdida.

—Seguiré tu consejo.

—Disfruta del paseo.

Crucé la puerta y llegué, como Lily me había indicado, a los establos, allí encontré al caballo grande y negro que Logan montaba el día anterior, estaba comiendo heno tranquilamente. Estuve tentada a acercarme y acariciarlo, pero me retuve; por muy tranquilo que pareciera ser, el animal no me conocía y podría asustarse. Sentí cómo algo a mis pies se movía y di un salto imaginando algún bicho; sin embargo, apareció un pequeño conejo color canela de orejas largas y cola mullida. Me acuclillé para verlo mejor.

—Hola, chiquitín, ¿qué haces aquí? ¿Te has escapado de la jaula?

La voz de Logan me sobresaltó, lo situaba aún dentro.

—Es Cacahuete y está en su casa. No tiene jaula. Ningún animal aquí la tiene, son libres, entran y salen.

Levanté la mirada del conejo para toparme con su imagen recortada por la luz que entraba del exterior. Lo había visto dentro, pero no había podido apreciar cómo la camiseta ahora se ajustaba por completo a su torso debido al sudor. Volví a notar la falta de aire. Desvié la visión al caballo, para darme cuenta de que la puerta de la caballeriza estaba abierta, el animal podía salir y entrar a su antojo.

—¿Y qué pasa si se escapa? —pregunté sin volver a mirar a Logan.

—Es libre de hacerlo. Yo solo lo trato bien para que no sienta esa necesidad. Lo cuido y alimento.

—Como si fuera tuyo.

—No puede ser mío, es un ser vivo, no pertenece a nadie.

Valoré ese pensamiento y pese a toda la rabia que me daba, reconocí, al menos para mí, que coincidíamos en esa reflexión. Ese había sido precisamente mi eterno problema en las relaciones, la necesidad constante de atarme a su lado, de limitar mis movimientos en pro de una vida en común que desmontaba por completo la mía y se ajustaba a unas reglas establecidas hacía siglos.

Seguía acuclillada cerca de Cacahuete; de pronto esa conversación matinal se había vuelto interesante, empezaba a intuir que cuando Logan no gruñía tenía cosas muy interesantes que decir.

—¿Y si alguien lo cogiese y se lo llevara? —pregunté levantándome para poder mirarlo a los ojos desde una altura similar.

—¿A la fuerza?

—Sí. Imagina que te lo roban.

—No pueden robarme algo que no es mío.

—Bueno, pues que lo secuestran. Llámalo como quieras.

Se encogió de hombros.

—No sé, nunca lo había pensado. Imagino que lucharía por su libertad, pero no para encerrarlo en la mía.

—Eso es muy noble por tu parte.

—Gracias, milady.

Fruncí la boca ante el apelativo, alcé el mentón y con paso firme me dirigí hacia la puerta del establo. Di gracias de que fuera doble y grande, de este modo no tendría que pasar muy cerca de él. El recuerdo de aquel abrazo fugaz de la noche anterior seguía despertando un hormigueo extraño en mi estómago.

—Buenos días, *milord*. —El apelativo salió como si lo escupiera y él sonrió.

Esa media sonrisa de superioridad volvió a enfadarme y empecé a andar de forma apresurada hacia el exterior. Por suerte distinguí sin problemas el sendero al que antes se había referido Lily y pude seguir mi camino sin dudar. Sentía los ojos de Logan a mi espalda y solo pensaba en llegar al recodo y perderlo de vista. No cabía duda de que disfrutaba como un crío enfureciéndome. La poca simpatía que me había generado con su reflexión se había evaporado. ¿Cómo podía ser dos personas tan diferentes? Tan inmaduro por un lado y, por el otro, expresar de un modo tan certero mi política de vida.

Capítulo 5

Logan

Esperé a verla desaparecer por el sendero que llevaba a los acantilados y subí a ducharme y desayunar a casa. Por un momento fugaz había estado tentado de gritarle que fuera con cuidado, lo último que necesitábamos en el pueblo era la noticia de que los turistas se despeñaban. Sin embargo, callé. Hasta yo me había dado cuenta de que estaba siendo especialmente descortés con ella.

No sabía lo que era, tal vez su forma altiva de mirar, como si se creyera superior a todo. Durante mi vida había aprendido a detectar ese tipo de personas y Hannah era una de ellas. Estaba convencido de ello y más después de escucharla hablar con Lily: «Si todo marcha como espero, a final de mes estaré preparando mi viaje a Japón». Porque Baileaghràid podía ser muy interesante, solo si no podías permitirte un viaje al otro lado del mundo. Igual que Tracy y tantas otras chicas que había conocido; estar aquí, para ellas, era solo un parón momentáneo en sus vidas. Un lugar para recargar las baterías y volver al mundo real. Que pensaban que los que nos quedábamos aquí lo hacíamos estancados en una vida que no podíamos mejorar. Cuando la realidad estaba muy alejada de eso.

Me acerqué a saludar a Cacahuete, le di unas palmadas en el cuello a Gaoth y después subí por las escaleras laterales hasta mi vivienda.

Esa parte del edificio siempre había sido la casa familiar; desde que se fundó la posada, generaciones de Drummond habían vivido en esos aposentos. Hasta que llegó mi madre. Eso de tener la casa y el trabajo juntos nunca le había gustado. Decía que así podía dejar de pensar en los huéspedes; el trabajo, en un lugar; y la vida privada, en otro. Durante mi infancia, esa parte del edificio había permanecido en desuso. Más tarde la adecentamos y alquilamos, a modo de apartamento individual, a familias que venían con sus hijos. Cuando la posada pasó a ser mía recuperé esa zona como vivienda. Me era muy cómodo vivir encima de mi negocio, de esta forma podía atender mejor a los huéspedes si alguna noche tenían alguna necesidad.

Entré en casa y me desnudé, con la tontería de molestar a Hannah había hecho más ejercicio del esperado y sentía los brazos entumecidos, el agua caliente ayudaría a calmar esa sensación. Dejé la ropa sucia en el cesto y fui desnudo por la casa hasta el baño, me gustaba la sensación de libertad que aporta ir sin ropa. Uno de mis mayores placeres es bañarme desnudo en los cientos de lagos que se ocultan entre las montañas que bordean el pueblo. Escaparme con la caída de la noche y ver ocultarse el sol mientras mi cuerpo flota en total libertad. ¿Quién va a querer vivir en una ciudad cuando lo hace en el Paraíso?

Bajé al salón renovado por la ducha. Lily había terminado ya con los desayunos. Debía reconocer que la idea de Olivia de contratar a alguien para ese verano era la mejor que había tenido. Llevaba mucho sin tener tiempo para mí y la chica había resultado ser muy competente.

La encontré colocando la vajilla y hablando con Bryden, que tomaba un té sentado en la barra.

—Buenos días, mi buen amigo.

—Buenos días —saludé alargando la mano—. ¿Queda café?

—Para ti no —respondió la camarera de forma fría, y los dos la miramos sorprendidos.

—¿Cómo dices?

—Lo que has oído, estoy muy enfadada contigo y todo lo que le

estás haciendo a Hannah.

—¿Quién es Hannah? —El radar de cotilleo de mi amigo se había encendido de golpe—. Me voy dos meses fuera y me pierdo un nuevo ligue.

—Te pasas la vida fuera.

—Ya no tanto, estoy más tiempo en el castillo y lo sabes. De hecho este año solo hice un viaje. El otro día me llamaron de la compañía aérea para saber si seguía vivo.

Reí mientras buscaba la cafetera.

—Eso es verdad, últimamente te vemos mucho.

—No cambies de tema y cuéntame lo de tu nueva chica.

—No es mi chica. Es una huésped estirada que llegó ayer y de la que Lily se ha hecho muy amiga. ¿Crees que no te he visto antes hablando con ella?

—Es una chica encantadora a la que tu amigo no para de hacerle la vida imposible.

Alzó el mentón con dignidad mientras volvía a su quehacer.

—Yo no hago tal cosa. —Traté de defenderme—. ¿Dónde está la cafetera?

Lily dejó el trapo sobre el banco y clavó sus ojos verdes en los míos. Lo hizo con tanto ímpetu que hasta reculé; para ser tan joven y pequeña tenía mucho carácter y no dudaba en mostrarlo. Sin desviar la mirada estiró un dedo acusador y dijo:

—La he escondido, no hay café para ti. Responde sí o no, ¿le has dado la peor habitación de toda la posada a conciencia?

—¡No! —dijo Bryden fingiendo escandalizarse.

—Y faltó poco para enviarla a la buhardilla, si no fuera porque está llena de polvo y muebles viejos.

—Era la única que quedaba disponible y no se me había ocurrido, pero como siga así de desagradable igual la mando para allá.

—No harás tal cosa. Además, eso no es cierto, podrías haberle dado la misma que a Tracy.

Bryden y yo abrimos los ojos por completo e instantes después estallé en carcajadas.

—Lily, por mucho que insistas, no pienso acostarme con Hannah.

—¿Qué? ¡No! Yo me refería a la habitación... —Cerró los ojos dándose cuenta de su inocente error—. Tracy no durmió en la

habitación de Olivia.

La habitación de mi hermana estaba diseñada con dos puertas, una daba al interior de mi casa y otra a la posada. Había hecho la reforma hacía unos años, un verano en que las reservas empezaron a crecer y creí que vendría bien tener una habitación extra.

—No —admití volviendo a reír y agachándome a por la cafetera que ya había identificado detrás de los platos.

—Estoy seguro de que Aidan también quiere esa habitación. Al pobre siempre le das la que da al faro —dijo Bryden.

—¿He escuchado mi nombre? —preguntó Aidan, que entraba en ese momento.

—Ya estamos todos, podemos cerrar —dije sirviéndole uno de los *scones* del desayuno sin que lo pidiera.

Bryden le estrechó la mano y este le dio una palmada en el hombro.

—Estaba negociando con Logan una mejor habitación para ti.

—La única mejora posible sería que tuviera su compañía, y él lo sabe —dijo Aidan jugando con sus cejas y lanzándome un beso.

—Eso mismo he reclamado.

—Eres un amigo.

Los di por imposibles y me moví para preparar la cafetera y ponerla al fuego.

—Bueno, vale. —Lily siguió con la anterior conversación, no iba a darse por vencida—. ¿No le puedes dar otra habitación?

—Lily, Hannah no es tu amiga. Esa chica está aquí por lo que está, para hacer esa dichosa guía que nos va a llenar el pueblo de turistas sin mejor cosa que hacer que molestar y luego se irá por donde ha venido para no volver. Ella misma te lo ha dicho: «Con suerte estaré preparando mi viaje a Japón».

—La gente tiene sueños, Logan, pero eso no significa que no vayan a volver. De todos modos, me caiga bien o mal, es una huésped, y te has dedicado a molestarla todo lo que has podido y más.

—Le di la habitación que quedaba, le subí la maleta, ¡le hice una cena! Menudas molestias.

—Te has puesto a cortar troncos desde bien temprano para despertarla.

—Los trabajos duros hay que hacerlos a primera hora del día. Es

cuando uno tiene energía —alegué llenando las tazas de café para mí y para Aidan.

—¿Y por eso no llevabas camiseta?

—¿Cómo? —saltó mi amigo antes que yo—. A mí puedes venir a molestarme cuando quieras. Odio madrugar. ¿Sabes qué también odio? Que me despierten haciéndome una...

—¡Aidan! —gritó Lily antes que yo.

Cosa que agradecí, porque ante la mención de mi acto de esa mañana, mi cabeza había tenido a bien recordarme la imagen de Hannah asomada a la ventana. Lo último que había esperado era verla con ese escueto camisón negro medio transparente. Después de aquello había tenido que partir muchos troncos para alejar los pensamientos traidores que me tentaban a averiguar cómo sería acariciar esa piel de aspecto suave. Seguro que toda ella olía igual de bien que lo hacía su pelo la noche anterior.

La carcajada de Aidan volvió a llevarme al presente. Esos pensamientos eran solo una atracción animal ante una mujer atractiva. Eso no lo iba a negar, Hannah lo era, y también altiva y vanidosa. Era arrogante, estirada y muy presumida. Era todas las cosas que odio en una persona.

—Anoche la tuvo más de media hora completamente empapada y tiritando de frío mientras él le hacía preguntas absurdas para registrarla. Eso que hiciste roza la tortura.

—¿Quieres dejar de contarles mis intimidades?

—Si no fuera porque somos adultos te diría que esa chica te gusta —dijo Bryden entre risas, y Aidan afirmó con la cabeza.

Gruñí por lo bajo y le di un sorbo al café. El aroma de la infusión recién hecha logró tranquilizarme un poco, y cuando contesté lo hice con voz pausada, como si toda esa conversación y guasa no fuera conmigo.

—Eso es una estupidez. ¿Sabes a dónde lleva eso de que «los que se pelean se desean»? Al amor tóxico.

Fue Aidan el que habló.

—De eso sé mucho y tienes razón. Sin embargo, vas a tener que dejar de molestarla. Es una clienta, no puedes tratarla de ese modo.

—Lo sé. Cuando venga de ver a mi madre y a mi sobrina, iré a su habitación a arreglar la calefacción.

—¿Le diste una habitación sin calefacción? —preguntó Bryden sorprendido.

—¡Estamos en verano! —Me despedí.

—¡Anoche estuvimos a seis grados! —dijo Lily mosqueada.

—Tenía mantas. —La cara de resentimiento de mi ayudante logró exasperarme—. Suficiente, me voy a ver a mi reina de las hadas.

Aidan sonrió ante la mención de nuestra sobrina.

—Está preciosa. Anoche hacía unos pucheros con la lengua monísimos. Podría pasarme horas enteras viendo esas burbujitas llenar sus diminutos labios.

—Es lo único que haces —dijo Kenneth, que entraba en ese momento en la posada con la pequeña Áine en brazos.

Dejé todo lo que estaba haciendo y fui a por ella.

—Mi niña preciosa. ¿Cómo está la reina hoy?

—¿Quieres dejar de llamarla así? —preguntó Aylin, que entraba en ese momento.

—Estás celosa porque desde que ella llegó ya no te hago caso y necesitas que te preste atención. Pero la culpa es tuya por hacer algo tan bonito y ponerle el nombre de la reina de las hadas. ¿Verdad? ¿Verdad, cariño? —dije acercando mi nariz para rozar una de sus sonrosadas mejillas y hacerla reír y mover enérgicamente sus manos.

Aylin sonrió y Kenneth la abrazó besando su sien.

—Hemos venido a saludar de camino a casa de tu madre —dijo Aylin como si necesitara una excusa para venir a la posada.

Me paré en seco y la miré.

—¿Estás segura? Ella no...

—No quiere que nadie la vea así de débil. Pero yo no soy nadie, Logan. Yo soy su pequeña Aylin y la niña adora estar en los brazos de la abuela Adhara. Ayer por la tarde fuimos y se durmió con la carita pegada a su pecho.

Tragué saliva y afirmé con la cabeza.

—Iba a ir ahora a estar un rato con ella y que la enfermera me dijera cómo estaba.

—Puedes ir con Áine y así nosotros desayunamos tranquilos. ¿Quieres?

Que fuera Kenneth el que me lo ofreciera y no Aylin me hizo sonreír. En ese tiempo el inglés había demostrado ser la mejor pareja

para ella sin dudar. No solo se había involucrado en la fábrica textil, sino que ya era uno más de la familia.

—Gracias —acepté rápidamente.

Antes de que se pudieran arrepentir de la decisión, me colgué la mochila de la pequeña en el hombro libre y salí. Crucé la plaza con ella en brazos hasta casa de mi madre. La encontré en la cama, recién duchada y oliendo a lavanda.

—Ay, Señor, gracias por dejarme ver esta imagen —dijo llevándose las manos a los labios.

—Mamá... —La regañé con cariño mientras me acercaba a darle un beso.

—Perdona, cielo. Pero es que siempre he querido ser abuela; y aunque no sea tuya, verte con ella en brazos es lo más parecido que voy a tener.

—No te vas a morir —dije seco porque no podía controlar el miedo que aquellas palabras me hacían sentir.

—Así me gusta, que pienses aún en darme una de estas. Déjamela un poquito en los brazos, por favor.

Lo hice, la pequeña protestó por el cambio, pero enseguida volvió a dormir plácidamente.

—Con la prisa que se dio en nacer, nadie habría dicho que iba a ser tan tranquila.

Suspiré, últimamente el destino se había empeñado en ponerme contra las cuerdas. La llegada al mundo de Áine había sido uno de esos momentos. Casi un mes antes de la fecha indicada, una noche de tormenta y con Aylin sola en el faro. Su voz llena de terror porque estaba de parto aún me despertaba alguna noche. Con Kenneth de viaje y Evans visitando a su familia política, me había convertido en el teléfono de guardia. Lo que en un principio iba a ser solo reclamaciones para antojos se convirtió en una llamada que me cambiaría la vida.

Fue una noche larga y complicada, en la que se pusieron en juego muchas vidas. A día de hoy, la matrona que asistió al parto seguía teniendo un chupito de agua de vida gratis en la posada siempre que lo pidiera. No fue sencillo, pero madre e hija estaban con nosotros.

Tratando de alejar las malas sensaciones que ese recuerdo me despertaba, dije:

—¿Sabes lo que os vendría bien a las dos? Un paseo. Hace un día fantástico, podríamos ir a la plaza...

—No pienso ir en esa odiosa silla a ningún lado.

—Mamá...

—He dicho que no.

En el fondo la entendía. Siempre había sido una mujer fuerte y capaz. Había sacado a sus dos hijos y un negocio adelante sin ayuda. Desde que mi padre desapareció en el mar, siendo yo un adolescente, no había necesitado a nadie. Después del susto de hacía unos meses, su cuerpo se negaba a responder; y aunque aparentemente estaba bien, le fallaban las fuerzas, imposibilitando que anduviera.

Vi a la enfermera hacerme un gesto y me acerqué.

—¿Cómo se encuentra? —murmuré.

—Fuerte y vigorosa, pero muy testaruda.

—Eso es que está bien.

—Sí. Ayer cuando vino Aylin, salieron al jardín trasero. Kenneth la sujetó del brazo y se sentaron en los sillones. Pero después, cuando se fueron, tuvo que pedirme ayuda para volver a la cama. Por eso hoy está de peor humor.

Afirmé con la cabeza; al regresar a la habitación, escuché a mi madre tararear la canción que nos cantaba a mi hermana y a mí de niños. La veía mecer a Áine con amor y murmurar palabras que solo ella sabía. Gaélico antiguo, el idioma del viento. Me senté a su lado y le acaricié la cabeza con dulzura.

—Mamá, te quiero.

—Y yo a ti, mi pequeño.

—Cuidaré de ti siempre, tenga que hacer lo que tenga que hacer.

—Logan...

—Has dicho que no, pero en unas semanas serán los primeros Juegos de las Highlands que verá Áine, y Aylin le ha cosido un vestido de hada de los bosques. Estará preciosa y seguro que necesita una de esas diademas de flores silvestres que tan bien trenzas. ¿De verdad te vas a perder eso por estar aquí encerrada?

—Podéis traer las flores. Tu hermana me ayudará a trenzarlas y yo se la pongo aquí.

—Sabes que no se hace así. ¿De verdad no vas a ir con Áine a los Juegos?

Apelar al chantaje emocional era algo que me horrorizaba, pero necesitaba sacarla de esa cárcel en la que estaba convirtiendo su vida.

—Bryden ya está aquí, y Alba y Evans volverán para entonces. Estaremos todos juntos y hace mucho que eso no ocurre.

—Mi niño travieso. Todo lo que tienes de pícaro lo tienes de bueno. Siempre tan responsable y noble.

Bajé la cabeza, el tormento al que estaba sometiendo a mi nueva huésped empezó a pesar sobre mis hombros.

—¿Cuánto hace que no vas a ver a Seelie? —preguntó preocupada.

—Estoy muy ocupado últimamente, mamá.

—¿Y por qué no vas ahora?

—No puedo dejarte sola con la niña.

—Llévatela.

—¿Al cementerio?

—Hijo, lo dices como si fuera un antro de perversión. Si no hay un lugar más tranquilo que ese. Para ella será como un paseo por el bosque.

—Iré más tarde. Será bonito que la primera vez que vaya lo haga con sus padres. Al fin y al cabo, es donde se conocieron.

Mi madre sonrió con dulzura e intensificó el abrazo con la niña. Esta jugó con sus labios e hizo una pequeña burbuja de saliva.

—Será mejor que la lleves con su madre, creo que va a empezar a pedir alimento.

—Sí. Lo haré y tú pensarás en ese paseo y en disfrutar del sol y tu gente. Para los que te queremos lo importante es que estés con nosotros, y si tenemos que ayudarte lo haremos.

—¿Ves cómo aunque no quieras el cuidado te sale solo?

Le di un beso en la frente y me llevé a la pequeña. Por el camino abrió los ojos y empezó a emitir unos leves sonidos.

—Ya vamos con mamá, no te preocupes, no le llores al tío o la tenemos. —Me miró seria como si entendiera mis palabras—. Eso es, solo lloras con el tío Aidan y por las noches con los papás.

Una vez en los brazos de su madre, me fui a hacer las tareas y ellos a descansar. Las palabras de mi madre no se me iban de la cabeza. Después de su ingreso en el hospital, había estado demasiado ocupado y llevaba mucho sin visitar el Cementerio de los Olvidados.

Por alguna razón, ese lugar siempre me había despertado cierta paz interior. Tal vez era aquello lo que hacía que tuviera tan poca paciencia con todo. Necesitaba serenarme.

Capítulo 6

Hannah

Maldita yo mil millones de veces. ¿Quién me creía que era haciéndome la exploradora? El sol se había ocultado hacía ya un par de horas y yo definitivamente estaba perdida en mitad de un bosque, sin cobertura y tratando de orientarme con unas estrellas que me parecían todas iguales. ¿A quién iba a engañar? Ni que supiera diferenciar entre la Osa Mayor, la Menor o lo que fuera.

Después de la visita a los acantilados y hacer un pequeño pícnic en un banco viendo las focas, había decidido ir dando un rodeo al pueblo, por supuesto había calculado mal el tiempo del que disponía antes de que se hiciera de noche y ahora no tenía claro hacia dónde debía dirigirme. Mi única salvación era conseguir algo de cobertura y llamar a Emergencias. Eso quedaría de maravilla en mi currículum: «Autora de guías de viaje se pierde en un pueblo enano de las Highlands». Gruñí ante mi incompetencia y seguí andando. Necesitaba encontrar un punto de referencia, si lograba distinguir la luz del faro podría guiarme por ella para asegurarme de no estar dando vueltas en círculo. Orgullosa por mi idea salvadora, empecé a caminar despacio, con mucho cuidado de no pisar en algún lugar equivocado y torcerme

un tobillo. Aquello sí sería lo último.

Llegué a una pequeña explanada y traté de situarme, observé a mi alrededor, escuchaba el mar a lo lejos, pero eso no era ninguna novedad. En una noche sin luna la visibilidad era nula y solo daba gracias a que, por lo menos, el móvil tuviera batería y lo pudiera utilizar de linterna.

Fue entonces cuando escuché un ruido, unos pasos pesados cerca, justo delante de mí si seguía andando. El primer impulso fue correr en esa dirección pidiendo ayuda. Estaba llenando ya mis pulmones para gritar cuando me paré en seco. ¿Y si era una mala persona? ¿Y si era uno de esos asesinos en serie que siempre salen en las películas? Aterrada, me frené y me oculté tras un enorme tronco. Los pasos seguían avanzando en mi dirección, bajé la linterna para que no emitiera tanta luz, pero tenía tanto miedo de quedarme a oscuras que fui incapaz de apagarla. Al bajarla, la luz iluminó unas piedras cercanas, fue entonces cuando pude distinguir dónde estaba y toda yo empecé a temblar como una hoja.

No era un bosque, de algún modo había terminado en mitad del cementerio que veía desde mi habitación. Sin poder creerlo miraba a un lado y a otro, buscando una salida. Los pasos continuaban su camino y yo solo escuchaba el crujir de las hojas y los latidos alterados de mi corazón a punto de salírseme del pecho.

Tratando de controlar mi respiración para no revelar mi escondite, me acuclillé, a mis pies había una enorme piedra, tal vez podría confundirme con ella. No tardé en comprender que no era una piedra al uso, era una lápida. Incapaz de controlarme empecé a sollozar, iba a morir en un cementerio. Seguro que a alguien con humor negro le habría parecido gracioso, a mí me bloqueaba. No podía imaginarme en un sitio peor. Escuchaba cómo esa persona se iba acercando, y yo era incapaz de controlarme, sentía el sudor frío cayendo por mi espalda a la vez que era incapaz de respirar. La luz de la linterna mostró la sombra justo encima de mí, estaba tan asustada que no me había dado cuenta de que el móvil se había dado la vuelta y delataba mi posición como un foco apuntándome.

—¿Hannah?

Sin frenarme a valorar si reconocía la voz, me lancé contra la figura desconocida, empujándola y golpeándola con los puños. Gritaba

como si me estuviera atacando a mí, ocultando sus palabras con la única intención de alejarla e iniciar un precipitado camino de huida. Alcé la rodilla hasta escuchar un profundo grito de dolor y aproveché que se quedaba paralizada para salir corriendo, con tan mala suerte que tropecé con algo, caí al suelo y me golpeé el tobillo. Sentí cómo las piedras arañaban mis manos y cara. Incapaz de moverme, traté de arrastrarme de nuevo a un escondite cuando él volvió a hablar.

—¿Estás loca? —dijo la voz masculina rota de dolor.

—Aléjate de mí o te daré otra patada —grité al borde del llanto buscando una piedra que me valiera de arma.

—¿Se puede saber qué cojones te pasa? ¿Por qué me atacas?

—Porque eres un desconocido...

—¡Que sabe tu nombre! Joder, Hannah, soy Logan.

—¿Logan? —dije dándome la vuelta y tratando de reconocerlo. Seguía encogido sobre sí mismo, debía haber dado en el blanco, era la primera vez en mi vida que le daba una patada a un hombre en sus partes—. ¿Qué haces aquí?

—¿Yo? Eres tú la que te ocultas detrás de la tumba de mi antepasada para atacarme.

—Lo siento, me asusté. —Traté de levantarme, pero una punzada cruzó mi tobillo e hizo que volviera a caer—. ¡Ay! Me he torcido el pie.

—Uy, cuantísimo lo siento —respondió irónico mientras se sentaba en el suelo y apoyaba la espalda en el árbol—. Debe dolerte muchísimo.

—Oye, no sabía que eras tú. Me has asustado.

—Estaba visitando la tumba de un familiar —repitió enfadado—. No esperaba que nadie me diera una patada en los huevos.

De pronto la imagen de mí saltando como una loca sobre él desde detrás de la lápida me pareció lo más gracioso del mundo. Ese pensamiento se juntó con el momento de estrés que acababa de pasar y me puse a reír a mandíbula abierta.

—¿Qué te resulta tan gracioso?

—He visto la imagen desde fuera y puedo entender que estés tan enfadado, pero ha sido solo supervivencia. Lo prometo.

—Lo prometes, ya. Voy a tardar un buen rato en poder andar, esto duele horrores.

—Lo siento, de verdad. Jamás se me había ocurrido pegarle una patada en sus partes a nadie.

—No lo vuelvas a hacer. Bueno, si te atacan, te garantizo que lo dejas completamente desarmado.

Sonreí y como pude me acerqué un poco hasta él.

—Estaba muy asustada. Llevaba un buen rato perdida —reconocí algo avergonzada.

—¿De dónde venías?

—De los acantilados. Creí que podría orientarme para llegar al pueblo, pero ha resultado ser un desastre.

—Bueno, no ibas muy desencaminada. Si yo no hubiera interrumpido tu camino habrías llegado en poco más de media milla.

—Pero te has interpuesto.

—No volverá a ocurrir, te lo garantizo.

Sonreí. Jamás habría dicho que podría estar cómoda hablando con él y mucho menos en un cementerio. Me di cuenta entonces de que no había ningún tipo de valla que lo limitara y me pareció curioso.

—Este no es el cementerio que veo desde la habitación. El de anoche tiene un enorme muro. ¿Por qué tenéis dos cementerios? ¿Por qué está en medio del bosque?

—Bueno, técnicamente este también lo ves. Si hubiese luna detrás de ti verías el muro del que hablas. Este es el Cementerio de los Olvidados. Es donde antiguamente se enterraban a los maleantes, prostitutas y gente de mala reputación. —Mis ojos se fueron directamente a la tumba que me había servido de escondite. Inmediatamente su tono cambió—. ¡Ella no!

—Disculpa, pero has dicho...

—Ella no. Seelie y su amado... Ellos... Ellos perdieron la vida por amor.

No hacía falta ser muy avispada para entender lo que Logan había querido decir. Esa idea del amor trágico a lo Romeo y Julieta. Teniendo en cuenta el tipo de cementerio, las lápidas y su estado, estaba claro que hablábamos de otra época. Una en la que sucesos como los que insinuaba Logan eran considerados un pecado imperdonable, por eso sus cuerpos no descansaban junto a los de su familia. El hecho de que ni siquiera tantos años después, incluso siglos, él le diera la espalda a esa parte de su historia me pareció

tierno.

Incapaz de dar un paso sin ayuda, me acomodé a su lado esperando a que se le pasara un poco el dolor. No es que el silencio fuera incómodo, pero el tiempo pasa más rápido cuando hablas; además, algo me decía que Logan era una buena fuente de información. Decidí guardar el hacha de guerra y entablar una conversación.

—Tu caballo...

—No es mío.

—Bueno, el caballo que cuidas y dejas que duerma en tu establo, se llama Gaoth. Eso significa «viento» en gaélico, ¿no?

—¿Sabes gaélico? —preguntó extrañado.

—Muy poco, una vez aprendí un par de palabras sueltas, pero ya casi se me han olvidado.

—Suele ocurrir si no lo practicas. Aquí puedes hacerlo con los vecinos, la mayoría lo hablan.

—No, no, no tengo fluidez, solo sé decir: *Oidhche mhath.* ¿Lo dije bien?

—Buenas noches, sí. No está mal para una inglesa...

La frase se quedó en el aire y yo lo miré de reojo recordando nuestra batalla de hacía unas horas.

—¿Estúpida?

—No iba a decir eso. Jamás insultaría así a alguien.

—Pues termina la frase ya y demuéstralo, de otro modo no te creeré.

—Estirada, iba a decir una «inglesa estirada».

—Estirada —bufé—. Eres un arrogante.

—Cuidado, milady, o tendrá que ir a casa a la pata coja.

Crucé los brazos sobre el pecho, mosqueada, y él sonrió. Guardamos silencio, era preferible a tener una discusión.

Era tarde y la humedad de la noche hacía caer la temperatura, eso me provocó un escalofrío.

—¿Estás bien?

—Sí, bueno, no. Me estoy empezando a quedar helada. Pero no importa.

—Claro que importa.

—Anoche parecía darte igual.

Hizo un gesto de dolor y se pinzó el puente de la nariz.

—Anoche no estaba de buen humor, disculpa si dije algo fuera de lugar.

—Todo estuvo fuera de lugar.

—Incluida tu actitud.

—¿Cómo? Que yo sepa no fui yo la que me dio una de las peores habitaciones de la posada. Me he congelado toda la noche —alegué alzando el mentón.

—Llegaste con tu actitud de prepotencia y mirando por encima del hombro.

—Eso no es verdad.

—Bueno, da igual, no voy a discutir contigo ahora. —Se levantó del suelo y me tendió una mano—. Apoyate en mí, Gaoth nos espera al principio del cementerio, no le gusta adentrarse entre las tumbas. Montaremos y en pocos minutos estarás de nuevo en tu habitación. Podrás encender la calefacción y maldecirme.

Traté de levantarme sin apoyar el pie, pero perdí el equilibrio y tuve que poner mi peso sobre el lastimado, lo que me provocó un alarido de dolor.

—Tienes que intentar no apoyarte en ese pie.

—Ya lo sé —dije entre dientes.

—Pues no te está saliendo muy bien. Anda, ven, te llevo en brazos.

—¡Ni lo sueñes! No pienso dejar que... ¡Aaaaaah! —grité al sentir como me cogía en brazos—. ¡Eres un salvaje!

—¿Puedes dejar de quejarte durante medio minuto? Todo esto sería mucho más sencillo si lo hicieras.

—Es que no es necesario que me lleves en brazos a ningún lado.

—Si no paras de moverte y de quejarte, te juro que te dejo aquí en mitad del bosque y vuelves a casa solita.

Volví a cruzarme de brazos y fruncí los labios como si así fuera más fácil permanecer callada. Dejé que me llevara como si fuera una novia secuestrada. Cuando llegamos al caballo, me pareció mucho más grande que esa mañana. Lo miré con la boca abierta.

—¿Qué ocurre?

—Es que yo... Bueno...

—¿Qué?

—Que nunca he montado a caballo. No te rías, soy una chica de ciudad, ¿por qué iba a necesitar montar a caballo?

—¿Has ido en bici?

—Sí, ¿se le parece?

—Ni en broma, pero me parece gracioso que puedas llegar a pensar que sí.

—Aaaaag, Logan McLean, eres un...

—Termina esa frase y tendrás que hacer la media milla que queda andando dolorida sobre esos taconcitos tan monos que llevas.

—Deja de amenazarme.

—Deja de quejarte. Voy a subir y después lo haces tú. No tiene complicación alguna, pones el pie en el estribo y subes.

—Para hacer eso tendría que apoyarme en el malo.

—Sí, es verdad. Vale, pues subo y te cargo de la cintura.

—No, no, seguro que algo falla y me voy al suelo. De eso nada, que... ¡Aaaaaaah!

Sin planearlo me había cogido de la cintura y habíamos subido los dos a la vez al caballo. Por suerte mis reflejos estaban despiertos y al sentirme en el aire había abierto las piernas.

—¡¿Quieres dejar de cogerme sin mi permiso?!

—Es que no dejas de quejarte y vamos a estar así toda la noche. Me gustaría llegar a casa de una vez.

—Uuuuuug, eres odioso.

Aprovechó la poca distancia para hablar muy cerca de mi oído.

—Te estoy salvando la vida, podrías agradecérmelo, milady.

—Solo lo haces porque si desapareciera se te hundiría el negocio, y no me llames así.

—No creas, un fantasma nuevo le daría un empujón más.

—Ves cómo eres... ¿Me acabas de tocar el culo?

—¿Qué? ¡No! —Intenté girarme—. Estate quieta o nos iremos al suelo.

—He sentido algo. Por favor, dime que no te está excitando esto porque te juro que...

—Lo que has sentido es el dorso de mi mano. He tenido que..., bueno, necesito sujetar la zona para evitar el rebote. ¿Cómo voy a excitarme? ¿Sabes el dolor que tengo en estos momentos? No creo que pueda volver a hacer nada en la vida. Hazme un favor y deja de

rozarte.

Fue esa última petición la que provocó que permaneciera completamente tensa sobre el caballo, tratando bajo todo concepto que mi trasero no rozara ni un centímetro de su entrepierna. Tarea complicada, pues los movimientos del animal llevaban a ello.

Llegamos al establo; y del mismo modo que me había ayudado a subir, me ayudó a bajar.

—Voy a volver a cogerte en brazos para subir a tu habitación. No grites, la gente debe estar ya durmiendo.

—Igual puedo subir sola apoyada en la barandilla.

—No te ofendas, pero lo último que necesito es que te caigas rodando por las escaleras.

Y en otro momento me habría molestado ese comentario, pero después de todos los traspiés que estaba teniendo esa noche guardé silencio aceptando la situación.

No tardé en estar nuevamente entre sus brazos, los sentía fuertes y seguros. Nunca antes me habían cogido así, con tanta estabilidad. Llegamos al primer piso e hizo un parón para tomar aire, sin soltarme. Yo sonreí.

—Te estás arrepintiendo de haberme dado esa habitación en la última planta, ¿a que sí? —dije juguetona.

—Me estoy arrepintiendo de conocerte. No sé qué pecado cometí en la otra vida para tal castigo.

Fruncí el ceño y él sonrió. Volvió a subir los escalones y yo me cogí fuerte a su cuello, aspiré su aroma a lavanda y madera.

—No te voy a soltar, no te preocupes. Mañana podrás seguir quejándote de la habitación, del pueblo y de todo lo que te rodea.

—No me he quejado tanto. —Paró en mitad de la escalera y me miró fijamente.

—¿Que no qué?

—Está bien, he estado un poco quejica, pero reconoce que...

—¿Por qué cada vez que admites una cosa tengo que reconocer yo otra? Has estado quejica, punto. No tengo que reconocer nada.

—Que me quejaba con razón. Anoche me congelé.

—Y hoy tienes calefacción, a ver qué nueva queja encuentras.

—Tengo que reconocer que ni siquiera en el Waldorf Hilton tienen un servicio de habitaciones tan personalizado.

—Waldorf —bufó—, nunca entenderé a la gente que paga tanto por dormir.

—No es solo dormir, es toda una experiencia. No lo sabes hasta que lo vives.

—Lo he vivido y sigo sin entenderlo. Pero qué sabré yo, solo soy un bruto posadero de las Highlands.

Y esas palabras me dolieron, porque de algún modo yo las había pensado, pero sabía que no eran ciertas. Nadie es solo el trabajo que realiza. Además, tenía que reconocer que la imagen de bruto se iba desmontando en la medida que lo iba conociendo. Sus gestos mostraban a un chico sensible, atento y educado. Estaba claro que me había precipitado al juzgarlo.

Capítulo 7

Logan

Cuando encendió la luz de la habitación pude apreciar el daño que le había causado la caída. No era solo la hinchazón en el tobillo, eran sus piernas; las medias se habían rasgado y estaban llenas de arañazos, así como sus manos.

—Sí que te has lastimado.

—Y no me he quejado —dijo poniendo cara de niña buena.

Por un momento me recordó a Olivia cuando me acusaba delante de nuestra madre de algo que en realidad había hecho ella, y me desarmó. Porque en ese momento, cuando había podido ver a la Hannah más cercana, algo había cambiado. En ese corto instante, cuando se había quitado la careta de prepotencia y había dejado ver a la chica preocupada, había despertado en mí algo diferente.

—Vamos a dejarlo en que no te has quejado mucho. Voy a llevarte hasta el baño, te das una ducha y voy a por el botiquín, estos arañazos hay que desinfectarlos bien.

—Te estoy dando mucho trabajo —dijo con voz apenada.

—Sí, pero eres mi huésped. Tengo empanada para cenar, ¿quieres que te suba un trozo?

—Y una cerveza. —Se paró a pensar un momento—. Y un whisky. Sigo pensando en que he estado en el suelo de un cementerio y necesito quitármelo de la cabeza.

—Está bien, algo de cena y una pinta de cerveza. ¿Algo más, milady? —pregunté dejándola sentada en el borde de la bañera.

La expresión de su cara al escucharme llamarla de ese modo me hizo reír. Me retiré para buscar todo lo que habíamos dicho. Estaba ya en la puerta del baño cuando me llamó:

—Logan. —Me giré pensando que iba a pedirme alguna otra cosa —. Gracias.

Sonreí y salí.

En lugar de ir a la posada, fui a mi casa. Quedaba más cerca. Solo tenía que acceder por una de las puertas del final del pasillo y llegaba al mío. Una separación física que me ayudaba en momentos como ese y que mi madre odiaba, porque según ella, de ese modo en realidad tu cabeza trabaja todo el día.

Busqué todo lo necesario y lo puse en una cesta de mimbre que reservaba para los improvisados pícnic románticos con alguna amiga. Antes de volver me di una rápida ducha, yo también había sufrido en esa excursión, sobre todo con el posterior ejercicio por las escaleras. Me puse ropa limpia. Comprobé aliviado que el dolor de la patada había remitido mucho y solo era un recuerdo. Cogí la cesta, las llaves y volví a la puerta que conectaba con la posada.

Llamé despacio con los nudillos, era tarde y no quería que al día siguiente ningún huésped se quejara de ruido; aunque a juzgar por los ronquidos que se escuchaban en el pasillo, estaban todos fuera de combate. Abrí la puerta cuando ella me dio el «adelante» y la encontré vestida con una camisa blanca que le cubría lo justo y dando pequeños saltos para volver de donde tenía la maleta a la cama. Dejé la cesta sobre el escritorio que había junto a la puerta y me acerqué.

—Apóyate en mí.

—Puedo sola.

Uno de esos pasos la hizo trastabillar y antes de que volviera a apoyar su pie lastimado en el suelo la sujeté de la cintura.

—Te tengo —dije con ella nuevamente entre mis brazos.

La fina tela de la camisa dejaba pasar la calidez de la piel. La prenda se deslizó hacia arriba ayudando a que mis manos resbalaran

por su espalda y haciendo que quedara entre mis brazos. Instintivamente la rodeé con algo más de fuerza para evitar que terminara en el suelo, pegándola por completo a mi cuerpo.

Viéndola de cerca, ahora sin rastro de maquillaje, con el pelo algo húmedo recogido sin orden y oliendo solo a jabón y su aroma personal, me pareció más atractiva. Como si el hecho de quitarse el pintalabios y el colorete la desarmara de algún modo. No había ni rastro de la altanería de otros encuentros.

Mi mirada se perdió en la suya, en los rizos aún mojados que rozaban su largo cuello. Llegué a los sonrosados labios y los humedeció con la punta de la lengua. Estuve tentado a pasar yo la mía detrás. Esa mujer anulaba todos mis sentidos y solo podía pensar en los suyos. Sentía sus manos sujetándose con fuerza a mis bíceps y el deseo de que su contacto se alargara a otras partes iba creciendo. Noté la suave caricia de su aliento en mi cuello y eso fue suficiente para incendiarme. Tuve que hacer acopio de toda mi fuerza de voluntad para no dejarme llevar por esos pensamientos.

Su bufido rompió el silencio tenso entre los dos. Volví a mirarla pensando que tal vez había adivinado mis intenciones; sin embargo, estaba muy equivocado, el gesto nada tenía que ver conmigo.

—Esto es absurdo. Soy una mujer muy capaz. He viajado por medio planeta sola y en compañía, pero nunca he necesitado a nadie, y ahora parece que no puedo ni dar dos pasos sin que vengas en mi auxilio.

Olvidándome de quién era y tratándola como haría con Aylin o Lily, di un paso atrás y liberé su cintura.

—Tienes razón, te dejo ir hasta la cama. Pero déjame ponerme delante, no llevas sujetador y los saltitos son muy divertidos.

—¡Cerdo! —gritó a la vez que me golpeaba en el brazo y yo soltaba una carcajada.

—Era una broma —alegué al darme cuenta de que mi comentario había estado completamente fuera de lugar.

—Seguro —dijo volviendo a poner ese tono airado que tanto me molestaba.

—¿Cómo voy a saber que no llevas sujetador si te he visto de espaldas? —Traté de defenderme.

—Porque...

Se calló para buscar una razón y yo me coloqué detrás. Después de lo que había sentido hacía un instante, recordar por qué disfrutaba tanto metiéndome con ella era un alivio.

Hacía solo unas semanas de la visita de Tracy, aun así había sido muy corta y yo llevaba mucho tiempo sin tener un encuentro con una mujer. Podría ser que la cercanía de Hannah despertara en mí algún sentimiento, pero no era real.

—Venga, tú sola. Te adelanto que la camisa no es muy larga, no saltes mucho o en lugar de intuir tus pechos veré con claridad tu trasero.

—¡Logan! —protestó completamente paralizada.

—Eres tú la que va medio desnuda.

Cogiendo aire para no responderme, dio dos saltos para llegar hasta la cama y sentarse. Levantó la vista hasta mí, triunfal, y no pude evitar sonreír con aprobación, lo había conseguido, sin ayuda. Me giré para coger la cesta y empezar a sacar el alcohol y las gasas.

—No tenía otra cosa así cómoda para ponerme. Era esto o el camisón de esta mañana.

—Tampoco me habría importado. Pero qué sabré yo, que duermo en pelotas.

Su gesto fue como si me imaginara, de pronto sus ojos se abrieron a la par que su boca e incluso me pareció que se relamía los labios. Me gustó ver cómo sus mejillas empezaban a sonrojarse, y de repente estaba nerviosa. Aprecié ese momento en que se repuso de la sorpresa por la reciente imagen de mi cuerpo sin ropa y su mirada me mostró algo diferente. Algo que hablaba del deseo de comprobar si la fantasía era realidad.

Me acerqué a la cama con todo lo necesario y posé una de las rodillas en el suelo. Sin dejar de mirarla, fui poniendo alcohol en la gasa. Sujeté su muñeca entre mi mano, empezaría por los antebrazos, ella la retiró.

—¿Me va a escocer? —preguntó en un susurro.

—No más que dejarte ayudar por este rudo escocés.

Sonrió y volvió a ofrecerme su muñeca.

Comencé a limpiar la zona menos lastimada, con cuidado. Puse toda mi atención en las heridas.

—Sé que eres una mujer capaz e independiente. Lily me ha

hablado de ti y de tu trabajo. —Antes muerto que reconocer que había escuchado la conversación de esa mañana—. He visto los videos que cuelgas en Instagram y en algunos has debido de pasarlo mal.

—¿Has buscado mi trabajo?

—Por lo visto eres bastante famosa. Ya he comprobado que has puesto un par de historias sobre Baileaghràid.

—¿Te molesta? —Esta vez su tono fue dulce, mucho más que el empleado hasta ahora. Me encogí de hombros a la vez que seguía con la cura—. Creí que te gustaría que una cuenta conocida por sus recomendaciones de viajes hablara de tu pueblo y tu negocio como un sitio que visitar.

—Me gusta la tranquilidad de este lugar —dije como toda respuesta.

Un rayo iluminó la estancia y unas gotas empezaron a golpear los cristales. Nosotros seguíamos pendientes el uno del otro, en un juego de gestos y palabras que había empezado de pronto y que ninguno de los dos parecía dispuesto a cortar.

—Entonces es cierto.

—¿El qué? —pregunté alzando la mirada hasta encontrarme con la suya.

—Que eres feliz viviendo con tan poco.

Hice media sonrisa y volví a prestar atención a sus brazos.

—Mi gente, mis negocios, mi tierra, mi vida. Soy un hombre sencillo. Me gusta levantarme por la mañana y saber que Lily vendrá a atender los desayunos. Darme un paseo hasta la destilería, hablar con Angus, el encargado. Cenar con mi mejor amigo, Evans, o cogerme unos días e ir a ver a los que tengo lejos. No necesito mucho más.

—Eres pacífico.

—Golpearía a cualquiera que perturbara la paz de mi gente.

—¿Lo has hecho? ¿Alguna vez te has metido en una pelea?

Sentí verdadero interés en su voz. Dejé lo que estaba haciendo y la miré con media sonrisa.

—Hace mucho tiempo. Cuando estudiaba en el internado.

—Cuéntamelo.

No tenía muy claro si el tono delataba miedo o fascinación. ¿Sería Hannah de esas mujeres de ciudad que adoran a esos insoportables tipos duros? Si era eso lo que le estaba llamando la atención de mí, ya

podía irse olvidando. A pesar de todo, seguí con la explicación y la cura.

—Víctor tuvo la culpa.

—¿Quién es Víctor?

—Un buen amigo español. Vive en Valencia. Te gustaría, es como yo, pero menos guapo y más elegante.

—Oh, debe ser un hombre interesante.

Los dos sonreímos, estaba cómodo en ese nuevo ambiente con ella, tan alejado de las batallas y desplantes vividos hasta el momento.

—No tengo muy claro qué es lo que pasó. Solo puedo decirte que estábamos de fiesta, y en un segundo pasé de estar en la barra a estar en el callejón trasero. En un parpadeo un mastodonte de dos metros lo golpeaba con saña mientras él solo podía doblegarse para evitar que le diera en las partes más delicadas.

—Pobre.

—Sí, ese mastodonte tenía menos puntería que tú.

Se tapó la cara con las manos al recordar lo ocurrido en el Cementerio de los Olvidados. Negó con la cabeza y dijo:

—Lo siento. —Apartó los dedos para poder verme entre ellos—. ¿Aún te duele?

—Ya no tanto —reconocí.

Me moví para que pudiera poner el pie en mi rodilla y de esa manera curarle la rozadura de la pierna.

—Apóyate aquí.

Lo hizo sin dudar y yo cerré mis ojos de golpe.

—¿Qué ocurre?

Sin abrirlos alargué la mano hacia la cama, sabía exactamente lo que buscaba y dónde estaba. Localicé uno de los cojines, lo agarré y se lo di. Hannah entendió que la postura mostraba todo lo que ella habría deseado no mostrar.

—¡Ay, Dios!

—Tranquila, solo vi que son negras. A no ser que no seas tan rubia como parece.

—¡Logan!

Ni siquiera yo estaba seguro de por qué de pronto hacía ese tipo de comentarios tan salvajes. No podíamos pasar de lanzarnos cuchillos a encamarnos. Las cosas llevan un proceso y con Hannah eso no

ocurriría. Aunque esa versión de ella que estaba descubriendo me interesaba más de lo que estaba dispuesto a admitir.

Con ella parapetada detrás del cojín, terminé la cura mientras se quejaba.

—Escuece, escuece.

Mirándola a los ojos soplé para aliviarla un poco. Vi cómo se erguía y tragaba saliva, ahora era ella la que se había puesto nerviosa. Al igual que antes, al verla al trasluz de la ventana, lo había hecho yo. Alejando todos esos pensamientos de mi cabeza, terminé de desinfectar las heridas. Le acerqué con la mesa auxiliar la cena y dije:

—Cuando termines la dejas a un lado. Ten cuidado y no tropieces con ella si te levantas en la noche.

—¿Te vas?

—El servicio de habitaciones es solo hasta las once —respondí con media sonrisa justo cuando el reloj de la iglesia empezaba a dar las campanadas—. Me voy o tendrás que pagar un extra.

—Pero no me has dicho cómo terminó la pelea —protestó como haría una niña a la que dejan sin el final del cuento.

Me agaché para recoger del suelo las gasas utilizadas, mientras decía a toda prisa:

—Se saldó con el mastodonte con la nariz rota y yo con un pequeño recordatorio.

Cuando elevé la mirada ella estaba cerca del borde y, sin darme cuenta, acariciaba con dulzura la cicatriz que uno de los anillos de ese animal me había hecho. No era muy evidente, pero con esa luz y mi piel morena se veía sin dificultad. Atravesaba mi pómulo izquierdo.

—¿Esto? —susurro.

Sus uñas rozaron con sutileza el principio de mi barba. Los dedos iniciaron un viaje hasta mis labios y yo me moví acompañando el movimiento. Sentí la suavidad de su piel acariciando mi boca y el deseo de besarla se multiplicó por infinito.

Un crujido seco y el ruido del viento entrando por alguna ventana mal cerrada la asustaron alejándola de mí y haciendo que yo volviera a ser un hombre racional.

—¿Qué ha sido eso?

—Solo es el Barón —respondí ya junto a la puerta, con el botiquín en la mano.

—¿Quién es el Barón?

—Un pirata del siglo XVII que aún mora entre nosotros. Pero no te preocupes, busca oro y damas inocentes e indefensas. No creo que encuentre ninguna de las dos cosas en esta habitación.

Tuve que darme la vuelta para que no viera cómo me reía y sentí cómo un cojín me golpeaba en la cabeza y me provocaba una carcajada.

—¿Ves cómo no estás indefensa?

La escuché gruñir de rabia.

—Vete antes de que te lance otro.

—Adiós, milady. Yo que tú, esta noche dormía con una luz encendida.

Cerré en el momento justo que otra almohada golpeaba la puerta. Reí y me fui a casa con la sensación de que las cosas volvían a estar donde debían: lejos de la cama.

Capítulo 8

Hannah

Esa fue la primera noche, de muchas que llegaron después, llena de sueños intranquilos. El temor a tener una pesadilla por mi sugestión con el tema del cementerio y el fantasma de ese dichoso pirata fue rápidamente sustituido por el de soñar con Logan descamisado cogiéndome con fuerza para subir las escaleras. Su torso desnudo se presentaba en mis sueños sin avisar y en toda clase de situaciones a cual más absurda. A veces cortaba leña, luciendo no solo los músculos trabajados, sino además brillantes por el esfuerzo. Otras montaba a caballo, solo con el *kilt*, por supuesto. Al parecer a mi subconsciente le parecía bien que pasara media noche soñando con él y la otra media, después de despertar sofocada, tratando de olvidarlo.

Al llegar al salón esa primera mañana, apoyando despacio el pie, Lily vino rauda y veloz a socorrerme.

—¿Qué te ha pasado?

—No es nada. Anoche sufrí una caída, pero ya estoy mucho mejor.

—¿Una caída? ¿Por qué no me avisaste?

—Estuvo bien atendida —dijo Logan a nuestro lado mientras dejaba el desayuno en la mesa —. No seas dramática, Lilybeth, solo es

una torcedura de tobillo, no hay nada roto.

—¿Y cómo lo sabes? ¿Acaso eres médico? —protestó la muchacha.

—Lo sé porque he visto muchas y porque de lo contrario ese pie estaría el doble de hinchado.

—Una de tus huéspedes se ha caído, deberías mostrar más empatía.

No entendía muy bien qué estaba pasando, pero no hacía falta un doctorado para darse cuenta de que aquello poco tenía que ver conmigo. Pese a la confianza que había entre ellos estaba claro que el tono en el que se hablaban estaba muy lejos del habitual. Sin decir nada más, él se dio la vuelta y se marchó a la barra.

—Discúlpalo, está de un humor de perros esta mañana.

—¿Se puede saber por qué? —susurré extrañada. La noche anterior lo había escuchado alejarse entre carcajadas y aún era temprano para que le hubieran dado problemas.

Ella miró a uno y otro lado como si temiera que la escucharan y dijo:

—Desde que anoche empezó a soplar el viento del oeste no han parado de llegar malas noticias —dijo, como si el propio viento fuera el portador de ellas.

—A ver si dejamos de murmurar y nos ponemos a trabajar —gruñó Logan desde la barra.

—Sí, jefe.

Lily se fue a atender al resto de clientes, a la vez que Logan dejaba en la mesa una bandeja con café recién hecho, gachas de avena y un *scone*.

—Es de mermelada de melocotón. Se nos ha terminado la de frutos rojos hasta dentro de dos días.

—Seguro que está deliciosa —respondí tratando de ser amable.

Sus ojos se desviaron al pañuelo de cuadros negros y amarillos que llevaba anudado al cuello, se volvió a repetir la mueca de asco; y pese a que había sido un acto reflejo que él logró controlar, yo lo había visto.

—¿Algún problema? —pregunté esta vez mosqueada.

—Ninguno —dijo seco—. ¿Te duele el pie?

—Solo es una torcedura, no hay nada roto —respondí cortante.

—Bien. —Se dio la vuelta para volver a la barra, pero pareció

recordar algo y volvió sobre sus pasos. Con un tono más pausado dijo —: Por cierto, un huésped ha tenido que marcharse antes de lo previsto, su mujer sufrió un infarto ayer.

Debía ser una de las malas noticias que había comentado Lily.

—Vaya, cuánto lo siento. ¿Se recuperará?

—Eso espero, era un cliente habitual. Te lo digo porque estaba alojado en esta planta y he pensado que, con lo de tu pie, lo mejor será que te traslades, así evitarías los dos tramos de escaleras.

Me mordí el labio para poder permanecer seria.

—Solo lo haces para no subirme esta noche.

Definitivamente no había calculado las consecuencias de mis palabras. Logan apoyó las manos en la mesa y se inclinó un poco hacia mí, pude apreciar el olor de su colonia. Alzó una ceja y con una voz sensual dijo:

—¿Quieres que te suba? ¿Ya echas de menos estar entre mis brazos? —Enrojecí de golpe y él se echó a reír—. Entiendo, milady, soy irresistible.

—Lo que eres es... —Estaba tan enfadada conmigo misma que no me salía ninguna palabra.

—Sensual, tentador, atractivo, deseable...

—Molesto y altanero.

—Gracias —respondió guiñándome un ojo.

Se dio la vuelta para volver a la barra en el mismo momento en que entraban dos hombres en la posada. No tenía ni idea de quiénes eran, pero cuando Logan los vio se hizo el silencio. El ambiente se enrareció y hasta yo, una *sassenach*[3], pude sentir cómo no eran bienvenidos.

—Buenos días —dijo con tono sereno el más mayor.

Era un hombre entrado en carnes, tenía el pelo cano y jugaba con una boina entre sus manos.

—Estamos cerrados —dijo Logan en un tono que congeló el aire.

—Vámonos, papá —murmuró el segundo, mucho más joven, quizá de mi edad.

—De eso nada, no hice nada malo, solo busqué lo mejor para mi familia, no puedes negarme venir. Este también es mi pueblo.

Logan dio un paso hacia ellos, pero manteniendo la distancia, como un animal salvaje a punto de entrar en batalla, se hizo más

grande, como si de pronto fuera más alto y ancho.

—Y este es mi negocio y tengo derecho de admisión. O te largas ahora mismo o te echo de una patada en tu asqueroso trasero.

Lily salió de forma precipitada de la barra con la intención de calmarlo, pero una mirada de él bastó para que se mantuviera distanciada.

—Siempre has sido un maleducado. Un crío con ínfulas de ser alguien cuando no eres más que un posadero —respondió el hombre.

—Este posadero es más noble de lo que serás en tu vida.

—Bueno, basta ya, no hemos venido aquí a que nos insulten.

—Ya os he dicho que os larguéis. No se os va a atender. Aquí no servimos a traidores.

Esas palabras hicieron que el más joven arrojara la chaqueta sobre una de las sillas e hiciera ademán de subirse las mangas de la camisa. Lejos de amilanarse, Logan dio otro paso al frente y esta vez no fue la camarera, sino dos de los hombres que allí estaban los que se levantaron de golpe e interpusieron entre ellos.

—Vamos, vamos, chicos, mantengamos la paz.

—Sácalos de aquí, Angus. —El que impedía que el joven se lanzara contra él lo fue llevando a la puerta. Una vez fuera, Logan gritó—: ¡Y como se os ocurra ir a la fábrica o hablar con Aylin os juro que tendréis un accidente!

El tal Angus lo miró asustado.

—Shhhhh, muchacho, no mentes a los espíritus ni digas algo de lo que debas arrepentirte.

—Lo sabía, desde que ayer cambió el viento sabía que algo así iba a ocurrir.

El hombre que había ido a detenerlo llevó a Logan a una de las mesas y Angus le sirvió un vaso de whisky.

—Para pasar el mal trago.

En ese momento la puerta volvió a abrirse y entró una chica joven, rubia y muy bien vestida. Iba acompañada de dos señoras mayores. Venían sonrientes, pero cuando vieron a Logan su sonrisa se les borró de golpe.

—¿Qué ha pasado? —preguntó.

—Los Lerwick han estado aquí. ¿No los has visto salir? —gruñó.

—No. Se habrán ido calle arriba y nosotras venimos de desayunar

en la plaza.

—Seguro que van a la fábrica, malditos cobardes.

—¿A la fábrica? —Extrañada, ella se sentó junto a su amigo. Yo quería volver a centrarme en mis cosas, pero aquella conversación era mucho más interesante y sin querer tenía toda mi atención puesta en sus palabras. Al igual que el resto de la taberna.

—Habrán venido a pedir trabajo, Aylin.

—Eso ya lo hicieron anoche.

—¿Cómo dices?

—Pues que no creí que serían tan memos de venir hoy aquí así sin más. Pensaba venir a contártelo aprovechando que tenía que acompañar a Rosalyn y Mildred.

—Tendrías que haber venido ayer mismo.

—Era tarde y preferí ir a alimentar a mi heredera, ¿algún inconveniente con eso?

El rostro de Logan pareció relajarse ante esas palabras. Una vez más, sus modales rudos y su aspecto salvaje contrastaban con la dulzura que era capaz de mostrar. Como la delicadeza con la que se había encargado de mis rasguños o lo mucho que se había preocupado por mí después de mi caída. La noche anterior no había ni rastro de ese hombre malcarado que me había recibido y que tenía ahora en la mesa de enfrente.

Aylin dio una palmada al aire y se levantó, pronto tuvo la atención de toda la taberna.

—Escuchadme todos, porque no lo pienso volver a repetir. Ayer algunos de los empleados que se fueron a trabajar con Scott vinieron a verme y a solicitar un puesto de trabajo. Por lo visto a ese señor, si es que se le puede llamar así, lo han metido en la cárcel por estafa y la fábrica ha cerrado.

Estaba claro que después del recibimiento que habían tenido esos desconocidos esa no era una noticia triste. Sin embargo, no esperaba la ovación y los aplausos con la que el resto de gente la recibió.

—Vale, vale, os comprendo. Yo también me alegré cuando me enteré.

—Que familias enteras se queden en la calle no es nunca una buena noticia —dijo Angus—. Pero reconozco que no me apiado ni un mínimo de lo que le pueda pasar a ese rufián.

—Gracias por tu sensatez, amigo. Eres un buen hombre y has dicho justo lo que yo esperaba escuchar de gente como vosotros. De mi gente. Sé lo mucho que os desagrada lo que voy a decir ahora y os lo agradezco de corazón. La lealtad que me mostráis a mí y a mi fábrica es envidiable y nunca os voy a poder devolver todo vuestro cariño. Pero como ha dicho Angus, no sería capaz de dormir tranquila si dejara que esas pobres familias se quedaran en la calle.

—¿Los has contratado? —preguntó Logan.

—Sí. —Volvió a hacerse un silencio tenso—. No tienen el puesto que algunos tenían y se van a tener que acoger a algunas condiciones que no les acaban de encajar. Además tendrán que lidiar con que Agnes es la encargada, eso no va a cambiar. Os pediría, por favor, que no hagáis más complicada su vuelta.

—Aquí esos dos no vuelven —sentenció Logan levantándose y yendo hacia la barra como señal de que esa conversación estaba cerrada.

Nadie le contradijo, tal vez esperaban el momento en que se calmara, después recordé la placa de la entrada donde rezaba:

> Bienvenido todo el mundo, menos los Dow.[4]

Algo me decía que en pocos días a ese cartel se le añadiría un:

> Y los Lerwick.

Sonreí para mis adentros y lo observé. No sabía si eran imaginaciones mías, pero esa mañana tenía algo diferente. El pelo seguía estando demasiado largo para mi gusto y lucía deshecho en un caos que parecía ser inherente a él. Tenía algo de barba, señal de que no había madrugado y no le había dado tiempo a afeitarse. Llevaba una camisa gris y un *kilt* de cuadros grises y negros que se ajustaba perfectamente a su cintura con unas cintas de cuero negras. Bajé la mirada por sus caderas hasta sus pantorrillas, calzaba unas desgastadas botas que pese a los años estaban limpias y lustrosas. Recordé que la noche anterior el *kilt* le colgaba por detrás llegando a mitad de los gemelos y ahora parecía ser todo de la misma largura. Estaba tan centrada en comprobar si era así que incluso me levanté

inconscientemente de la silla para poder observarlo.

—Yo que tú sería más discreta o su ego subirá a tales niveles que no podrás soportarlo.

Miré a la mesa de al lado dónde seguía sentada Aylin, que ahora me miraba divertida. Frente a ella, las dos mujeres con las que había entrado.

—Yo… No…

—Sí, te entiendo, Logan tiene un… llamémosle «aura» muy particular. No trates de entender por qué te atrae de ese modo, él es así, rompe todas las reglas que hayas pensado sobre los hombres.

—Me estaba fijando en el *kilt*, la otra noche era más largo, o eso pensé.

—Llevaría el *plaid.* Es lo que usaban nuestros antepasados cuando iban a pastorear y a la batalla, es más grande y sirve de manta para poder dormir arrebujado en ella. A Logan le encanta nuestra historia y tiene varios *plaid*. El último en tonos marrones y verdes.

Estaba a punto de preguntarle si se sabía toda su ropa, pero recordé que en el discurso había dicho que era la dueña de la fábrica de telas y seguramente la suministradora de tan tentadoras prendas.

—No tenía ni idea de esas cosas. Me gusta la moda, pero soy una completa ignorante al respecto de la escocesa.

—Cuando quieras hablamos de ella.

Lily llegó hasta nosotras con cara de verdadera preocupación.

—¿Crees que se le pasará?

—Tardará un tiempo, pero lo hará. Al menos lo suficiente para tolerar su presencia aquí. También te digo que maldito sea Richard Lerwick. Cuando vaya a la fábrica luego, tendré una reunión con los nuevos y les avisaré que al mínimo escándalo en el pueblo se van fuera. Me he apiadado de ellos después de que me dejaran en la estacada, pero no para que vengan a la posada a liarse a puñetazos con quien sea. Deben entender el descontento de la gente, sus acciones tuvieron consecuencias muy grandes. Hasta hace poco pensaba que había sido yo la que había hablado de más con Scott en nuestras tardes de pasión y por eso se adelantaba a mis pasos en el negocio.

—¿Y no? —preguntó la camarera.

—Quizá sí, pero había detalles muy concretos que estaba segura de no haber comentado con nadie.

—¿Fuga de información? —dije yo, que estaba empezando a atar los cabos de esa conversación.

—No tengo modo de demostrarlo, por eso no los voy a acusar de nada. Ahora voy a cuidarme mucho de que eso no me vuelva a pasar.

Lily dio un pequeño respingo, como si acabara de darse cuenta de algo:

—Ay, no os he presentado. Disculpad, pero con todo este lío se me olvidó. Aylin, ella es Hannah, es la periodista que hace la guía turística sobre Baileaghràid. Ellas son Aylin McFàrach y Rosalyn y Mildred Drummond.

—Encantada —dijimos las cuatro a la vez.

—Estoy segura de que podéis hablar de cosas muy interesantes y ayudarle a que tenga la mejor guía de Escocia.

—Muchas gracias por ayudarme —dije mirando a las cuatro.

—Así somos en Baileaghràid —respondió Lily volviendo a sus quehaceres.

Las mujeres se movieron a mi mesa y estuvieron más que receptivas a todo lo que yo iba diciendo. Aylin se disculpó, pues tenía que irse pronto para atender algunos asuntos. El resto pasamos una mañana de lo más agradable entre té y pastas mientras las hermanas me contaban anécdotas y leyendas del pasado.

El famoso Barón del que me había hablado Logan la noche anterior resultó ser todo un caballero que después de saquear los mares se había instalado en Baileaghràid dispuesto a cambiar de vida y purgar sus pecados, llegando a construir un pequeño hospital donde hoy en día estaba el médico.

—Dinero robado, pero bien empleado —dijo Rosalyn, la cual reconoció que tenía cierta debilidad por las historias románticas de corsarios y maleantes.

Cuando después de comer las mujeres se fueron, yo tenía la grabadora y el libro de notas repleto de información. Aprovechando que hacía sol cogí todos mis enseres y salí a disfrutar un poco de él, sentándome en una manta de las que me había dejado Logan en la parte trasera de la posada.

Antes de ponerme a organizar los datos observé el paisaje. Entre las montañas y yo no había nada. Sabía dónde terminaba el terreno de Logan porque cruzaba un estrecho camino de tierra y después de este

todo eran árboles frondosos. El terreno perteneciente a la posada estaba despejado y bien cuidado. Incluso disponía de algunos rincones diseñados específicamente para descansar, aunque yo había optado por crear el mío apoyando la espalda en la pared del establo.

En todo el pueblo se escuchaba el rumor de las olas, un sonido constante que estaba segura acababa internándose con fuerza en la personalidad de los habitantes.

Cerré los ojos y me permití estar así un tiempo, no tenía prisa, esa mañana había adelantado mucho el trabajo.

Cuando volví a abrirlos, una vaca marrón, enorme, me observaba a los pies de la manta. Del susto di con mi cabeza en la pared. Aterrada me puse en pie, un error puesto que el animal tomó mi movimiento como una invitación y dio un pequeño paso al frente. Los cuernos rectos a lo largo de su cabeza eran casi tan grandes como uno de mis brazos. Me miraba fijamente a través de su flequillo mientras rumiaba algo de hierba.

—Por favor —murmuré muerta de miedo—. Vete.

No me entendió y dio otro pequeño paso hacia mí. No lo pude evitar y entonces grité. Esta vez la que se asustó fue ella y mugió. Nunca había escuchado a una vaca mugir y mucho menos desde tan cerca. Asustada y fuera de mí volví a gritar:

—¡Socorro! ¡Ayuda! ¡Socorro!

—¿Qué está pasando? ¿Qué son todos estos gritos?

Logan apareció por la puerta del establo y yo me sentí salvada, él sabría qué hacer.

—¡Ayuda!

Me miró y después al bicho, que seguía mugiendo sin dejar de rumiar.

—Será posible. ¿Te ha asustado?

—Es un animal enorme y me tiene acorra... —Dejé de hablar cuando me di cuenta de que en lugar de hablarme a mí lo hacía con la vaca.

—Ya está, Mantequilla, ya está. Venga, ven conmigo y no se lo tengas en cuenta.

La acariciaba igual que a un perro, alejándola con ternura.

—No me lo puedo creer.

—No seas así. Has asustado a la pobre.

—Es cuatro veces más grande que yo.

—¿Y qué culpa tiene Mantequilla de que seas bajita?

Gruñí y de rabia di un pisotón en el suelo con el pie malo. Una leve punzada me avisó de que no estaba tan recuperada para hacer esas cosas. Puse un gesto de dolor que pareció preocuparlo, pero no le di tiempo a que hablara. Recogí mis cosas precipitadamente y cogiendo con furia la manta dije:

—Adiós.

Entré en la posada cojeando. Estaba por la mitad de las escaleras cuando escuché:

—Milady.

—¿Qué? —gruñí y aún me enfadé mucho más conmigo cuando me di cuenta de que había respondido aceptando como si fuera mi nombre ese estúpido apodo.

—Su habitación en la planta baja ya está disponible. Si lo desea, puede ocuparla cuando quiera, yo me encargaré de cambiar sus pertenencias, si me da permiso.

Bajé dos escalones y me situé frente a él. Gracias al último escalón nuestra altura era similar, me acerqué a su oído y, bajando la voz un mínimo, dije:

—Has esperado a que toda la posada te escuchara para que piensen que me estás haciendo un favor y en realidad no haces más que chincharme.

—Eso no es verdad —respondió con una sonrisa—. Lo que ocurre es que has salido de forma tan precipitada que no te he podido alcanzar antes.

—Voy coja.

—No soy yo el que hace excursiones nocturnas sin linterna.

Su tono pausado y amistoso me exasperaba. Aspiré aire con fuerza y él amplió la sonrisa.

—Haré la maleta para que puedas llevarla a mi nueva habitación.

—Será un placer, milady.

Enfadada, subí las escaleras mientras él seguía mirándome con esa sonrisa estúpida en los labios.

Capítulo 9

Logan

—Si sigues así vas a tener que ir a que te miren eso.

La voz de Bryden me sacó de mi ensimismamiento. Me había quedado absorto en el movimiento de la falda de Hannah subiendo las escaleras. Sus gritos me habían alertado mientras limpiaba el establo; y al verla tan aterrada, con Mantequilla observándola de un modo tan calmado, no había podido evitar esa reacción. Miré a mi amigo.

—¿A qué te refieres?

—No puede ser sano que te ponga tanto enfadarla.

Recordando mi estado al volver a casa la noche anterior, bajé la mirada hacia mi cadera, no podía ser que se notara algo. La carcajada de Bryden me dejó claro que estaba siendo un idiota.

—Olvídame, McFàrach. ¿No tienes ningún sitio lejano que visitar?

—No hay quién te entienda, McLean, ayer querías que estuviera más por aquí, hoy quieres que me largue.

—Había olvidado lo cargante que puedes llegar a ser.

Me sacó la lengua y le respondí con el mismo gesto. La confianza que nos daba habernos criado juntos se reflejaba en esos momentos. Después de ser tan desagradable con él, se acercó y me abrazó.

—¿Qué haces? —pregunté extrañado por su reacción.

—Estás tan mono así enfurruñado y ya me enteré de lo de los Lerwick, creo que necesitabas un abrazo.

—Bryden, de verdad, empiezas a necesitar una novia con urgencia.

—Como diría tu buen amigo valenciano, Víctor: *Li diu el mort al degollat: qui t'ha fet eixe forat?* [5]

Reí ante esa expresión que tanto utilizaba mi amigo conmigo y la obsesión de Bryden por recopilar ese tipo de cosas en los diferentes idiomas que hablaba.

—Lo que necesito es que todos dejéis de insinuar lo primero que se os viene a la cabeza y mucho menos si se trata de Hannah y de mí.

Por una vez en su vida mi amigo no insistió, incluso hizo el gesto de cerrarse la boca con llave.

El resto del día transcurrió sin problemas. Poco antes de la cena bajé las pertenencias de Hannah a su nueva habitación. Después de recibir su permiso entré, la encontré mirando por la ventana. Terminaba de ducharse, todavía se sentía el vaho proveniente del baño y su pelo estaba húmedo. No llevaba ni rastro de maquillaje y vestía con unos vaqueros claros y un suéter amplio color crema. Iba descalza, eso me hizo sonreír. Me encantaba ir descalzo por la casa, algo que ponía nerviosa a mi madre y siempre la hacía enfadar. Su expresión era de serenidad. Al igual que había ocurrido la noche anterior, tenía la sensación de estar viendo a otra Hannah. Una más sencilla y cercana.

—¿Va todo bien? —pregunté.

Después de suspirar me miró y dijo:

—Sí, me gustan las vistas desde aquí. Gracias por cambiarme la habitación.

—Esta se ha quedado disponible; y teniendo en cuenta que vas coja, era lo mínimo que podía hacer —dije restándole importancia—. ¿Cómo va ese pie?

—Mejor, ya apenas me duele. Pero tengo que mantenerlo un poco en alto o se hincha.

—¿Quieres que te traiga algo de hielo?

—Gracias, después de cenar te lo recuerdo. Así ya lo dejo para cuando vaya a dormir.

—Bien, pues si necesitas cualquier cosa ya sabes dónde estoy. Ah, y mañana, si te levantas y ves a una preciosa vaca en tu ventana, no grites, será Mora, que viene a por su desayuno. Suele equivocarse con la ventana del establo.

Me miró de reojo, seguramente recordando el incidente de hacía unas horas.

—Creí que la vaca se llamaba Mantequilla.

—Mora es otra. Podrás distinguirla porque tiene el pelaje más claro y los cuernos más grandes. Pero no te asustes, solo golpeará el cristal y lo lamerá, si no le haces caso se va enseguida.

Y dicho eso, y con su cara de miedo fija en mí, me largué antes de estallar en carcajadas.

En realidad no había mentido, Mora solía confundir las dos ventanas, pero hacía mucho que no y era poco probable que eso ocurriera. En el fondo iban a tener razón mis amigos, me encantaba provocarla.

Esa noche, después de servir las cenas me acerqué un momento a ver a mi madre, la enfermera me había avisado de otro momento de debilidad y estaba alterada, lo mejor era acudir y estar un poco con ella para calmarla.

Verla en la cama, apenas con fuerzas, me dejó mal cuerpo, aunque la enfermera me había dicho que esos bajones eran normales debido a la medicación y que al día siguiente estaría como siempre. Algo dentro de mí seguía alerta, sobre todo porque el dichoso viento seguía soplando del oeste. ¿Acaso no había traído ya suficientes malas nuevas?

Necesitaba un momento de serenidad para mí, por eso no volví a la posada después de la visita, llamé a Lily y le dije que yo me encargaría de la limpieza, pero que no estaría para el cierre. No había demasiada gente y podía hacerlo sola sin problemas. Debió notar en mi voz que algo no iba bien, porque ni siquiera insinuó que era un jefe explotador, simplemente aceptó.

Paseé hasta la playa y me senté en la arena a contemplar el mar. Sin poder impedirlo, las lágrimas empezaron a rodar por mis mejillas. A mi cabeza vinieron todas y cada una de las veces que había hecho lo mismo en mi vida, por diversos motivos: a veces por desamor; otras, como esta, por miedo a lo que deparara el destino, siempre terminaba

en esa playa uniendo mis lágrimas con el mar.

El reloj de la iglesia marcaba las doce cuando pasé por delante, abrí la puerta de la taberna, sería mejor que me pusiera a recoger cuanto antes o esa noche también dormiría poco. La sorpresa fue mayúscula cuando al llegar lo encontré todo recogido y limpio. Lily había dejado una nota junto a la caja:

> Soy la mejor empleada del mundo mundial
> y lo sabes. Me merezco un aumento y
> ser vitoreada públicamente.
> No te acostumbres a esto.
> Un abrazo, hasta mañana.

La doblé sonriendo y la guardé en la caja. Esa chica siempre lograba hacerme sonreír.

Con ese tiempo que había ganado, decidí que lo mejor era alejar los pensamientos funestos de esa noche antes de irme a la cama. Para eso, lo mejor sería trabajar en mis fotografías. Con esa idea subí a casa y me puse el pijama, pese a estar en verano la tormenta había hecho bajar las temperaturas y el tiempo sentado en la arena me había helado hasta los huesos, así que me cubrí con la bata y fui al estudio.

Al llegar recordé que la última vez había estado trabajando en el salón de la posada y me había dejado el portátil tras la barra. Con fastidio maldije mi mala cabeza y volví sobre mis pasos, necesitaba centrar mi mente en ese trabajo o los molestos pensamientos no me dejarían dormir. Ya que estaba de nuevo en la posada me serví un whisky y me senté con el ordenador en uno de los sofás cercano a la chimenea, pues aunque ya estaba apagada, la zona seguía cálida.

La quietud del lugar volvió a seducirme, me agradaba el salón cuando no había gente, la decoración había ido actualizándose con el paso de los años, pero mantenía la esencia antigua; me gustaba pensar que por ahí habían pasado todos mis antepasados, era un modo de tenerlos cerca. Estaba tan concentrado con la tarea, que no escuché cómo se abría una puerta ni pasos, de pronto Hannah estaba frente a mí sobresaltándome.

—¡Joder, qué susto! —Mi grito la asustó haciendo que el libro que llevaba en las manos se cayera al suelo.

—¡Ah!

Los dos nos miramos fijamente, respirábamos con dificultad.

—¿Qué haces aquí?

—No podía dormir y he pensado en venir a buscar una nueva lectura, ya terminé el libro que me recomendó Rosalyn —respondió agachándose a recogerlo.

Fue entonces cuando me di cuenta de que vestía el escueto camisón de raso negro que le había visto la primera mañana, y sobre este la camisa blanca con la que me había recibido la noche anterior. Llevaba el pelo alborotado y el susto le había sonrojado un poco las mejillas. Me perdí en la contemplación. Su voz me devolvió a la realidad.

—¿Me estás escuchando?

—¿Cómo dices?

Furiosa se cerró con las manos la camisa.

—Eres un cerdo.

—Lo siento —dije completamente arrepentido—. En realidad no estaba mirándote...

—¿Qué no? Pero si te ha faltado babear.

Cogí aire, tenía que armarme de paciencia si quería aclarar ese malentendido.

—No te miraba los pechos —solté con la voz más alta de lo que me habría gustado—. Me ha parecido extraño verte tan despeinada.

Ella bufó.

—Critica mi aspecto un tipo con una bata de cuadros propia de un señor de setenta años.

—¡Oye! Que yo no... Mira, déjalo, si está claro que diga lo que diga te vas a enfadar, pero que conste que no estaba criticando tu imagen. Solo me ha llamado la atención. ¿Qué me habías preguntado?

—Si tenías más libros de la escritora Inés de Miranda, ya he terminado *El faro delator de Baileaghràid* y me gustaría leer más sobre el pueblo en su época. Dice cosas muy interesantes que podría utilizar para la guía y mis artículos.

—¿Te has leído el libro?

—Claro, Rosalyn dijo que es una historia real y eso atrae mucho a la gente.

—Bueno, el final es inventado.

—¿Cómo dices?

—Ya lo sabes, anoche estuviste en su tumba. Seelie y su amado no terminaron casándose y venciendo una maldición familiar. De hecho los Drummond y los McLean tardaron varias décadas en poder soportarse, un poco más y su historia se repite con mis antepasados.

—Cuéntame eso —dijo sentándose en el sillón que tenía al lado y mirándome con todo el interés del mundo.

—¿De verdad quieres que te cuente la historia de mi familia?

—¡Claro! ¿Cuánto de real hay en la historia que he leído? ¿De verdad Elsbeth vendía vientos?

—Sí, eso es cierto. En su época era una profesión y ella tenía ese don. Todas las mujeres de la familia tienen un sexto sentido.

—¿Son adivinas?

—No, no es eso; bueno, algunas sí lo son, pero si no crees en estas cosas es difícil de explicar.

—Oh, claro, ahora resulta que vas a dejar de hablar de esto porque no creo en estas cosas, pero ayer estuviste encantado de hablar del Barón.

—¿Lo conociste? Es muy majo. Algunas damas dicen que es muy atractivo.

Frunció el entrecejo y me sacó la lengua. Yo solté una carcajada. En momentos como ese, con ella tan cercana, el deseo que había empezado a sentir volvía a estar presente. Dejando que mis ganas de seguir teniendo a esa versión de Hannah cerca ganaran, apagué el portátil y me recosté en el sillón.

—Está bien, si tan interesada estás ponte cómoda, que esto puede ser largo. ¿Quieres un whisky?

—Por supuesto, y no tendrás una manta, ¿verdad?

—Sí, pero es igual de fea que mi bata. Vas a parecer una señora de ochenta años.

Hizo una mueca provocando que mi carcajada fuera mayor y con tono de burla dijo:

—Muy gracioso; y yo no dije ochenta, dije setenta.

—Ya, yo he calculado sobre la edad que aparentas ahora.

Abrió la boca y me lanzó un almohadón, el cual cogí al vuelo.

—Están en el baúl que hay al lado del sofá —indiqué entre risas.

En realidad, me vendría bien que se cubriera. Mis ojos estarían más tranquilos fijos en los de ella sin desviarse a zonas menos

aceptadas.

Volví con los dos vasos llenos y los dejé sobre la mesa de café que teníamos enfrente. Hannah se había arrebujado en la manta, sentándose en el sofá. Tenía las rodillas abrazadas al pecho mientras esperaba ansiosa que le contara la historia.

—¿Está bien? ¿Qué te interesa saber? —pregunté sentándome a su lado.

—¿Por qué los Drummond y los McLean estaban enfrentados?

—Eso no se sabe con certeza. Son desplantes de muchos siglos. Quizá algún Drummond incumpliera una promesa.

—O un McLean.

Fui a corregirla diciendo que un McLean jamás incumple una promesa, pero me di cuenta de que en esa ocasión la otra facción también formaba parte de mí. Ella advirtió la batalla que había en mi interior y sonrió.

—Entiendo, es complicado aceptar que los que ya no están hicieron algo malo. Seguro que la culpa no fue de los tuyos.

—Soy parte de los dos, mi padre era McLean y mi madre es Drummond.

—Oh, creí que ella sería de otra familia.

—No, ella es también una Drummond. No descendiente directa de Elsbeth, claro, porque esa rama fue la primera que se casó con un McLean. Mi madre pertenece a otra rama de la familia, pero su apellido es ese y su fuerza también. Las mujeres Drummond son poderosas y hermosas.

Hizo una sonrisa dulce y sacó una mano de la manta para coger el vaso de whisky.

—¿Por qué sonríes así?

Dio un trago lento del whisky cerrando los ojos, disfrutando de su sabor, guardamos silencio por un momento, como si ese ritual necesitara de ello. La imité. En el fondo era mi modo preferido de tomar la copa, con los ojos cerrados y en silencio. Al escucharla hablar los abrí, estaba realmente hermosa en ese momento.

—La voz se os llena de orgullo cuando habláis de ellos. Desde que llegué os escucho nombrar a vuestros ancestros como si aún formaran parte de vosotros.

—Lo hacen. Sus acciones siguen muy presentes en nuestro pueblo.

—Cuéntame por qué hay una placa que prohíbe entrar a los Dow. ¿Qué pasaría si alguien que tú no conoces y lleva ese apellido entrara?

—Si no me dice que es un Dow no pasaría nada. Ahora, si lo descubro, va fuera.

—¿Aunque sea una chica guapa? —preguntó mirándome por encima del vaso.

—Como si es la reina —respondí con seriedad y ella abrió los ojos por la seguridad con la que había contestado—. El asunto de los Dow es muy antiguo. Digamos que uno trató de hacerse con el poder del pueblo en aquella época en la que los señores de los castillos dictaban las leyes sin importarles mucho la gente.

—Como ahora los jefes de Estado, pero sin oposición —murmuró y yo estuve de acuerdo—. Sigue.

—Luchamos contra él.

—¿Quiénes?

—Todos los que juramos lealtad al clan McFàrach.

—¿Y qué pasó?

—Que todos los años celebramos el Festival de los Amantes, hacemos un muñeco de paja con una prenda con el tartán de los Dow. Muy parecido a ese odioso pañuelo a cuadros amarillos que tienes. —Alzó una ceja y yo seguí hablando—. Lo cogemos entre unos cuantos y lo subimos a las almenas del castillo. Lo lanzamos desde ahí arriba.

—El Festival de los Amantes. Pues menudos amantes.

—Él era un tirano. Ese festival celebra la ruina de su clan y la victoria del McFàrach. Bajo su mando, Baileaghràid ha vivido momentos de esplendor. Siempre ha salido a flote, pese a las dificultades, y nos hemos apoyado entre vecinos y amigos. Fue un McFàrach el que abrió la fábrica de telas. Fue otro el que abrió la licorería que tiempo después comparte en igualdad de condiciones con un McLean. Tu amiga Inés, una señora McFàrach, ayudó a mi antepasada Elsbeth a abrir una escuela en el pueblo para los hijos de los trabajadores y labriegos. Familias que no podían permitirse mandarlos a Edimburgo. Ellas se encargaron de que tuvieran una educación. De que supieran defenderse.

La observé, tenía una mirada extraña que no supe identificar.

—¿Qué ocurre?

—Me estás contando cosas asombrosas de tu gente y tu pueblo.

Voy a necesitar más de una noche para registrarlas todas y montar la guía. —Antes de que yo pudiera decir nada, ella se adelantó—. Lo haré para que esto se conserve.

—¿Cómo dices?

—Hablaré de historia, de tradición, de un pasado presente en sus gentes. Temas que atraen a un turismo muy específico. Uno que valora la antigüedad de las cosas y no viene buscando fiesta y diversión. Te prometo que por nada del mundo haré algo que transforme este pueblo en otra cosa. Solo que ayude un poco al comercio local.

Y la creí. Porque sus ojos miel me miraban fijamente y no había rastro de duda en ellos.

Con esas palabras iniciamos una tradición que se alargó las siguientes noches. Cuando todos los clientes se retiraban a dormir y yo acababa de recoger, ella salía de su habitación, buscaba la manta, el vaso de whisky y se preparaba para escucharme como no había hecho nunca nadie. Le interesaba todo: la historia pasada, la presente, los mitos y leyendas, el estado de los negocios y cómo podía ayudar a mejorarlo. Cualquier tema era digno de una larga y fructífera conversación.

Era una de esas noches, la tormenta golpeaba con fuerza los cristales y la temperatura había bajado tanto que la chimenea seguía encendida. La grabadora que reposaba sobre la mesa emitió una luz roja y yo sonreí.

—Se te acaba la batería, señal de que he hablado de más.

—Dichoso aparato, últimamente no deja de fallar. No importa, te escucho, no me va a hacer falta ese trasto.

—¿Estás segura? Es tarde y has tenido un día muy intenso.

Me miró seria y yo sonreí. Las hermanas Drummond habían pasado gran parte del día con ella y ya debería estar al tanto de todos los cotilleos no tan antiguos del pueblo.

—Venga, no me dejes con las ganas.

—Jamás he dejado a una mujer con ganas —dije haciendo media sonrisa y ella ocultó la cara entre las rodillas mientras ahogaba una carcajada.

Nuestras charlas nocturnas habían servido para que todos los roces se fueran limando. Me dejaron descubrir a una mujer inteligente y divertida, que no le importaba esforzarse al máximo para conseguir

sus objetivos y que, aunque no hablaba mucho de su historia, tenía claro que había luchado con uñas y dientes para llegar a donde estaba. Era uno de los referentes en su campo, la seguían muchísimas personas en redes y en el último año le habían dado dos premios por sus artículos. Cuando alzó la mirada de la manta estaba roja como un tomate.

—Eres un fantasma.

—Es la verdad. Nunca se me han quejado. ¿Quieres comprobarlo?

—¡Logan! —Ella misma se reprendió por el grito que acababa de dar y yo reí—. Desvergonzado.

—Aún no has contestado —dije alzando una ceja y ella volvió a ocultar la cara en sus rodillas para desde ahí murmurar.

—Para, por favor, y sigue contando.

Lo hice. Puse mi mirada sobre el fuego de la chimenea y seguí con el relato que protagonizaba uno de los ancestros de Evans. Una batalla épica que salvó a las buenas gentes de Baileaghràid. Estaba ya cerca del final cuando me di cuenta de que Hannah llevaba mucho tiempo en silencio. Me giré y la vi profundamente dormida, con su cabeza apoyada en sus piernas. Estaba de lo más relajada. En otro momento me habría ofendido, ahora sabía que simplemente estaba tan cómoda a mi lado que no le importaba sentirse tan vulnerable. Traté de despertarla.

—Hannah, oye, es tarde, vamos a la cama.

Se removió un poco, pero no se despertó. Volví a intentarlo.

—Eh, venga, no puedo dejarte aquí.

Mismo resultado. Después de unos minutos y varios intentos, no me quedó otra que recoger los vasos, apagar la chimenea y cogerla en brazos. Me preparé para que gritara en cuanto se sintiera en el aire; sin embargo lo único que hizo fue aferrarse a mi cuello y apoyarse en el hombro.

—Luego no querrás que te llame «milady» —murmuré—. Te he cargado más veces en brazos que a ninguna otra mujer, y eso incluye a Olivia.

Seguí hablando en dirección a la habitación, como si ella pudiera escucharme, aunque por su respiración profunda quedaba muy claro que no era así. Al llegar a la puerta me di cuenta de que no llevaba la llave. Cogí aire y, moviéndome despacio, la busqué en su mano, solía

portarla enganchada a la muñeca con una goma de pelo.

—Venga, Hannah, ayúdame o te irás al suelo y después será culpa mía.

Tiré con suavidad y la llave se deslizó. Abrí la puerta y la llevé hasta la cama. La posé con cuidado y la cubrí con una de las mantas que tenía a los pies de la cama. Antes de retirarme acaricié su mejilla con el dorso de los dedos.

—Este no era el modo en que imaginé que te dejaba en la cama —susurré antes de irme.

Capítulo 10

Hannah

Me costó un mundo que no se notara que estaba despierta al escuchar sus últimas palabras. Me había despertado en su primer intento; sin embargo una parte de mí deseaba saber qué haría Logan si no lograba que me levantara por mi propio pie. Una pregunta absurda, pues ya había quedado claro en diversas ocasiones que podía conmigo sin ninguna dificultad.

Volver a estar entre sus brazos, con su aroma pegado a mí y el calor que desprendía su cuerpo, despertó un deseo irracional. Jamás había sentido unas ganas tan potentes de besar a alguien. Tanto que, en el corto camino hasta mi habitación, mi adormecida cabeza había ideado diversas formas de terminar con él entre mis sábanas. Esas noches de charlas hasta la madrugada habían desvelado a un hombre, dulce y amable, muy alejado del salvaje y bruto que se me había presentado.

Incapaz de evitar todo lo que estaba sintiendo, en uno de sus intentos por buscar la llave hundí mi cabeza en su cuello y aspiré. Su olor me penetró por completo, haciéndome desear más. Más de esa fuerza que se unía a una delicadeza extrema. Como cuando hablaba de

su madre o lo veía con Áine en brazos. Sin embargo, su furia protectora resurgía de golpe si alguno de esos hombres entraba en la posada a tomar una cerveza; y aunque no habían vuelto a haber incidentes, me constaba que se refrenaba en cuerpo y alma para que el pueblo siguiera en paz.

Así era Logan McLean, un hombre cargado de contradicciones que estaba volviéndome loca por momentos.

No era capaz de entender por qué me costaba tanto dar el primer paso. En más de una ocasión, cuando intencionadamente había dejado caer parte de la manta mostrando un poco más mi cuerpo, le había cazado alguna mirada furtiva. Sabía que si daba un paso hacia él, era muy difícil que dijera que no y, sin embargo, me sentía incapaz de hacerlo.

Esa noche, al entrar en mi habitación, el plan era aferrarme tanto a él que perdiera el equilibrio y una vez en la cama no dejarlo escapar, pero aquello tampoco ocurrió. Incluso después de su confesión cuando me creía dormida. ¿Qué era aquello que nos bloqueaba a los dos a avanzar?

Entre los muchos cotilleos contados por las hermanas Drummond, estaban sus amoríos. De hecho, eran de sus favoritos. Hablaran de lo que hablaran o yo les preguntara, siempre acababan contándome alguna de las aventuras amorosas de su medio sobrino nieto. Si algo no le faltaban eran candidatas y no podía estar más de acuerdo, si al conocerlo me había parecido un hombre atractivo, pero arisco, ahora que sabía más cosas de él lo creía tierno y dulce. Aquello hacía que la pregunta que crecía en mí se hiciera más fuerte e ilógica: ¿por qué dos adultos que nunca habían tenido problemas para avanzar en sus aventuras de cama eran incapaces de seguir adelante si los dos lo deseaban?

La mañana siguiente amaneció despejada. Me preparé para mi excursión. Las hermanas me habían hablado de los lagos cercanos y mi idea era visitar alguno y hablar de ellos en mis redes, para los amantes de la naturaleza. Me puse mi pantalón de senderismo y las botas, si iba a andar por la montaña tenía que ir equipada, cogería el cortavientos por lo que pudiera pasar, la última excursión había concluido en desastre. Estaba asegurándome de que llevaba todo lo necesario en la mochila cuando vi el pañuelo al que había hecho

referencia Logan. Sonreí al recordar el tono de su voz, cómo después de tanto tiempo seguía sintiendo esa animadversión por todo un clan solo porque había hecho daño a su gente. El modo que tenía de proteger a los suyos no dejaba de sorprenderme. Dejé ese pañuelo y cogí otro azul, a juego con la camiseta; era mejor no enfadar a la fiera.

El comedor estaba animado esa mañana. Al madrugar para mi aventura había coincidido con la gente de las fábricas que venía a desayunar y echarse unas risas antes de iniciar la jornada. Conseguí un hueco en una esquina de la barra, Logan vino directo en cuanto me vio.

—Buenos días, milady.

Con su mirada supe que no iba a dejar pasar lo ocurrido la noche anterior; sin embargo, algo en mí era incapaz de darle las gracias sin más. Miré a ambos lados como si fuera a contarle un secreto y dije:

—¿Tú sabes cómo llegué anoche a mi cama?

Me miró serio y tuve que morderme los labios para no estallar en carcajadas.

—Ni idea. Yo recogí todo y te abandoné en el sofá para que el cliente más madrugador pudiera verte roncar y babear.

—Yo no ronco. Será que escucharías al Barón. —Fue él quien sonrió. Bajé un momento la vista a la taza de café humeante que me acababa de servir y al subirla me topé con su mirada, una que parecía preguntar muchas cosas. Rompiendo mi hilo de pensamientos dije—: Gracias por llevarme.

—De nada. No te quejes cuando veas el cargo por el servicio de habitaciones al final de tu visita.

—Lo pagaré encantada —murmuré por lo bajo, pero asegurándome de que me escuchaba.

Me habría gustado saber qué iba a decir, pues al escucharme su boca se había entreabierto, en parte, por la sorpresa de mi agradecimiento; en parte, por soltar algún comentario subido de tono, estaba segura de ello. Sin embargo, Lily nos interrumpió.

—Disculpad que moleste. Logan, preguntan por ti —dijo con una mirada llena de «lo siento».

—¿Quién?

—Tracy, está al teléfono. Dice que está de vuelta de su viaje y necesita su habitación.

Los ojos negros de él se dirigieron hacia mí en un acto inconsciente, como si no quisiera que me enterara de esa conversación.

—Dile que estamos completos.

—Pero...

Logan tendió la mano para coger el teléfono que Lily llevaba silenciado en la mano y se alejó un poco; no obstante, pude escucharlo sin mucha dificultad.

—Tracy, oye, lo siento, pero estamos al completo hoy. Ajá, sí, todas las habitaciones. No hay ni una cama libre.

Y algo en su voz me dejó claro que no se refería a la cama de la posada. Hice un gesto a la camarera para que se acercara.

—Tracy es una amiga especial de Logan, ¿verdad?

—Soy una tumba —respondió la muchacha pasando sus dedos por la boca como si la cerrara con una cremallera.

—Oh, venga, creía que éramos amigas.

La chica miró en dirección a su jefe, que ya había colgado y se dirigía a atender a un grupo de hombres que llamaban su atención. Después dirigió sus enormes ojos azules hacia mí y dijo:

—Sea lo que sea Tracy, con lo que te debes quedar es con que no tiene habitación.

Una sonrisa delatora se dibujó en mis labios.

—¿Crees que lo hizo por mí?

—¿Por ti? ¿Ha pasado algo durante vuestros encuentros nocturnos que no me has contado? —Tapé mi boca con las manos al darme cuenta de mi error y ella se hizo la ofendida—. Ya veo lo amigas que somos, hum, solo para lo que te interesa.

—Shhh, no ha pasado nada.

—Pero te gustaría.

Callé, porque no era capaz de reconocer algo así en voz alta, por muy evidente que fuera. No era muy dada a hablar de mis aventuras, ni siquiera con mis amigas más cercanas; y aunque en tan poco tiempo ya consideraba a Lily casi como una de ellas, me resultaba muy complicado sincerarme.

—Solo hablamos.

—Está bien, Tracy es solo una clienta habitual.

Y con esas palabras se dio la vuelta. Esta vez sí se había molestado

y podía llegar a entenderla. Terminé de desayunar, fui a la habitación a lavarme los dientes y me fui.

Por mucho que trataba de no pensarlo, las palabras de Lily no abandonaron mi mente en todo el día. «Clienta habitual». ¿Cómo de habitual? ¿Tenían algo que ver nuestras charlas nocturnas con esa ocupación total? Y en caso de que así fuera, ¿qué estábamos haciendo? ¿A qué jugábamos? Mi viaje tocaba su fin; y aunque podía alargarlo un tiempo, no sería de forma definitiva. Mi vida estaba en Londres y viajando por medio mundo, no en ese pueblo perdido de las Highlands por muy bien que me estuviera sentando la aventura.

Estaba segura de que Baileaghràid sería un lugar recurrente en mis escapadas para desconectar y que, a buen seguro, lo visitaría en más de una ocasión para ver de primera mano alguna de esas fiestas de las que me habían hablado. Con un poco de suerte y teniendo en cuenta mi trato con Thomas, quizá pudiera estar para los Juegos. Según mis informadores personales, las hermanas Drummond, ver a Logan participar en ellos era todo un espectáculo y no me cabía duda de ello.

A pesar de que todos mis pensamientos estaban la mayor parte del tiempo centrados en el atractivo posadero, el paisaje de las Highlands era tan poderoso que consiguió desviar mi atención de ese tema para centrarla por completo en él. Las poderosas montañas vestidas de diferentes tonos de verde te hacían sentir insignificante y a la vez capaz de todo, como si solo el hecho de escuchar la naturaleza sin apenas rastro de civilización te transportara a otra época más salvaje.

Decidí tomar uno de los sándwiches que había comprado en el horno, sentada en una enorme roca a la orilla de un riachuelo. Este bajaba serpenteante hasta lo que parecía ser un enorme lago enclavado entre las montañas. Hice un par de fotos y recordé las que había visto en el libro el primer día. Tenía que aprovechar un momento de esos que últimamente teníamos por la noche para decirle que me gustaría usar su trabajo para completar el mío. Por supuesto su nombre figuraría en la guía, y si era necesario su salario saldría de mi parte del presupuesto.

Seguí con cuidado el arroyo hasta el lago, este serpenteaba atravesando un frondoso bosque, de pronto eché de menos la presencia de Logan, de haberme acompañado en esa excursión, seguro

que me podría haber indicado qué tipo de árboles había allí o alguna que otra anécdota. Incluso aquellas que pretendían despertar mis miedos, ahora eran bienvenidas.

Rodeé el lago con cuidado de no resbalar y acabar en la orilla, iba internándome en el bosque sin perder de vista el sendero que me hacía de guía, así como las coordenadas que marcaban el camino de regreso.

Disfrutaba del silencio, solo escuchaba el rumor del agua al pasar por las rocas, el suave viento agitando las copas de los árboles. Algunas nubes negras estaban amenazando la claridad del cielo, por lo que mi idea era llegar hasta el lago, hacer un par de fotos y marcharme hacia la posada, con tal de evitar que la tormenta me pillara desprevenida.

Estaba a punto de llegar a la orilla cuando un fuerte chapoteo en el agua llamó mi atención. No tenía ni idea de qué tipo de animales podía encontrarme allí, hasta el momento solo había visto algunos pececitos; tal vez uno de ellos había dado un salto y eso era lo que había escuchado, pese a que el ruido había sido algo más fuerte y hacía pensar en un animal de un tamaño mayor. Intrigada por si era capaz de ver de qué se trataba, me asomé entre los árboles y fue entonces cuando lo vi. A pesar de que estaba de espaldas lo identifiqué sin problemas, no en vano llevaba toda mi estancia contemplando esa parte de su cuerpo desde mi habitación cuando se ponía a cortar leña a primera hora. Era la imagen más majestuosa que podía esperar, Logan nadaba hacia las profundidades del lago.

Sabía que lo que hacía no estaba bien, al fin y al cabo estaba espiando a una persona, pero era incapaz de apartar mi mirada de esa espalda ancha y trabajada, era como un punto de referencia en medio de un horizonte. Entonces él se zambulló y pude ver cómo el rayo de sol que se colaba de entre las nubes iluminaba justo ese punto. Parpadeé asombrada. Había sido solo un instante, pero estaba convencida de que le había visto el culo y estaba igual de trabajado que el resto de su cuerpo.

Avergonzada por mi pensamiento y sobre todo por mi actitud, decidí que tenía que irme de allí. Estaba ya en camino cuando apareció de nuevo, esta vez nadando de cara, y volví a quedarme absorta. Entonces llegó a un punto donde por lo visto hacía pie y

empezó a levantarse, el agua acariciaba ahora su cuerpo, haciéndolo brillar con la luz del sol. De pronto tenía una sed horrible, la boca se me había secado y necesitaba beber como salvación. Me di cuenta de que su intención era salir a la orilla y que no sabía que yo estaba allí.

—¡Ay, Dios! —Me tapé instintivamente la cara con las manos.

El movimiento fue tan brusco que el impulso me hizo retroceder y perder pie. Caí de culo y bajé la pendiente como si fuera un tobogán, yendo a parar directamente donde él había dejado su ropa.

—¡¿Qué?! —Le escuché gritar sorprendido porque de pronto apareciera alguien entre los árboles. Yo seguía con los ojos tapados, para no verlo y para que no me viera. Solo deseaba que la tierra se abriera de golpe y me tragara—. ¿Hannah?

Moví negativamente la cabeza sin abrir las manos, por muy tentador que fuera mirar entre los dedos.

Escuché sus pisadas sobre la tierra y sentí cómo algunas gotas frías caían sobre mí cuando se acercó.

—¿Estás bien? Te has debido de dar un buen golpe.

—Lo siento, lo siento, lo siento —dije con la voz amortiguada por mis manos.

—¿Qué sientes?

—Te estaba espiando —admití.

—¿Cómo dices? —Se había acercado a mí y trataba de que retirara las manos de mi cara, pero estaba tan avergonzada que era incapaz—. Hannah, es que apenas te escucho. ¿Te duele algo?

—El orgullo —dije en un lamento.

Introdujo un dedo, frío, entre mis dos meñiques y empezó a rozar juguetón la punta de mi nariz. Con mis manos aún haciendo de parapeto, abrí los ojos y me topé con los suyos. Los mechones húmedos caían por su frente haciendo que algunas gotas se deslizaran por sus pómulos. Sus labios carnosos brillaban húmedos y tentadores. Me faltó la respiración ante tal espectáculo. Cuando mis pulmones me obligaron a volver a respirar, dije:

—Lo siento. Iba andando y escuché tu chapuzón. No quería verte, pero me resultaba imposible apartar la mirada. —Su sonrisa de galán se dibujó más clara que nunca—. Genial, ahora te vas a hinchar como un pavo.

—Eres tú la que estabas escondida entre los árboles para poder

contemplar a mi maravillosa persona.

—No ha sido a propósito. Es como cuando ves un accidente en la carretera que sabes que tienes que dejar de mirar, pero no puedes apartar los ojos.

—¿Soy un accidente en la carretera?

Y podría haberle dicho que sí. Hacerme la digna, levantarme del suelo y volver a la posada. Pero mirándolo fijamente me resultó imposible, no podía mentir de esa manera y mucho menos después de pasarme todo el día pensando en esa dichosa Tracy y en lo habitual que debía ser para él.

—Eres una tentación.

Nuestras respiraciones se agitaron como si estuviéramos corriendo. Abrí un poco más las manos, dejándolas en mis mejillas, él juntó su frente con la mía, pegando también la punta de nuestra nariz.

—¿Y quieres caer? —murmuró con voz fuerte y yo solo pude suspirar—. Hannah...

Hasta mi nombre pronunciado por él me excitaba. Aparté mis manos de la cara y bajé la mirada sin mover el rostro, necesitaba un poco de cordura antes de volver a enfrentarme a sus ojos. Me di cuenta, entonces, de que se había tapado con el *plaid* y sonreí aliviada, no estaba preparada para contemplarlo tal y como había llegado a este mundo.

Cuando volví a mirar en sus ojos, todas las dudas o razonamientos se habían perdido, solo deseaba besar sus labios, sentir la fuerza de su cuerpo pegado al mío.

Recorté toda distancia, sentí cómo la incipiente barba me raspaba la piel, pero no me importó, solo tenía un objetivo y nada me desviaría de él. Posé mis labios en los suyos, los sentí cálidos, a pesar de la temperatura del agua, y húmedos. Su lengua se introdujo en mi boca, primero con cuidado, como si temiera que me fuera a apartar, y después con lujuria. Me dejé arrastrar por toda la pasión que había estado conteniendo los últimos días, sus besos descendieron por mi cuello, arrancándome los primeros gemidos. Poco me importaba si estábamos en mitad de un lago o si al echarme para atrás me clavaba una piedra. Solo quería sentir su peso sobre mí. Se escuchó un trueno en la lejanía y un fuerte relincho me hizo saltar.

—Tranquila, es Gaoth.

—¿Por qué ha relinchado?

—No le gustan las tormentas en campo abierto.

Lo miré perpleja.

—Creí que era un caballo salvaje.

—No, el salvaje soy yo —dijo lanzándose a mi cuello para morderlo con delicadeza y yo grité mientras me encogía—. No te encojas que quiero besarte.

—Y yo que lo hagas, pero tengo muchas cosquillas.

—¿De verdad? Pues eso hay que investigarlo bien. ¿Dónde tienes las cosquillas?

Empezó a pasar la punta de la nariz por mi cuello, descendiendo hacia mis clavículas, trazando un lento camino que bordeaba el cuello de mi camisa y que ahora acompañaba su lengua. Mi respiración se agitaba con las ganas de que siguiera. Tratando de acelerar esa dulce tortura, me removí pegándome más a él y mostrándome dispuesta. Logan sonrió.

—Es usted una impaciente, milady.

—No me llames así —dije entre dientes.

Y mis manos acompañaron las palabras descendiendo por su espalda hasta su trasero y pellizcándolo. Logan se acercó a mi oído, jugó a rozar el lóbulo con la nariz y después susurró:

—Te morías de ganas de hacer eso.

Reí girándome un poco en busca de sus labios. Me recibieron deseosos y dispuestos. Un nuevo relincho me hizo saltar y él sonrió.

—Será mejor que vayamos a cubierto o nos pillará la lluvia, y Gaoth ya está bastante nervioso.

Me tendió la mano para ayudarme a levantar. No pude evitar una mueca de dolor al hacerlo, el culazo había sido fuerte pese a que me dolía más la vergüenza que la caída.

—¿Seguro que estás bien? Ha sido un buen golpe —preguntó poniéndose ya las botas.

—Me lo tengo merecido. No actué de forma correcta. Si hubiera sido al revés y te hubiera pillado entre los árboles...

—Deja de pensarlo, solo ha sido una casualidad. ¿O no? ¿Venías siguiéndome?

—¡No! Salí esta mañana, he pasado el día por la montaña y mi intención era bajar hasta el lago y después ir a casa. Digo, a la posada.

Y entonces lo vi: en el momento de mi error, sus ojos se abrieron momentáneamente y un gesto de orgullo se dibujó en su rostro. Le gustaba que hubiera pensado así de su negocio; y yo tenía que admitir que, pese a todo, su ambiente hogareño me había llegado por completo.

Pasaba gran parte de mi vida en hoteles, por trabajo, y jamás había sentido eso por ninguno. La posada Drummond tenía algo que la hacía única y una parte de mí empezaba a tener miedo de publicar esa guía y que algo la cambiara. ¿Y si volvía al cabo de un año y ya no era el mismo sitio? Tenía que asegurarme de que ese error no tuviera lugar.

Logan se puso la camisa y dejó los cordeles del pecho sin atar, de este modo el escote en pico caía a los lados y dejaba ver el principio de los pectorales. Perdido ya todo límite, me acerqué para acariciar el vello negro que cubría su pecho y enroscar un poco en el índice. Subí mi rostro rozando la nariz con su mentón y arrugándola al sentir el cosquilleo de su incipiente barba. Él me rodeó la cintura con sus manos y volvimos a besarnos.

Unas gotas marcaron el final de ese beso. Cogidos de la mano fuimos hasta el caballo. Esta vez pude subir sin ayuda y él lo hizo tras de mí, cogió las riendas con una mano y con la otra aferró mi cintura para atraerme hacia él. Pegó por completo mi espalda a su pecho y empezó a besar con delicadeza mi cuello, despertándome cortos gemidos. Tragué saliva al sentir el movimiento de Gaoth acompañado de las caricias de Logan, como si los tres estuviéramos dentro de una burbuja y el mundo nos perteneciera solo a nosotros. La mano fija en mi cintura apenas se movía, pero despertaba todo mi deseo. Retrasé mis caderas y sentí su excitación, Logan se aproximó a mi oído de nuevo:

—Impaciente.

Me ladeé buscando sus labios, los encontré deseosos y entreabiertos. Nos besamos cuando la lluvia empezaba a caer con ganas y nos mojaba la cara. Sin embargo, no aumentó el trote. Gaoth seguía avanzando a un ritmo de paseo, como si no importara que pudiera caernos encima medio océano.

Jamás había sentido tanta libertad como en ese momento, dejando que el agua me mojara sin importarme mi aspecto o lo que pudiera

pasar después. Logan era el primer hombre con el que conseguía dejarme llevar. Con ningún otro habría acudido a las charlas nocturnas en pijama y mucho menos me habría dormido escuchándolo. Incluso con Thomas, después de varios viajes. Podía asegurar que no me había visto sin maquillar en ningún momento. Pero con Logan todo era diferente. De igual modo que antes había sentido como casa la posada, podía llegar a sentir como tal la presencia de Logan. En muy poco tiempo había llegado a intimar con él de un modo único.

Llegamos al establo completamente empapados, dejamos a Gaoth en su lugar y Logan se apresuró a cepillarlo para que no enfermara, retirando de ese modo el agua de la lluvia.

—¿Puedes ponerle un poco de paja fresca? Está en ese rincón —susurró.

—Claro, pero ¿por qué susurras?

Dejó el cepillo y, ciñéndome por la cintura, me acercó hasta él, me besó apasionadamente y, sin apenas despegar sus labios de los míos, dijo:

—Porque después de encargarme de que él esté bien voy a ir contigo a esa nueva habitación que tienes y hacer todo lo que quieras que haga. Y si Lily descubre que volví pronto me hará ir a trabajar.

Fingí escandalizarme.

—Vaya, vaya, señor McLean, así que pretende escaquearse del trabajo.

—No, hoy es mi noche libre, pero aun así me gustaría que nadie supiera que estoy aquí. Pero si usted lo desea, puedo dejar lo que estoy haciendo e ir a disfrutar de un baño y un merecido vaso de whisky en la soledad de mi alcoba.

Me apresuré a besarlo como respuesta y él rio.

Una vez que nos aseguramos de que el caballo tenía todo lo necesario, accedimos a mi habitación por una de las puertas laterales que daban al pasillo, sorteando el comedor.

El sentimiento de responsabilidad de Logan superó unos instantes al deseo y no pudo evitar asomarse para asegurarse de que estaba todo controlado. Una vez que se quedó tranquilo, se giró hacia mí y, besándome para que mi grito no alertara a nadie, me subió a sus caderas. Entramos en la habitación, mimándonos, y me llevó hasta la

cama.

Con delicadeza empezó a besar mi cuello, descendiendo con cuidado, rozando cada centímetro de piel como si hubiera lidiado una batalla para conquistarlo. Era una deliciosa tortura que empezaba a superarme, necesitaba más, cada poro de mí gritaba que lo necesitaba. Desesperada, tiré de su camisa mojada para quitársela, ante su mirada dije:

—Sí, soy una impaciente, pero es que te deseo y que seas tan delicado me altera.

—¿Cómo dices?

—Que no quiero que seas delicado, quiero un salvaje escocés.

Dicho y hecho, con una sonrisa malvada dibujada en sus labios, enterró su cara entre mis pechos y empezó a dibujar un camino descendente hacia mis piernas.

—No me refería a...

No pude terminar, su lengua había conquistado una nueva parte de mí y ahora trazaba círculos que hacían que viera el paraíso. Arqueando mi espalda, tuve mi primer orgasmo en pocos minutos. Busqué uno de los almohadones que adornaban la cama, para amortiguarlo.

Cuando lo retiré para volver a respirar, Logan me miraba con una sonrisa triunfal. Empezó de nuevo un camino de besos hacia mis pechos. Entre beso y beso dijo:

—Y ahora que ya estás más calmada...

—Te sigo deseando —gemí.

—Vas a tener que darme unos minutos, no esperaba esto y no traje...

—En mi neceser en el baño. Iría yo, pero después de lo que acabas de hacer no confío en mis piernas.

Soltó una carcajada y se levantó para ir en busca de la protección. En ese momento aprecié que el *plaid* no ayudaba mucho a disimular la excitación. Cuando volvió con la caja lo esperaba sentada en la cama. Pensaba tomar el control de la situación.

Se acercó hasta mí y aparté la tela que lo cubría como si de un regalo se tratara. Así lo tomé, apreciar el magnífico cuerpo de Logan en su total desnudez era todo un lujo. Acaricié sus abdominales para bajar despacio hasta sus caderas y después ir a sus glúteos. Los

presioné para acercarlo más a mí. Abrí mi boca para recibirlo y él gruñó de placer al sentir mi lengua recorriéndolo.

—Hannah —jadeó, y lo miré desde mi posición, sin dejar de jugar —. Para, por favor, necesito...

No lo hice, por una vez en todo ese tiempo lo tenía a mi merced y me gustaba. Ver cómo se deshacía con mis actos era una sensación de poder suprema. Paré cuando sentí que cerraba los ojos y elevaba la cara al techo, señal inconfundible de que estaba muy cerca del final. Busqué la protección y se la ofrecí para que fuera él quien se la pusiera. Una vez en su sitio, se acercó hasta mí, tiró de mis piernas hasta ponerme en el borde de la cama y me poseyó.

Los dos gemimos a la par. Con mis tobillos en sus hombros, llevé sus manos a mis pechos mientras con las mías me aferraba al borde de la cama para intensificarlo todo. Esta vez los gemidos no fueron amortiguados, pero poco me importaba que se enteraran de lo que estaba ocurriendo. Al igual que había ocurrido en el paseo de vuelta, me sentía completamente liberada de todos los pensamientos contradictorios que me ataban en otras ocasiones.

Logan bajó mis piernas hasta sus codos, lo que le permitió acercarse para besarme. Sentir su respiración acelerada, sus ganas de mí pese a estar dentro, me hizo alcanzar el segundo orgasmo. Me besó haciendo que gritara en su boca todo mi placer; y poco después fue él quien lo hizo tumbándose sobre mi pecho, completamente agotado.

Una vez que recuperamos el aliento, nos tiramos en la cama y él nos cubrió con su *plaid*. Dejamos que nuestros cuerpos volvieran a buscarse, esta vez con cortas caricias y besos. Fuera, la tormenta seguía su curso, pero a nosotros poco nos importaba ya.

Me apoyé en su pecho y jugué con su vello mientras me dedicaba a darle pequeños besos en su mentón y cuello. Estuvimos así hasta que nuestros estómagos protestaron. En ese momento Logan se levantó para ir a por algo de comer a la cocina. Cuando volvió me encontró con su camisa puesta encendiendo la chimenea.

Esta vez no hubo delicadezas. Dejando la cesta con las viandas sobre el escritorio, se quitó el *plaid* y se acercó a mí para aferrarme por los muslos a sus caderas.

—Logan.

—Ahora te deseo yo.

Reí dándole mi aprobación y él buscó otra protección para seguir. Pasamos la noche entre besos, fruta y buen sexo.

Capítulo 11

Logan

Me despertaron las caricias suaves de Hannah en el mentón y sonreí. Dejé que siguiera creyendo que estaba dormido, incluso simulé un pequeño ronquido y ella rio juguetona, mientras su mano izquierda bajaba por mis abdominales, acariciándome. Disfruté de sus atenciones hasta que sentí los besos descendiendo por mi cuerpo y ya no pude aguantar más. Yo también quería jugar.

—Es muy madrugadora, milady —dije con la voz ronca.

Ella subió hasta mis labios y después se deslizó por mi cuello.

—Buenos días, mi salvaje.

Seguía con los ojos cerrados, no necesitaba verla para saber exactamente cuál era su posición, y podría haber adivinado sus intenciones. Pero en lugar de jugar a eso, simplemente esperé; y cuando sus manos se situaron cerca de las mías, le aferré las muñecas e invertí las posiciones, haciéndola gritar por la sorpresa y, segundos después, reír a carcajadas.

—Qué susto.

—Deberías saber que estas cosas pasan cuando te vas a la cama con un bruto como yo.

—Grrr —respondió muerta de risa.

—Ya verás.

Hundí los labios entre sus pechos arrancándole los primeros gemidos. Como la vez pasada, se fueron transformando en jadeos a medida que mi lengua se acercaba a uno de los pezones.

—Más —suplicó. Alcé la mirada y ella sonrió—. Dame más.

Aprovechando mi fuerza y su flexibilidad, coloqué una de sus piernas por encima de mi hombro a la vez que alargaba la mano hacia la mesita de noche y localizaba el paquete de preservativos. Sin dejar de besarla, me lo puse a la vez que ella arañaba sin fuerza mi espalda. Sentí la lengua de Hannah en mi cuello y cómo dibujaba un camino hasta el lóbulo para después mordisquearlo. Sin querer perdí la fuerza y caí sobre ella, arrancándole otra carcajada.

—¿Te hice daño?

—No, me gusta sentir tu peso. —Me besó enterrando sus dedos en mi pelo y volviendo a rogar—: Más.

Clavando mi mirada en sus ojos, volví a introducirme en ella. Como ocurrió la noche anterior, el mundo dejó de existir, solo era capaz de obedecer a sus peticiones hechas entre jadeos. Tal era mi obnubilación que ni siquiera me di cuenta de los golpes del cabecero. Solo era capaz de escuchar su voz rasgada por los gemidos que me pedían más una y otra vez, intercalando la palabra con mi nombre. El orgasmo de Hannah llenó la habitación, haciendo que ella se arqueara por completo, dejó frente a mis labios sus erectos pezones, los cuales no dudé en introducirme en la boca arrancándole un gemido gutural mucho más alto que el resto.

—¡Sí!

La observé por completo fuera de sí. En esos momentos era real. Ni rastro de la chica encorsetada y fría que había conocido. Era una mujer fogosa y pasional.

—Ahora yo —dijo entre resuellos.

Aferrando bien sus muslos, la llevé tras de mí mientras me movía para tumbarme en la cama. Quedó entonces sentada sobre mis caderas. Sus ojos se abrieron al sentirme enteramente dentro. No tardó en iniciar un balanceo, seguido por unos semicírculos.

—Joder —murmuré con la voz ronca.

—¿Te gusta así?

—No pares, milady.

—Si me vuelves a llamar...

Un profundo gemido provocado por un pequeño pellizco en su pezón la hizo callar. Sonreí al verle la cara a medio camino entre el cabreo y placer.

—Hazme tuyo —susurré a la vez que la ayudaba a incorporarse por completo sobre mí y ella empezaba a moverse.

Siguieron los gemidos y jadeos hasta que, esta vez juntos, llegamos al orgasmo.

Pasé los dedos por su espalda, atrayéndola a mi pecho y abrazándola. La dejé descansar sobre mí mientras jugaba a rozar con las yemas de los dedos su espalda y brazo.

—Mmmm. —Fue todo lo que pudo decir.

—Ajá. Sí, buenos días.

Se movió para besarme justo cuando empezaba a sonar mi despertador.

—No —protestó Hannah.

—Soy yo quien tiene que levantarse para trabajar.

—Date el día libre, quédate conmigo en la cama.

Mientras hablaba enredaba sus brazos en mi cuerpo, impidiendo que me moviera.

—¿Desde cuándo tienes tanta fuerza?

—Por mucho que te empeñes, no soy una lady enclenque. Sé aferrarme muy bien a lo que me interesa.

Esta vez fui yo el que reí. Me ladeé para besarla.

—Ya lo veo, ya. Esta noche veremos lo «lady» que eres. Ahora necesito atender al resto de mis huéspedes. —Ante su cara de pena sonreí y le di un beso en la punta de la nariz—. Tranquila, tú eres mi favorita.

Fingió escandalizarse y me dio una palmada sin fuerza en el brazo mientras reía.

—Eres un descarado.

—¿Yo? Te recuerdo que hace pocos minutos estabas pidiéndome que... —Me tapó la boca con las manos mientras se volvía a tumbar encima de mí.

—No lo digas, no lo digas.

—Está bien, no lo diré —expresé con la voz amortiguada por las

palmas de sus manos.

—Gracias.

—Justo en esta postura, sí, así exactamente.

—¡Logan!

Reí y la abracé haciendo que enterrara su avergonzada cara en mi pecho.

—Ya está. Venga, ¿qué problema hay? Me gusta la Hannah que he visto esta noche.

Su rostro asomó entre mi brazo y mi pectoral. Los ojos le brillaban de un modo que no había visto antes. Los rayos del sol que entraban por la ventana resaltaban las vetas ámbar que los cruzaban, volviéndolos mágicos y únicos.

—¿De verdad?

—Claro. ¿Por qué dudas de mí?

—No lo hago, es solo que... Bueno, anoche yo... —Ocultó la cara de nuevo y tuve que hacer un esfuerzo para entenderla—. Es que te pedí eso y no es algo que haga habitualmente, pero consigues que me deje llevar.

—Me alegro. —Me moví para hacer que me mirara—. Hannah, no hemos hecho nada malo. Somos personas adultas y espero que entiendas esto porque no pienso volver a repetirlo, he disfrutado mucho de las últimas horas y no solo por el sexo. A ver, ha sido un punto importante, pero no me refiero solo a eso. Anoche sentí que... No importa.

—Claro que sí. —Se movió para liberarse de mis brazos y poder mirarme fijamente—. Está bien, lo decimos los dos a la vez.

—No, no he hecho suficientes veces esa chorrada como para saber que no saldrá bien.

—Sí lo hará. Venga. A la de tres. Una, dos y tres.

Ella calló y dije:

—Conectamos.

Sus ojos se abrieron al escucharlo y cerré los míos arrepentido. ¿Qué pretendía? Hacía solo unos días estábamos tirándonos de los pelos y ahora le soltaba esa gilipollez después de cuatro orgasmos.

Arrepentido, me levanté apartando la sábana y ella me lo impidió, cogiéndome con fuerza. No me retuvo y logré salir de la cama con ella colgada a mi costado cual koala.

—Hannah, déjame.

—No hasta que hablemos.

—No hay nada de qué hablar. Te has callado.

—Porque necesitaba escucharlo. —Dejó los pies en el suelo y se colocó justo enfrente de mí—. Perdona la jugada, pero es que después de todo lo que dije anoche y esta mañana mientras nos acostábamos, necesitaba sentir que no era la única, y si lo decíamos a la vez no valía.

—Vuelves a decirlo como si me hubieras pedido algo malo.

—Haces lo mismo poniendo esa cara tan seria.

—Porque yo he mostrado una parte de mis sentimientos.

—Yo también —protestó. La miré con reproche y empezó a jugar con sus dedos entre el vello de mi pecho—. No es fácil para mí llegar a un punto de confianza tal como para disfrutar tanto en la cama.

—¿Lo estás diciendo en serio?

—Completamente. Ya solo el hecho de saber que me estás viendo con el pelo completamente revuelto, sin ni siquiera ducharme o lavarme la cara... ¡aaaaah! —gritó cuando sus pies se elevaron del suelo al cargarla sobre mi hombro—. ¿Qué haces?

—Voy a solucionar la parte de la ducha.

Rio y me dio un pellizco en el culo.

—Como una piedra.

La escuché murmurar y reí.

Una vez en la ducha, dejó que la enjabonara con cuidado mientras la cubría de besos de forma pausada.

—Eres una fusión maravillosa de contrastes.

—Fuiste tú la que pidió que fuera un salvaje. Suelo ser delicado.

—Me gusta esto.

—Hannah, me gusta que seas tú misma. Me gustó la chica que se preocupó por mí la otra noche o la curiosa que siempre quiere saber todas las historias. Odio a la estirada que no deja que nada le afecte y a la que parece estar de vuelta de todo.

—Necesito ser esa para poder sobrevivir, Logan.

—Aquí no —murmuré dándole un beso dulce en los labios.

En silencio terminamos de bañarnos.

La sencillez era la principal razón que me hacía adorar vivir en Baileaghràid. Odiaba a esa gente que te obligaba a aparentar, ir por la

vida de tipo duro cuando en realidad estabas muerto de miedo. Detestaba tener que llevar una máscara porque si mostraba mi verdadero rostro los lobos te comían. Por eso había disfrutado tanto esa noche de Hannah, porque se había mostrado ante mí tal y como era, sin máscaras ni fachadas. Y había resultado ser perfecta.

Me sequé con energía y me vestí. Antes de iniciar mi día pasaría por casa para coger una camiseta limpia, o al menos esa era mi intención, porque cuando salí al salón Lily y Bryden me miraron con la boca abierta.

—¿Qué os pasa?

—¿Eras tú? —preguntó mi ayudante.

—No sé de qué me estás hablando.

Una vez superado el asombro, mi amigo habló:

—Pues yo pensaba ir a aplaudir al machote, pero viendo que eres tú y con vuestro historial, mejor voy a asegurarme que está viva.

Cerré los ojos y me pincé el puente de la nariz con los dedos.

—Nos habéis escuchado.

—¿Nosotros? Aylin me ha llamado desde el faro para saber qué estaba pasando. —Lily soltó una carcajada mientras Bryden pensaba cómo seguir con la broma.

—Basta.

—La pobre Mantequilla está buscando al semental. —Se unió ella entre risas.

—Suficiente —dije serio y los dos me miraron—. No digáis nada más.

—Ah, no, no, de eso nada —protestó él—. Yo aguanté tus bromas durante meses aquella vez que me pillaron en el sofá.

—Primero, yo estaba en una habitación privada, no en medio del salón de lectura del castillo.

Lily se tapó la boca con las manos como si estuviera viéndolo en ese momento.

—No era el salón de lectura, era el salón de baile. —Me corrigió con tono autoritario, como si el dato variase en algo el resultado final.

—¿Lo hiciste en el gran salón del castillo?

—Es que es mi casa, ¿sabes?

Guardé silencio por un momento y después di un paso hacia ellos para poder bajar la voz.

—Podéis hacerme todo tipo de bromas a mí, pero como Hannah se entere, como tenga la mínima sospecha de que la habéis escuchado, os juro que Escocia se os queda pequeña, ¿lo habéis entendido?

Lily salió de la barra y se tiró a mis brazos ante la estupefacción de Bryden y la mía.

—¿A qué viene esto?

—A que los tíos suelen ser unos bocazas y unos cerdos. Cualquier otro habría hinchado pecho diciendo: «Sí, he sido yo el que ha montado todo ese cuadro, soy un machote». Y, sin embargo, tú lo único que quieres es que Hannah no se entere para que no se sienta avergonzada. Es que eres único, Logan McLean.

—Vamos, vamos, Lily, no hago nada que una persona con dos dedos de frente no haría.

—Lo siento, amigo, pero esta vez estoy con ella. Los tíos somos muy de contar las muescas que le hacemos a la cama.

—Sí, no te digo que no en un ambiente más de colegas. Pero una cosa es que yo vaya a decirte que ayer me acosté con Hannah; y otra diferente, que nos hayas escuchado. A mí no me importa. No es que esté orgulloso del escándalo...

—Un poco sí, admítelo —me interrumpió él, y la media sonrisa que se dibujó en mis labios me restó credibilidad—. ¡Lo sabía!

—¡Logan!

—Es que ha sido una pasada, ¿vale? Hemos encajado superbién.

—Sí, eso lo hemos visto. Muy sólidas las paredes de esta posada, de lo contrario habríais acabado en el establo —dijo Bryden.

—Oh, venga ya. Déjalo, estás celoso porque hace más de seis meses que no pegas un polvo.

—¿Como ese o en general?

—Vale, parad los dos, suficiente testosterona por hoy. Te doy mi palabra de que Hannah jamás se enterará por mí de lo ocurrido. No puedo prometer lo mismo por el resto de clientes.

Cogí aire mientras Lily se carcajeaba y volvía a sus quehaceres.

Sin decir nada más, subí por las escaleras camino de mi casa. No podía evitar que me saliera la sonrisa cada vez que pensaba en lo ocurrido. Y no solo en los encuentros, también incluía lo dicho en la ducha. No tenía ni idea de cómo habíamos llegado tan rápido a ese punto de confianza, pero sí que estaba disfrutando, como hacía tiempo

no pasaba, de estar con una mujer.

Capítulo 12

Hannah

«Aquí no tienes que aparentar».

Esas palabras habían ido sonando en mi cabeza una y otra vez mientras observaba cómo se vestía y salía.

No, allí no necesitaba caretas, lo había sentido desde el primer día. Incluso con Logan gruñón, me había sentido más yo que en cualquier otro lugar. Hacía muchos años que esa sensación de paz no me embargaba por completo. Después de volver de mi último año de facultad, cuando mi madre decidió irse a vivir a Canadá con su nuevo amante; desde entonces había vivido veinte mudanzas y miles de viajes, como si quedarme más de dos meses en un sitio fuera a provocarme un problema.

Estaba acostumbrada a empezar, a conocer siempre gente nueva, a fingir que nada me importaba, a disimular encontrarme mal o tener miedo. Era tan habitual para mí que incluso yo había llegado a creer que era esa Hannah. Pero habían bastado unas semanas en aquel pueblo enclavado entre la bahía y las montañas para hacerme ver que no era así. Por mucho que actuara diciéndole al reflejo del espejo que estaba todo controlado, no era verdad.

Reí al ver las marcas rojas de los dedos de Logan en mis muslos. Las acaricié y volví a excitarme al recordar lo ocurrido hacía solo un momento. Terminé de vestirme, el día estaba frío, así que me puse los vaqueros y el suéter. Llegué al comedor luciendo una enorme sonrisa, Logan me miró desde la barra y desvié la vista como si el mero hecho de que nuestros ojos se encontraran fuera a delatarnos. Lily se acercó con una sonrisa amable.

—Buenos días, Hannah. ¿Qué desayunas hoy?

Recordé entonces nuestra última conversación y, aprovechando que aún no había mucha gente, le indiqué que se sentara un momento.

—Siento lo de ayer —susurré. Ante su mirada de incomprensión seguí—: Cuando me preguntaste y yo...

Alzó una mano para indicarme que no siguiera.

—No digas más, por favor. No tenía ningún derecho a preguntar, me caes muy bien, pero eres una huésped...

—Y nunca me has tratado como tal. Te has preocupado por mí, y gracias a ti ya tengo hecho mi trabajo y saldrá de maravilla.

—Sí, pero eso no me da derecho a preguntar nada.

Veía que esa conversación llegaba a un punto sin salida, así que decidí adelantarla.

—No tengo ese tipo de amigas. No hablo de mis conquistas con nadie, mi gente de confianza son compañeras de trabajo; y salvo algunas cervezas después de un día duro, no hablamos mucho. Además, hasta ayer no había nada que contar.

—¿Y ahora sí? —preguntó curiosa y divertida.

Reí tapándome la cara con las manos y afirmando con la cabeza.

Miré a través de mis dedos cómo ella aplaudía sin hacer ruido. Desvió la mirada hacia la barra y después dijo: —Me alegro, y no solo por lo de Logan, es un buen tío, sino porque me gusta considerarte una amiga. Tengo que volver al trabajo antes de que el gruñón despierte. Aunque hoy estará relajado y dócil como un cervatillo —dijo burlona.

—¡Lily!

—Hablamos luego. —Se levantó dándome un beso en la mejilla.

Pasé la mañana dialogando con mi jefe y enviando mails. Como le había dicho a Lily, tenía el trabajo muy adelantado gracias a las charlas con las hermanas Drummond. A Jake le encantó el rumbo que

iba a tomar la guía y me felicitó por ello; sobre todo porque, entre otras cosas, no había utilizado todo el presupuesto, hecho que pensaba remarcar en la siguiente reunión para justificar mi viaje a Japón. Jamás había malgastado dinero, sabía de compañeros que abusaban de las dietas, pero no era mi caso, eso también debía tenerse en cuenta a la hora de asignar los viajes o pensar dónde se debía invertir.

Por la tarde decidí pasear por el pueblo, visitar el cementerio oficial, las tumbas de los personajes que había conocido en las anécdotas de las hermanas y Logan. No me resistí a volver al de los olvidados, sonreí al ver el ramillete de brezo sobre la tumba de Seelie y su amado. De vuelta a la posada, pasé por la coqueta tienda que tenía Aylin en el pueblo y me dejé aconsejar por ella, que estaba tras el mostrador.

—Necesito un pañuelo que no haga que Logan arrugue el gesto.

Ella soltó una carcajada.

—¿Acierto si digo que el que tienes es de cuadros negros y amarillos?

—Por completo.

Esta vez reímos las dos. Me enseñó algunos de la nueva temporada y compré un par, algunos accesorios; y ya en la puerta me enamoré de un tartán que tenían expuesto. No negaré que en mi cabeza Logan lo llevaba puesto sin nada más y era una visión fabulosa. Incapaz de desistir al capricho, lo compré.

Cuando llegué a la posada era ya la hora de la cena. Me senté en mi mesa habitual y dediqué gran parte del tiempo a organizar las fotos que había tomado el día anterior. Bufé frustrada, era una fotógrafa horrible, no se veía ni la mitad de lo impresionante que era el paisaje. Mi vista viajó hasta la estantería y distinguí el libro de fotografías de Logan. No podía esperar más, tenía que pedirle que me vendiera algunas o mi trabajo quedaría incompleto. Me retiré, como cada noche, lo mejor sería seguir con nuestro ritual.

Esperé hasta que se hizo la hora y después busqué el *plaid* que había comprado, muy parecido al de Logan, me envolví en él y, asegurándome de que no había nadie en el salón, salí. Logan dejó lo que estaba haciendo para observarme divertido.

—¿Qué lleva puesto, milady?

—Tenía frío —dije con voz sensual acercándome a él.

—Por eso son buenas las batas —respondió pegándome más a su cuerpo para besarme. Sus manos se introdujeron por los pliegues descubriendo que bajo no llevaba nada, me miró sorprendido—. ¿Vas desnuda?

—Así nos las gastamos las «ladies».

Soltó una carcajada y me cogió en brazos cargándome sobre su hombro, mientras yo ahogaba un grito para evitar despertar al resto de los clientes.

—Me gusta esta Hannah que estoy descubriendo.

—¿Qué haces?

—Te llevo a mi alcoba para hacerte pagar esta provocación —respondió mientras ascendía por las escaleras.

—Uy, si llego a saber el castigo lo hago antes.

Rio dándome una palmada sin fuerza en el trasero mientras yo ahogaba la carcajada con mis manos. Allí, en las escaleras, todo se magnificaba, y no quería molestar a los huéspedes. Llegamos al pasillo donde estaba mi primera habitación y accedimos por una puerta lateral a una parte de la posada completamente desconocida para mí.

—¿Vives aquí?

—Sí. Luego te hago la visita, ahora...

Su mano empezó a ascender por mi muslo mientras se dirigía a una de las puertas cercanas, no tardé en descubrir que era su dormitorio.

No es que en ese tiempo hubiera imaginado cómo sería su habitación, pero desde luego nada tenía que ver con lo que tenía delante. Seguía el ambiente rústico de las de la posada. La cama de Logan parecía sacada de un museo: de madera oscura y cuatro grandes brazos del mismo material tallados con motivos florales. Dos grandes cojines de cuadros rojos y verdes a juego con la colcha granate decoraban la cama. Se dio la vuelta para dejarme en ella y pude ver unas fotografías en una de las paredes, sin duda eran suyas.

—Espera, tengo que pedirte algo.

Me dejó sobre la colcha con cuidado y juntó su nariz con la mía.

—¿Qué se le ha ocurrido ahora a esta mente tan despierta?

—No es nada sexual —me justifiqué.

Sin dejar de besarme por el cuello y clavículas dijo:

—¿De qué se trata?

—Necesito toda tu atención ahora y ya después jugamos.

Se paró para luego sentarse a mi lado.

—Ahora que sé lo que hay debajo de ese *plaid* no sé si puedo ofrecerte toda mi atención, pero prometo intentarlo.

Sonreí y dije:

—Será rápido. Quiero comprarte algunas de tus fotos.

—¿De las que hay expuestas en la posada?

—No, de las que sé que haces en tus escapadas, como las del libro. Quiero pagarte por ellas y que aparezcan en la guía. —Al ver su cara me apresuré a añadir—: Por supuesto indicaré que son tuyas.

Seguía mirándome serio.

—No sé si eso es buena idea.

Iba preparada para una negativa, para que se sintiera reacio o incluso que exigiera más dinero del que le ofrecía en un principio, pero el tono que observé en su voz nada tenía que ver con aquello.

—¿Por qué no? Creo que son maravillosas y que ilustran a la perfección mi trabajo. Me gusta mucho una del faro que he visto en el libro, aunque entendería que no quisieras venderme esa, puede ser otra parecida. Los paisajes, dejaré que escojas...

—Hannah, soy un aficionado, no soy un fotógrafo profesional. Solo hice algunos cursos en el internado y otros más online, nunca estudié fotografía como tal. Yo solo soy un posadero.

—Y una mierda —dije enfadada.

—Vas a tener que lavarte esa boca con jabón, damita.

—Y tú vas a tener que dejar ese victimismo barato para otra. «Solo soy un posadero». Si esas fotos no fueran buenas no te las pediría, buscaría algún artista local para las grandes y completaría huecos con las mías. ¿Desde cuándo eres «solo un posadero»? Que yo sepa eres socio de la licorería y ayudas como voluntario en la organización de los Juegos. Cuidas de animales heridos y rescatas a miladies atacadas por vacas.

Una dulce sonrisa se dibujó en sus labios. Sabía que esos días habían ido algunos de los traidores a la posada; y aunque parecía hacer oídos sordos a sus comentarios, estaba claro que no era así. Pese al pacto de no atacar a nadie y hacer que el pueblo viviera tranquilo, las provocaciones habían ido en aumento. Hacía dos noches había visto a Bryden sacar el mal genio en un momento en que su amigo no

estaba presente y me había emocionado ver cómo lo defendían. Algo en aquellas personas lo perturbaba, pero por nada del mundo iba a dejar que se creyera que no era válido. Mi pequeño discurso surtió algo de efecto, pero no todo el esperado.

—Puedes escoger las fotos que quieras, te las regalo.

—De eso nada. El trabajo se paga. No puedo prometerte que cobrarás mucho, porque es verdad que si no tienes experiencia la cosa está algo justa, pero sí que tu nombre aparecerá donde se merece y que cobrarás.

—¿De verdad crees que valen algo?

Hice que levantara su mentón para mirarme fijamente.

—Sí, y me encantaría ayudarte a explotar esa faceta tuya. No sé cómo, pero te prometo que algo se me ocurrirá. ¿Te acuerdas de lo que me has dicho en la ducha esta mañana?

—Muchas cosas.

—Entre otras, que aquí no tengo que ocultarme y que te gusta como soy.

—Y es cierto.

—Pues a mí me gusta cómo eres, no quiero que cambies nada, pero no sería justo que gustándote la fotografía no investigaras más. Tal vez solo es una afición y no la explotas, pero eso solo lo sabrás si profundizas. —Sus ojos seguían transmitiendo duda—. No puedes ser valiente para todo y ahora negarte a cobrar por tus fotos.

—Tienes razón, no pierdo nada al menos dejando que hagas una oferta.

—Y ahora, si no te importa, una no se ha desnudado para pasar la noche hablando de negocios. ¿Dónde está mi salvaje escocés?

Dejé caer el *plaid* y él se lanzó sobre mí como una bestia feroz a su presa.

Jamás me había reído tanto en la cama, con Logan era todo diferente, su manera de besarme, acariciarme... No importaba el tiempo, solo nosotros. Esta vez dejé que él llevara el ritmo. Disfruté de sus atenciones con calma.

Estando los dos completamente excitados, buscó la protección en la mesita de noche, abrí la boca por la sorpresa cuando me di cuenta y dije: —¿Ese preservativo brilla?

—Sí, me lo regaló un amigo.

Movió de un lado a otro la cadera provocándome otra carcajada. Estar con Logan me aportaba una felicidad desconocida.

—Creo que es hora de apagar la luz por completo —dije acomodándome en la cama y mordiéndome el labio inferior.

Se tumbó sobre mí y la habitación se llenó de gemidos, jadeos y risas, muchas risas. Dormí abrazada a él en el sueño más profundo en años.

***

Todo se vino abajo al día siguiente. Después de desayunar salí a dar una vuelta, estaba organizando mentalmente el regreso a casa, fantaseando con que tal vez podría retrasarla unos días y así ver el inicio de los Juegos, aunque eso corriera por mi cuenta, cuando me llamó Thomas.

—Hola, ¿ya eres escocesa?

—Hola, un poco —dije forzando mi acento y haciéndolo reír—. ¿Qué tal en Ámsterdam?

—Maravilloso, ya sabes —dijo con voz cantarina.

No, y no quería saber. Había partes de Thomas que prefería dejar en las sombras.

—Me alegro. ¿Ya has vuelto?

—Estoy en el aeropuerto. Te llamaba porque tengo una gran noticia.

—Tú dirás.

—¡Nos vamos a Japón!

—¿Qué? ¿Cuándo? —pregunté con la voz tomada, no sabía si por la ilusión o por el miedo.

—A final de semana...

—¡¿Cómo?!

—Estamos triunfando, Hannah, ¿no has visto las interacciones de la gente en redes?

—Sí, pero...

No terminé la frase, porque seguía con un: «Mi atención está por completo en la colección de *kilts* de mi casero».

Thomas siguió contándome que había mandado hacer las primeras reservas en los lugares que yo había indicado porque el viaje tenía más sentido en ese orden, y que sabía que era todo muy precipitado,

pero que teníamos los permisos porque un amigo de Jake trabajaba en la embajada japonesa y podía acelerar todos los trámites. Por lo visto sus reportajes también habían llamado la atención y ahora nuestro jefe quería explotar nuestro momento de éxito concediéndonos nuestro ansiado viaje.

En algún momento de toda esa conversación dejé de escucharlo de forma activa, solo fui capaz de pedirle que me enviara los detalles al teléfono y colgué dejando que las lágrimas salieran sin más.

En mi cabeza todo era negro. Tenía solo un día para hablar con Logan, decirle que me iba tres semanas a la otra punta del mundo. Ni siquiera podía esperar que lo entendiera. Sentía que me faltaba el aire. Apoyé mi espalda en la pared del establo y resbalé hasta el suelo. Por primera vez en mi vida, conseguir un objetivo por el que había luchado con uñas y dientes no suponía nada.

En ese punto, hubiera preferido que Thomas me la hubiera jugado. Que hubiera llamado para decir que se iba él con su nueva amante y de ese modo tener la mejor excusa del mundo para quedarme.

No era la primera vez que me despedía de la gente, en eso consistía mi trabajo y mi vida, en despedidas y reencuentros. No era el momento de iniciar ese viaje, primero tenía que afianzar las cosas. ¿Pero qué cosas? ¿De verdad pensaba que podía tener una vida allí?

Lo peor no eran las dudas, lo peor era que la decisión parecía estar tomada, porque ¿cómo iba a decir que no a Japón? ¿Cómo parar mi carrera ahora que parecía haber pegado el empujón? Asustada por todo lo que me había venido encima, oculté mi rostro en mis rodillas y lloré.

La voz de Logan me sacó de aquel pozo en el que estaba empezando a caer sin paracaídas.

—¡Mantequilla! Venga, venga, sé una buena vaca.

Me di cuenta entonces de que el animal estaba pastando a mi lado. Después de hacer que la vaca se moviera, Logan se arrodilló a mi lado.

—¿Estás bien? —Secó el resto de mis lágrimas con dulzura—. Sé que es muy grande, pero es inofensiva. Si vuelve a asustarte puedes llamarme, ella no...

—No ha sido Mantequilla —murmuré entre sollozos y lo abracé.

Logan me dejó llorar sobre su hombro y lo hice como si fuera la primera vez en años.

—Hannah, me estás preocupando. ¿Qué ha pasado?

—Me ha llamado Thomas, mi compañero de trabajo. Dice que me ha reservado el primer vuelo que sale mañana desde Edimburgo porque a finales de semana estamos volando a Japón.

—Pero eso es maravilloso.

—¿Lo es?

—¿No es lo que tú querías? Cuando llegaste dijiste que tu objetivo era conseguir un trabajo en Japón.

—Sí, lo sé, pero... es que...

Me abrazó dejando que siguiera llorando. Acarició con ternura mi pelo, y cuando el sofoco pareció remitir, con sus labios pegados a mi sien dijo: —Ya sé lo que te pasa.

—¿Lo sabes?

—Estás abrumada. Creíste que todo sería más complicado, que deberías luchar más y que tendrías tiempo para prepararlo todo, y ahora tienes que organizar un viaje a la otra punta del mundo en tres días. Pero es un viaje en el que has estado pensando años, seguro que sabes perfectamente lo que tienes que hacer. No te asustes, estás lista para ese trabajo. Descarta la voz interior que dice que no, porque yo sé que sí. Has podido conmigo y mira que me he esforzado para que tu estancia fuera una pesadilla, seguro que los posaderos japoneses son más afables.

Reí al recordar nuestras desavenencias de los primeros días.

—No será complicado. Fuiste un mamón.

—Y tú una estirada. —Volvió a acariciar mis mejillas—. Te va a ir bien, Hannah Turner, serás una exitosa periodista y yo diré con orgullo que una vez te rescaté de morir congelada en el Cementerio de los Olvidados después de que me dieras una patada en los huevos.

Volví a reír.

—Fue un accidente.

—No le quites drama a mi historia, ¿cómo la voy a vender si lo pones todo tan fácil? Lo harás genial, pero tienes que prometerme una cosa.

—¿Cuál?

—Que el año que viene vendrás a ver los Juegos.

—Lo prometo.

Lo abracé aguantándome las lágrimas, ahogando las palabras que se agolpaban en mi garganta y las ganas de decirle que no era el síndrome del impostor lo que me hacía estar así. Ni siquiera el hecho de tener que hacer la maleta para un mes en tres días. Lo que de verdad me tenía así era separarme de él.

Me habría gustado decirle que pensaba volver mucho antes, que en cuanto volviera de Japón tendría tiempo para mí y quería pasarlo con él allí. Pero el miedo me paralizaba. ¿Qué pretendía?

Con todos los pensamientos patas arriba, aferrada a sus brazos y siendo incapaz de mirarlo a los ojos, dije lo único que me veía capaz de agregar: —Prométeme que no perderemos el contacto.

—Claro que no, y tampoco lo harás con Lily ni con Aylin. Hannah, ya has visto cómo somos con los nuestros y tú ya eres una de los nuestros.

—¿Lo soy?

—Te has pasado toda tu estancia hablando con las hermanas Drummond y demás ancianos del pueblo.

—Eso formaba parte de mi trabajo.

—¿De verdad? Porque yo diría que la mayoría de las cosas que te han contado no servían para nada, pero los escuchabas de esa forma tan tuya, haciéndolos sentir importantes.

—Porque lo son.

—Lo son, porque eres de la familia.

Sonreí con sinceridad porque sentí la verdad en sus palabras. Acomodándome mejor, dejé que me abrazara, mientras observaba a Mantequilla y Mora pastar a escasa distancia.

—Son preciosas —murmuré y Logan me dio un beso en la cabeza por respuesta.

Cerré los ojos disfrutando de ese momento de calma después de la tormenta. Mi cabeza seguía alterada y todos mis pensamientos saltaban sin orden; sin embargo, escuchar los pausados latidos de Logan me ayudaba a empezar a serenarme.

Había dicho las palabras justas y necesarias, nada de promesas vacías, sentía la verdad detrás de ellas. Sin pretenderlo, había llegado a formar parte de ellos y ese viaje no rompía nada de lo logrado hasta ese momento. Todo iría bien. O como dirían en gaélico: *Bidh a h-uile*

dad gu math.

Capítulo 13

Logan

La marcha de Hannah me dejó destruido. Habíamos pasado la última noche juntos, y mientras dormía en mis brazos le había susurrado todas las palabras que no me atrevía a decir sabiéndola despierta. Cosas tales como que no se fuera, que allí podía quedarse todo el tiempo que quisiera, que pese a lo poco que la conocía tenía fuertes sentimientos por ella, que podíamos intentar una relación a distancia, que confiaba en ella y sabía que si me lo prometía no pasaría nada con ese tal Thomas ni con ningún otro, en Japón o donde fuera.

Palabras que hablaban de no olvidar lo nuestro. Sin embargo, nada de eso ocurrió, porque eso no habría hecho más que alargar una situación que era insostenible. Pese a que mis sentimientos por ella eran mayores que los que habían sido por ninguna otra y no tenía duda de ello, la situación era la misma que con Tracy o con tantas otras. Hannah adoraba viajar, vivía en una gran ciudad y su realidad era otra completamente diferente. ¿Qué podría ofrecerle yo?

La llevé al aeropuerto, fueron las horas más extrañas a su lado. Callada en el asiento del copiloto, observaba el paisaje con gesto triste.

—Vuelve cuando quieras, siempre tendrás la habitación del cementerio disponible.

Sus labios dibujaron una sonrisa que no se mostró en sus ojos, los dos estábamos tocados, de eso no había duda.

—Ahora ya no me da miedo el cementerio.

—Tendré que inventarme otra cosa, ¿qué tal la posibilidad de que Mantequilla entre y te la encuentres junto a tu cama?

—¿Ronca menos que tú? Porque podría ser una buena opción.

Traté de ofenderme, pero ni eso me salió bien.

—Te va a ir bien, vas a cumplir un sueño, conocerás todos esos rincones desconocidos de Japón que llevas esperando ver tanto tiempo.

—Sí.

—Thomas es un buen tío, ¿no? —pregunté porque su respuesta tan apática me hizo pensar que quizá no tenía ganas de ir con él.

—¿Cómo dices?

Ya habíamos llegado al aeropuerto y estábamos estacionados. Me ladeé para mirarla a los ojos y algo más serio dije:

—¿Te llevas bien o es un compañero impuesto al que detestas?

—Confío en él. Aunque no creo que pueda cargarme sobre su hombro si me ataca una vaca.

—Ahora las vacas ya no te asustan, ¿recuerdas?

—Las voy a echar de menos.

Y supe que no se refería a Mantequilla y Mora. Tuve que coger aire, que se fuera a hacer ese viaje era lo mejor, ella tenía que vivir esa experiencia. La abracé y, apoyando mis labios en su lóbulo, dije:

—Siempre te voy a cargar sobre los hombros, milady. —Ocultó su rostro en mi cuello y la escuché sollozar—. Hannah..., Lily te mandará fotos de los Juegos, y cuando vuelvas tienes que traerle un kimono de esos, para que vaya por la vida pelándose de frío pero divina.

Rio.

—¿Cómo sabes que me ha pedido uno?

—Porque es Lily y la conozco desde que nació. No tiene idea con sentido.

—¿Y tú quieres algo de Japón?

—Que vuelvas.

Sonrió y me besó. Un beso dulce y pasional, uno de esos que

hablan de millones de cosas, de futuro, de ganas, de historia. Un beso perfecto que me dejó sentado en el coche viendo cómo entraba y se despedía de mí con la mano.

—Te llegará el contrato de las fotos y lo firmas, ¿vale? Te necesito en esta aventura —gritó antes de que las puertas del aeropuerto se cerraran.

Me asomé por la ventanilla.

—No necesitas a nadie, milady, pero será un placer acompañarte.

Pasé los siguientes días centrado en la organización de los Juegos, la posada y las reservas.

El contrato llegó junto con un mail de un tal Jake, que me invitaba a una gala benéfica en un hotel de superlujo de Londres para el mes siguiente. Según indicaba, a ella asistirían todos los trabajadores fijos u ocasionales de la editorial, así como mucha gente importante. Imprimí los adjuntos, aparté la invitación y firmé el contrato para enviarlo. Al final habíamos llegado a un acuerdo de lo más sustancioso, teniendo en cuenta que esas fotos las había hecho sin pretender sacar nada de ellas y era mi primer trabajo profesional.

Debía admitir que el hecho de verlas publicadas me llenaba de orgullo. Jamás lo había podido llegar a imaginar, como si hacer algo más allá de la posada o de la fábrica de licor fuera el destino de otros. Sin embargo, ahora que tenía el contrato delante no lo veía tan imposible. Quizá con un poco de ayuda podía hacer algo más que fotografiar los paisajes cercanos. Tal vez, había algo en mí que llevaba tiempo queriendo salir y yo me había empeñado en ocultar.

Lo único bueno en esos días sin Hannah fue que por fin mi madre había aceptado su nueva condición y permitía que la sacáramos a pasear en silla de ruedas. El sol y el viento fresco la habían ayudado en la recuperación, y en alguna ocasión se había encontrado tan animada que incluso la había llevado a dar una vuelta en Gaoth.

Fue durante uno de esos paseos por la playa, ella sentada de forma lateral sobre el animal, entre mis brazos, cuando apoyó la cabeza en mi pecho y dijo:

—Quiero ver el mar.

Paramos y la ayudé a bajar. La llevé en brazos hasta las rocas y la ayudé a meter sus pies en el agua.

—Lily me ha dicho que has firmado un contrato para que

publiquen tus fotografías.

Chasqueé la lengua.

—Esa chica no sabe qué asuntos son suyos y cuáles de los demás.

—Esa chica tiene más vergüenza que tú, Logan McLean. ¿Por qué no me lo has dicho? Soy tu madre.

—Porque quería que fuera una sorpresa. Iba a llevarte la guía para que la vieras ya editada con las fotos y mi nombre en la portada. Mira.

Saqué el teléfono móvil del *sporran* y le mostré una en especial. Un montaje que había hecho hacía años con un barco encallado en la orilla y que se la había mandado a Hannah para ilustrar la leyenda de la cueva de los amantes.

—Lo que el mar te da, el mar te quita —murmuré.

—A mí no me quitó nada, mi niño.

Mi madre hizo que la mirara a los ojos y entonces, igual que ocurría cuando era niño, confesé todo lo que llevaba dentro.

—La echo de menos —dije abrazándola y hundiendo el rostro en su cuello.

—Mi pequeño. Mi hombre. Siempre tan responsable, desde niño. Cuidando de todos menos de ti. ¿Qué mal crees que has hecho en este mundo para no merecer ser feliz junto a la persona que amas?

—Su vida y la mía son...

—Tu vida es lo que tú quieres que sea. ¿Te gustaría viajar junto a ella?

—Me gustaría estar junto a ella.

—Pues hazlo. ¿Qué te lo impide? ¿La posada? Puedes ausentarte algunas temporadas, está Lily, y si es necesario Olivia irá a echarle una mano, tu hermana estaría encantada de pasar aquí un tiempo.

—Pero...

—¿Yo?

—No, no sería justo decir que eres tú. Hace unos meses estaba muy preocupado por ti, pero ya no. Vuelves a estar fuerte.

—Cariño, yo no voy a estar aquí para siempre...

—No lo digas.

—Está bien, no lo diré. Pero cuando me marche me gustaría hacerlo sabiendo que mis hijos se quedan felices aquí, que persiguen sus sueños y sus metas. Y que cuando nos reunamos en el otro mundo me contarán sus aventuras.

—¿Y si no soy capaz? ¿Y si solo soy esto? Un tipo que dirige una posada.

—Pues serás un tipo que dirige una posada. Pero me niego a creer que corriendo por tus venas la sangre Drummond no sientas la necesidad de volar. —Juntó su cabeza con la mía—. A veces eres un cabeza dura, McLean.

—¿Papá era un cabeza dura?

—Tu padre era el más testarudo de todos los McLean que he conocido. Pero siguió su corazón y su destino hasta el final; y aunque ese marcaba que nos separaríamos pronto, también indicó que nos juntaríamos al final.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque me lo dijo el viento. —Acarició con ternura mis mejillas —. Vuela, mi niño. Deja que eso que hizo valientes a tus antecesoras te ayude a creer en ti y vuela.

La abracé dándole un beso en la frente; y con las energías renovadas y el rumor de las olas golpeando mi mente, volvimos a casa.

Después de la charla con mi madre tenía la cabeza hecha un lío, necesitaba serenarme y por una vez sentí que no quería estar solo para ello. La figura del faro recortada en el horizonte me dio la idea y sin pensarlo fui a ver a mi sobrina. Ver a la pequeña Áine crecer en cada parpadeo era una de las experiencias más enriquecedoras que tenía.

Contemplaba cómo Aylin la amamantaba absorto en la relajación que transmitía la pequeña. El sol de la tarde entraba por la ventana y las dos ofrecían una escena enternecedora.

—Estás muy callado.

—Perdona, me quedé centrado en mis pensamientos. No quería incomodarte —dije retirando la mirada.

Ella sonrió y con cariño recogió una de las gotas de leche que se deslizaban por el regordete cachete de mi ahijada.

—No me incomodas. Si no me mirabas las tetas con veinte, ahora menos.

—¿Quién te dijo que no te miraba las tetas por ese entonces? ¿Por qué crees que te decía lo bien que te quedaban las camisetas blancas?

Me miró seria y me reí.

—Ya te vale. Eres un marrano.

—Te siguen quedando bien —dije alzando las cejas y ella soltó una carcajada.

—Eres un salvaje, McLean.

—Por suerte tu chico lo sabe y no me lo tiene en cuenta.

—Mi chico sabe que te cortarías un brazo antes de estropear lo que tenemos, y yo también. Siempre nos hemos llevado bien.

—O como el perro y el gato, pero jamás dejaré que nada te pase.

Sonrió y enderezó su postura. Algo en ese gesto me hizo ver que la conversación iba a cambiar de rumbo, sus palabras me lo confirmaron.

—He estado hablando con Lily.

—¿Sobre qué?

—Sobre cierta invitación que te ha llegado para una gala benéfica.

Cogí aire enfadado. Por lo visto mi ayudante se dedicaba a hablar de mí con todo el mundo.

—Esa muchacha es una metomentodo. Mira, no sé qué te ha dicho, pero la decisión ya está tomada.

—Claro que sí. —Retiró con cuidado el pezón de la boca de la niña y se bajó la camiseta—. Vale, Áine, ahora te vas con el tío Logan un ratito, cariño. Él te protegerá de todo tipo de seres malvados que quieran dañarte en tus pesadillas infantiles y de chicos canallas que vengan a molestarte luego.

—Eso es —dije cogiéndola en brazos—. Conmigo estás completamente protegida, reina de las hadas y de mi corazón.

—Moñas —murmuró, y yo le saqué la lengua, gesto que hizo que la pequeña riera. Aylin siguió hablando con el mismo tono que empleaba para dirigirse a la niña—. Sí, el tío Logan es un valiente que se enfrenta a todo. A todo menos a sus sentimientos, a esos no. Pero bueno, no pasa nada, para eso ya están mamá y papá, que te enseñaremos que cuando quieres a una persona tienes que hacer un mínimo de esfuerzo para demostrarlo. Nada de luchar con dragones, eso no, pero tener un par de ovarios y decírselo nunca está de más.

Carraspeé serio y jugué a acariciar la barbilla de la pequeña mientras ella sonreía satisfecha después de haber cenado.

Parecía que los planetas se alineaban y que esa noche iba a tener todas las conversaciones profundas sobre mi vida. La mantenida con mi madre aún era demasiado reciente y de algún modo mi cabeza seguía negándose a aceptarla. Podría haberle dicho de dónde venía y

que necesitaba pensar en otra cosa; sin embargo, lo primero que me salió fue discutir:

—Uy, lo que le ha dicho la mamá al tío. Qué ganas tiene de guerra —respondí con tono de estar jugando con la niña.

—No tengo ganas de guerra, es solo que me toca mucho la moral que seas tan cobarde.

Su tono ya se había alejado del utilizado hasta ahora, estaba perdiendo la paciencia, respondí de forma pausada:

—No soy un cobarde. Hannah tiene su vida y nada tiene que ver con este pueblo y con la mía.

—Si te cierras de este modo por supuesto que no. La vida de Hannah es viajar y, que yo sepa, Edimburgo tiene un buen aeropuerto.

—No puedo pedirle a una persona que cambie toda su vida por mí.

—En eso tienes razón, pero podrías decirle que existe esa opción. —Vino hasta mí y se acuclilló para quedar a mi altura—. ¿Crees que no nos damos cuenta? Desde que esa chica se fue no eres el mismo. Te has pasado estas semanas vagando por la posada como alma en pena, algún día los clientes te confundirán con el Barón.

—Espero que no, es viejo y está en los huesos.

Sonrió con tristeza y yo aparté la mirada.

—Según tú, ¿qué debo hacer? —pregunté, porque después de haberme abierto con mi madre, escuchar el consejo de mi amiga podría ayudar.

—Como mínimo asistir a esa gala. Volver a verla y tener los cojones de decirle que la echas de menos. Hablar con franqueza y explorar la posibilidad de un futuro juntos. Tal vez podrías acompañarla en algún viaje en temporada baja. Lily se quedaría al mando y nosotros nos encargaríamos de que a tu vuelta siguieras teniendo una posada rústica y no un hotel discoteca.

Reí; y como si de todo lo dicho fuera lo único que me preocupara, dije:

—No tengo traje de gala para una cena de esa categoría y no quiero... —Cogí aire armándome de valor—. No quiero humillarla si no voy de forma adecuada.

—Por Cailleach, estás peor de lo que yo creía. Mírame, por favor. —Su voz ya no tenía ni rastro del tono infantil, aun así era dulce y

comprensiva—. Estoy segura de que podrías ir de cualquier manera y ella se alegraría de verte, pero no vamos a hacer eso. Ahora mismo tú, mi pequeña y yo vamos a la tienda a buscarte un atuendo que deje mudas a todas esas pijas de ciudad.

—¿Ahora? Son las nueve de la noche.

—He dicho ahora, McLean, y no me hagas hacer la gallina. —Puso sus manos bajo las axilas para simular las alas del ave y yo usé mi mano libre para impedirlo. Ella rio como cuando éramos niños y con un brillo pícaro en la mirada dijo—: Tenemos una misión.

—¿Qué misión?

—Vestir al *highlander* —gritó bajando por las escaleras.

La seguí, Áine continuaba en mis brazos, antes de salir de la casa Aylin gritó:

—Cariño, me voy con Logan a la tienda a buscar un traje. ¿Puedes reservar el primer vuelo que salga de Edimburgo a Londres? Tiene que llegar antes de las cuatro, debe asistir a una gala.

—Claro —respondió Kenneth, asomándose por la puerta de la cocina, y yo entendí que había caído en la encerrona.

—No me digas que estabas en el ajo.

—No te lo diré, pero ya tienes asiento en el que sale mañana a las siete de la mañana. Yo te llevo al aeropuerto.

Aylin cruzó el salón saltando como un cervatillo y le dio un beso dulce en los labios.

—Áine, tus padres son los mayores liantes del mundo. —Ella hizo una burbuja de saliva—. Veo que tú también estás compinchada.

Rocé mi nariz con la suya provocándole cosquillas y que riera divertida. Por alguna razón, su risa pura me daba buenas sensaciones, era como si después de escucharla nada malo pudiera ocurrir.

¿Qué iba a perder presentándome en la cena? Tenía una invitación y Aylin se encargaría de que fuera vestido de forma adecuada, todo lo demás era cosa del destino.

Capítulo 14

Hannah

Japón fue mi viaje soñado. Pasaba los días descubriendo sus secretos, preguntando a los lugareños por tradiciones desconocidas, conociendo rincones llenos de historia. Tuvimos suerte; entre el poco japonés que manejábamos, el traductor y algunos amigos que habíamos hecho en esos años de viajes, pudimos visitar pueblos perdidos entre las montañas sin dificultad. Con un Thomas más interesado en lo turbio de lo normal, pero aun así, cercano y atento. Yo era consciente de que aunque él no dijera nada, me conocía bastante como para saber que, a pesar de que lo estaba disfrutando, no estaba allí al cien por cien.

Y es que más allá de la promesa, la diferencia horaria y nuestros trabajos habían hecho imposible el contacto con Logan y su falta me oprimía el pecho.

Era nuestra última noche, teníamos por delante un largo viaje para volver a casa, estábamos en la parte trasera de una casa tradicional japonesa, la dueña nos había sacado una pequeña jarra con sake y los dos brindábamos por un grandísimo trabajo.

—¿Irás a la gala? —preguntó sin mucho interés.

—No lo creo, entre Escocia y Japón solo he pasado dos noches en

casa en los últimos meses y me gustaría llegar y descansar.

—Venga ya, tienes que ir. Ya descansarás el lunes.

—¿Qué más te da?

—Primero, porque no es lo mismo sin ti y, segundo, porque van a estar todos los socios y nosotros estaremos recién llegados del viaje y en la cresta de la ola. ¿Has visto a la gente cómo está flipando en redes? Me llegan mensajes a diario.

—Puedes hablar de Japón sin mí.

—No es igual y lo sabes. Hannah, ¿qué ocurre? Llevas todo el viaje que estás sin estar.

Suspiré mirando el pequeño vaso de cerámica blanca con una grulla azul pintada a mano. ¿Cómo decirle a Thomas que después de mucho soñar con eso, lo que de verdad quería era un vaso de whisky, el rumor de las olas y una historia de fantasmas piratas? Que mi corta estancia en Baileaghràid me había cambiado de tal manera que ya no era la misma. Que había descubierto que se podía vivir a otro ritmo y aun así ser buena y eficiente. Mis días con Logan y su gente me habían abierto los ojos. Allí no existía la competitividad continua, sino una solidaridad que los hacía crecer y avanzar. No necesitaba ser la mejor en mi campo, solo ser la que era para poder vivir de lo que me gustaba, pero no morir por ello.

Había sido después de darme cuenta de eso cuando de verdad mi carrera había empezado a despegar. Era ahora, que permitía salir a la Hannah menos perfeccionista, a la real, cuando parecía que todo se había disparado, me seguía mucha más gente de golpe y tenía más interacciones. Muchos empezaban a buscarme para contarme sus anécdotas o me pedían que investigara cómo ir a algunos lugares para darles la información. Sabía que ese viaje había llegado en el momento adecuado, porque de haberse producido antes, jamás habría logrado acercarme a ciertas mujeres que en ese momento me habían abierto las puertas de sus casas para enseñarme la verdadera vida del Japón de otra época. Y yo me había enamorado. Pero no de ese paisaje, sino de esa vida. De una más sencilla y pausada, de una que me permitía levantarme y no maquillarme si no me apetecía. Que me permitía no pensar en la perfección, sino en las ganas. Poder pasear por los caminos cercanos sin prisa, pero a la vez poder coger un coche y estar en menos de una hora en una ciudad llena de historia para

viajar en busca de más. Además, estaba Logan, él y su modo de dejarme libre para escoger. Esas palabras susurradas en el coche: «Que vuelvas». Salvaje y tierno McLean.

—Está bien, iré a la gala, pero me tienes que prometer una cosa.

—No dejaré que Sussan te emborrache.

Solté una carcajada; la última gala, una de las jefas de personal se había sentado a mi lado y entre las dos habían caído una botella y media de vino y otra de champán. En la fiesta posterior ambas nos habíamos subido a uno de los pódiums de la discoteca para bailar como dos gogos trasnochadas.

—Vale, dos cosas. —Rio y me miró de reojo, haciendo un gesto con la cabeza como señal de que lo haría—. Ayúdame a hacerle entender a Jake que puedo trabajar desde cualquier lado sin ir a la oficina.

—¿Piensas en volver aquí?

—Pienso en trasladarme a Baileaghràid.

Abrió los ojos al máximo y se incorporó.

—¿Estás segura? ¿Crees que podrás vivir en un lugar tan pequeño?

—Lo que sé es que quiero intentarlo. Sé que no es lo mismo vivir allí que pasar una temporada, pero...

—Pero te sentiste parte de ese lugar.

—Como de ningún otro. No puedo explicarlo, es algo...

—Te comprendo. En este trabajo acabas perdiendo el sentido de la palabra «hogar». Ves tantos sitios y tantas formas de vivir que es como si aún buscaras la adecuada para ti.

—Sí, y creo que la encontré allí.

—Entonces, haré todo lo que esté en mis manos para convencer a Jake. Te deseo lo mejor en esa aventura.

—Gracias.

Me apoyé en su hombro y él acarició mi mejilla con el dorso de sus dedos. Cinco años de relación laboral, dos de ellos en una sentimental llena de idas y venidas, nos habían llevado a esa confianza extraña en la que podíamos hablarnos con franqueza, pero guardando distancias. Jamás le confesaría que parte de esa pertenencia se debía a otro hombre, como él tampoco me hablaría de las aventuras de cama vividas en Ámsterdam. Aun así, ambos nos respetábamos y

apoyábamos. Quizá, la mejor persona que me llevaría nunca de mi experiencia laboral.

***

Como le había prometido, acudí a la gala.

Después de una crisis de vestuario que había dejado mi dormitorio como si hubiera pasado un tifón caribeño, me había decidido por un traje largo color azul noche que dejaba mi espalda al descubierto. Tenía un escote quizá demasiado pronunciado para un acto que tuviera que ver con la empresa, pero me sentaba de maravilla. Como toque final, decidí ponerme una pequeña joya que había adquirido en Japón, una grulla abriendo las alas, como símbolo de libertad, quedaba perfectamente encajada en el canalillo y aportaba un punto brillante y diferente a un atuendo sobrio.

Estaba en la recepción, hablando de cosas triviales con otras compañeras; acompañaba la conversación vacía con una copa de vino blanco.

—Espero que esta idea loca de buscar rincones extraños lejos de los lujos pase, porque me voy a volver loca —sentenciaba Kate con el apoyo del resto.

—Pues yo lo he disfrutado —dije perdiendo el miedo a ser la única con esa idea.

—No, cielo, no puedes decirme que prefieres ir a ese pueblo escocés antes que a los hoteles de lujo de Milán.

—¿Por qué? Creo que hay un momento para cada cosa y que todo se puede compaginar.

Ellas bufaron en desacuerdo. Megan abrió la boca para seguir rebatiendo cuando de pronto las cuatro quedaron sumidas en un profundo silencio. Miraron hacia la puerta, que quedaba a mi espalda, como si acabara de entrar el mismísimo rey de Inglaterra.

—No te gires ahora —dijo Megan—, pero acaba de entrar el hombre más atractivo que he visto en mucho tiempo. Debe de ser alguien importante.

—¿Tú crees? —preguntó Amely—. No lo habíamos visto en otras galas.

Aprovechando el gesto que tenía que hacer para dejar la copa vacía sobre la bandeja del camarero, me giré a observar.

Dejé de respirar en el mismo instante en que mis ojos se posaron en la persona que estaba parada en la puerta. Frente a mí estaba Logan, vestido con un traje de gala escocés. Mis ojos empezaron a recorrerlo desde abajo: zapatos negros, calcetines blancos atados al gemelo por dos cintas azul marino, *kilt* oscuro en tonos verdes y azules, *sporran*, camisa blanca y chaquetilla del mismo tono de azul que las cintas; observaba la sala buscando a alguien. Alguien que inmediatamente supe que era yo, porque en cuanto me vio justo enfrente de él su sonrisa se iluminó y volvió a ser el hombre que me había enamorado.

Perdiendo por completo las formas y sin importarme dónde estábamos, corrí en su dirección y me lancé a sus brazos en una escena más propia de una comedia romántica que de la vida real. Me dio una vuelta en el aire y antes de dejarme en el suelo dijo:

—A punto he estado de cargarte sobre mi hombro.

Reí rodeando su cuello con mis manos.

—Ojalá lo hubieras hecho —murmuré.

—Eso habría sido digno de un buen salvaje escocés. Presentarme en una gala llena de estirados, arrancarte de tu grupo de amigas mientras gruño en gaélico y llevarte conmigo a cualquier lugar que nos permita ser nosotros.

Acaricié su mentón con mi nariz mientras hablaba en ese tono bajo que había utilizado en nuestras noches de whisky y leyendas. «Un lugar que nos permitiera ser nosotros». Ahora con él me daba cuenta de que podía ser yo en cualquier lugar, porque no merecía ser otra persona, por eso no me había vuelto a poner la careta de Hannah la fría. Siguiendo con esa conversación privada e imponiendo un tono sensual a mis palabras, respondí:

—No vas vestido de forma apropiada para esa escena. Ahora eres un caballero escocés.

—No sé actuar como un caballero.

—Claro que sí. Vas a rodear mi cintura con tu mano, para mantenerme cerca de ti, aunque no pienso alejarme. Te presentaré a la gente, a nuestro jefe, beberemos una copa de vino caro mientras escuchamos a gente poderosa decir lo buenos que son por donar una mísera parte de sus fortunas a los más desfavorecidos y, en cuanto podamos, te daré la señal y me cargarás sobre tu hombro para

llevarme a un taxi y alejarnos de aquí a toda prisa.

—¿Y dónde quieres que te lleve? —preguntó juguetón rozando con sus labios mi mejilla.

—A casa —respondí mirándolo a los ojos.

Sentí cómo mis pies volvían a levantarse del suelo y en un hábil movimiento Logan conseguía llevarnos a los dos detrás de un gran pilar cercano. Lejos de todas las miradas. Como en aquel lejano paseo a caballo, volví a sentir que en el mundo solo estábamos él y yo.

—¿Estás segura?

—He viajado a muchos lugares, he vivido en 20 ciudades diferentes y nunca sentí que pertenecía a un lugar como lo he sentido en Baileaghràid. He estado con... —me frené antes de seguir con la confesión— otros chicos.

—¿Cuántos?

—Eso es lo de menos.

—¿Más o menos que ciudades en las que has vivido?

—Un amante en cada puerto —respondí alzando las cejas, y él rio —. Nunca sentí lo que he sentido estos días lejos de ti. No he tenido ganas de intentar nada con nadie más allá de una relación práctica que no me diera problemas ni sobresaltos.

—¿Crees que te daré problemas?

—Creo que no será fácil, pero valdrá la pena. ¿Podrás entender que paso gran parte de mi tiempo viajando?

—¿Podrás entender que aunque quiera acompañarte a alguno de esos viajes necesito volver a mi casa para recargarme?

—Jamás te alejaría de tu gente, ellos te hacen ser quien eres.

—Creo que ahora también son parte de ti.

—Y eso es algo que tampoco he tenido nunca y que Baileaghràid me ha dado sin pedirme nada a cambio.

—Eso es lo que tú crees, Lily va a exigir su kimono en cuanto te vea aparecer.

—Le prometí dos si me pasaba una foto tuya luchando con *kilt* y sin camiseta.

—¡Pero, bueno! Señorita, eso es...

Acaricié con mis dedos sus labios, quise llenar toda mi voz de dulzura porque en ese momento era mi mayor sentimiento, así que susurrando dije:

—Hizo algo mejor. Me mandó una de todos en la comida. Estabas junto a tu madre con Áine en brazos y se te veía pleno y feliz. Sé que estabas preocupado por ella estas semanas y que por eso te encontré aquella noche en la sala.

—¿Lo sabías?

—Lo imaginé. Rosalyn me dijo que hacía poco os había dado un susto, achaques de la edad, dijo.

—Es algo más complicado, pero está más animada.

—Me alegro mucho.

—Hannah, te he echado de menos como a nadie.

Y sin esperar más lo besé. Enterré mis dedos entre sus cabellos y lo atraje hasta mí para volver a sentir sus labios sobre los míos. Las manos de Logan pasaron de mi cintura a acariciar con dulzura mi espalda.

—Me gusta mucho este vestido —murmuró en mi oído—. Te sientan bien el azul y este recogido que permite hacer esto.

Beso mi cuello descendiendo hasta mi clavícula y despertando un pequeño gemido.

—Cárgame sobre tu hombro y llevame a un lugar privado.

Rio con los labios sobre mi cuello.

—¿Impaciente, milady? Aún tienes que presentarme a la gente.

Lo hice. Salimos de detrás de ese pilar y le presenté a mis compañeros, incluido Thomas, el cual aprovechó un momento en el que Jake estaba hablando en privado con Logan para susurrarme:

—Ahora sé por qué Japón no fue tan divertido. Es atractivo hasta para mí. ¿Cómo crees que me quedaría uno de esos?

—Tenéis estilos diferentes.

—Horriblemente mal, entiendo. Gracias por la diplomacia. —Sonrió y chocó su brazo con el mío en un gesto amistoso—. Me alegro por ti. Un consejo, llevátelo antes de que las lobas decidan atacar. Lo miran como una presa, fíjate.

Reí y negué con la cabeza.

—Podría quedarse aquí solo toda la noche que cuando volviera conmigo yo estaría tranquila.

—Vaya, sí que le tienes confianza.

—Así es Logan McLean, noble y fiel.

Y como si esas palabras hubieran sido un conjuro, Logan cerró la

conversación con un apretón de manos, cogió dos copas de vino y vino directo hacia mí sin desviar su mirada de la mía.

—¿Dónde dices que es el próximo viaje? —preguntó cuando estuvo a nuestra altura.

—Lo decidiremos juntos —respondí.

Logan se acercó a mí, como si fuera a contarme en confidencia lo que Jake le había dicho, buscó el lóbulo de mi oreja y después susurró:

—Rescátame tú a mí.

Sonreí. De la manera más disimulada que encontré, fui llevándonos hacia la puerta, saludando a unos y otros, cuando llegamos al *hall* saqué la tarjeta del bolso y me dirigí hacia los ascensores.

—¿Te hospedas aquí? —preguntó mirando a su alrededor la lujosa recepción.

—Sí, estas galas suelen terminar muy tarde y vivo al otro lado de la ciudad. Además, me gusta hacer este tipo de cosas de vez en cuando.

—¿Dormir en casas de oro?

Seguía demasiado asombrado, supe que en su cabeza estaba comparando ese lugar con su humilde negocio y no podía permitirlo.

—Es solo un edificio con mármoles y dorados. Le falta un cementerio, el rumor de las olas y un fantasma del siglo XVII. Y lo más importante.

—¿Qué?

—Un servicio de habitaciones que te cargue hasta la cama.

Su carcajada se escuchó en cada rincón. Logan me cogió de la cintura y me cargó sobre su hombro para entrar en el ascensor.

Llegamos a la habitación y él volvió a asombrarse.

—Es como una de las estancias del castillo. —Le escuché murmurar.

—Tendrás que enseñármelo algún día.

—Ahora que Evans ha vuelto de España, seguro que estará encantado de hacer una recepción y dejarnos una de sus habitaciones. Simularemos un viaje. Pero ahora...

Volvió a cargarme hasta la cama y una vez allí ya no hubo más palabras. Sus labios recorrieron todas las partes de mi cuerpo con una

calma que me sobrepasaba.

—Logan…

—Lo sé, pero hoy deja que mande yo, necesito saborearte lentamente para saber que eres real.

Y tan real como el mar que golpea incesantemente las costas de mi nuevo hogar, Logan me hizo el amor esa noche de forma pausada y placentera. Nos dimos todos los besos que nos habían faltado en ese tiempo separados y algunos más. Cerca del amanecer, cerré los ojos pegada a su cuerpo desnudo, envuelta en el *kilt*.

—Me equivocaba —murmuró.

—¿En qué?

—Te sientan mejor los cuadros que el azul liso.

—Siempre que sean tuyos.

—Siempre.

Cerré los ojos sabiendo que ese «siempre» era real.

Epílogo

Logan

La vida puede cambiar en un instante. La mía lo hizo aquella noche después de la gala, cuando vencidos todos los miedos decidí unirme a Hannah en aquella aventura de iniciar mi carrera como fotógrafo.

Extrañamente, combinar las dos cosas fue más sencillo de lo esperado. Compaginamos bastante bien las temporadas en Baileaghràid con los viajes, y en algunas ocasiones ella se fue sola. Eso, sin duda, era lo peor de todo, no acababa de acostumbrarme a estar sin ella.

Sin darnos cuenta había pasado un año, Hannah estaba envuelta en mi *plaid* mirando por la ventana de la habitación.

—¿Qué te tiene tan intrigada? —pregunté desde la cama.

—Están montando los últimos detalles para los Juegos.

—Sí, hoy será un gran día, volveré a vencer a McFàrach en la pelea de espadas. —Hannah se giró para mirarme divertida, estaba preciosa con el pelo deshecho y la marca de la almohada aún reflejada en su rostro—. ¿Tú qué vas a hacer?

—No lo sé —respondió encogiéndose de hombros—. De momento he quedado con las chicas en la plaza para desayunar y creo que tu

madre quería enseñarme a trenzar coronas.

Le hice un gesto para que se sentara a mi lado. Ella vino y se abrazó apoyándose en mi pecho.

—No tienes que hacer nada que no quieras hacer.

—Me apetece hacerlo, es un modo de sentir que soy parte de este pueblo y no solo una visitante. Ayer por la tarde fui con Alba, Aylin y Olivia a recoger flores. Tu hermana nos llevó hasta un prado oculto entre dos bosques, un claro precioso donde se respira paz, fue un momento fantástico.

—¿Olivia te llevó allí?

—Sí, ¿por? Pareces sorprendido.

—Lo estoy. Ella y mi madre se cuidan mucho de enseñar algunas cosas, son pequeños secretos de familia que se transmiten de generación en generación. Los McLean y los Drummond no heredamos castillos o tierras, solo conocimientos antiguos.

—Como hablar con el viento.

—¿Qué sabes de eso?

—No más de lo que me contaron las hermanas cuando estuve investigando para la guía, que tu antepasada Elsbeth vendía vientos favorables y que tu madre sigue consultándole las cuestiones importantes.

—¿Y no te parece una locura?

Se encogió de hombros y se acercó un poco más hasta mí.

—¿Y qué daño hará que para tomar una decisión te escapes con Gaoth a los acantilados y medites en soledad hasta que tú o el viento resolváis el problema?

—Gracias por respetar esos momentos.

—Son tuyos.

Las campanas de la iglesia empezaron a sonar marcando el inicio del día.

Poco después la plaza empezó a llenarse de gente, mujeres ataviadas con los vestidos de otra época, hombres vestidos con sus *kilts* dispuestos a enfrentarse a sus amigos con espadas de madera por el mero hecho de proclamar la victoria momentánea que te otorgaba el honor de burlarte de ellos el resto de la noche.

Contemplé a Hannah, llevaba el pelo recogido en una trenza y decorado con pequeñas flores silvestres, una camisa blanca que se

ceñía a su cuerpo con un justillo y una falda de cuadros rojos y verdes. Estaba preciosa vestida como una humilde campesina. La veía reír junto con Olivia vestida de forma parecida, pero en tonos azules; me acerqué hasta ellas.

—Buenos días, bellas damas.

—Buenos días, caballero —respondió mi hermana aguantándose la risa—. ¿Te das cuenta, hermanito, de que todo el pueblo cambia su modo de vestir hoy menos tú?

—Porque soy el único fiel a mis principios.

—Eso no es cierto —protestó mi chica—. Ahora lleva una camisa holgada y no una camiseta ajustada de algodón.

—¿Quieres ver lo que pasa si tiras de uno de los lazos del cuello? —pregunté jugando con mis cejas. Hannah rio mientras mi hermana se tapaba la cara con gesto de asco.

Le di un beso a mi novia en los labios y me fui con Evans a preparar el torneo infantil.

Pasamos el día enseñando a los más pequeños a luchar, incluso Áine participó. Con una cinta la ayudé a que sujetara una diminuta espada de madera mientras yo trataba de guiarla y Evans hacía de contrincante. Acabamos muertos de risa los tres, medio tumbados en el césped con la pequeña declarándose única vencedora.

—Ya pelea mejor que tú —le dije a Evans y este negó con la cabeza.

—Sí, es una luchadora, como su madre.

Fue entonces cuando el viento cambió, una suave brisa empezó a soplar desde el este portando consigo las buenas intenciones. Miré hacia la zona de mesas, Hannah reía junto con mi madre y mi hermana; las tres, pendientes de nuestro simulacro. Aylin, entre los brazos de Kenneth, nos observaba orgullosa de su pequeña y sus tíos. Alba acariciaba una incipiente tripa, Evans se levantaba del suelo para ir a su lado y darle un dulce beso en los labios. Serían padres a principios de año. Un niño, un nuevo señor McFàrach portador de buenas nuevas para todos nosotros.

Me levanté con la pequeña cogida de mi mano y me dirigí hacia mi familia, un sentimiento cálido llenó mi pecho al referirme a ellas de ese modo e incluir a Hannah. Sin duda mi madre y mi hermana la habían aceptado como tal, sin yo pedirlo ni solicitarlo. De un modo

natural, ambas habían decidido que ella formaría parte de nuestro círculo. Dejé a Áine con sus padres e hice una pequeña reverencia frente a mi madre, que despertó unas cuantas risitas de las tres.

—Señoras, si me lo permiten, tengo una cosa que hacer con mi dama.

—Será si tu dama quiere —dijo mi hermana alzando el mentón de forma digna.

—Su dama quiere, su dama quiere —respondió Hannah muerta de risa y vergüenza.

Se levantó de la silla situándose a mi lado, entonces mi madre me hizo una señal y yo me acerqué para darle un beso en la mejilla, de forma disimulada deslizó algo en mi *sporran*.

—Es el momento —susurró.

—Sí, yo también lo he notado —respondí intensificando el abrazo.

Sabiendo que tenía sus bendiciones llevé a Hannah hasta los establos, montamos en Gaoth e iniciamos un camino en silencio. Ella se recostó en mi pecho y cerró los ojos, dejándose llevar a un destino desconocido, y eso a mí me llenó de paz. Una confianza plena demostrada en todas las formas y momentos.

Cuando llegamos le di un beso en la frente y ella pareció resurgir del trance. Observó a su alrededor la fuerza y grandeza del paisaje. Estábamos entonces sobre los acantilados, desde ese punto teníamos el privilegio de poder observar Baileaghràid en todo su esplendor, desde el faro hasta el castillo. El viento nos traía el sonido lejano de la fiesta, las gaitas formaban parte del rumor de las olas, con la caída del sol se encenderían las hogueras y darían inicio a una fiesta que duraría hasta bien entrada la noche.

—Nunca me habías traído hasta aquí. ¿Es a donde vienes a pensar?

—En ocasiones. Otras solo bajo a la playa.

—Pero cerca del mar y el viento.

—Me conoces muy bien.

—Lo intento.

Me besó con dulzura. Descabalgamos y la guie hasta uno de los salientes. En ese tiempo había perdido el miedo a casi todo, ya podía acariciar a Mantequilla y Mora sin problemas, incluso había ayudado a Cacahuete a tener a su familia cuando la encontramos en una de las

esquinas del establo embarazada y agotada. Se había transformado en otra Hannah sin dejar de ser ella misma.

Hice que se sentara y me situé un poco por debajo.

—Logan, ¿qué ocurre?

—Ocurre que eres una mujer fascinante, en la que confío plenamente. Una mujer que se adapta a mi persona como nunca imaginé. Que disfruta, como yo, de mi gente y mi tierra, pero tiene la paciencia para enseñarme lugares nuevos. En este último año he vivido junto a ti cosas que jamás creí que viviría, y no me refiero solo a visitar lugares nuevos.

—Me ocurre lo mismo. Estoy siendo muy feliz contigo.

—Hannah, sé que te va a parecer una locura, pero los vientos han hablado y ya sabes que yo necesito seguir sus tiempos.

—Antes tus palabras me habrían preocupado, pero ahora sé que sopla viento del este y que es el que trae las buenas nuevas. Además, hoy hay luna creciente, propicia para iniciar nuevos caminos.

—Estás hablando como una verdadera Drummond —murmuré pegando mis labios a sus dedos y besando el anular de la mano izquierda sin dejar de mirarla.

Como esperaba, no hizo falta más señal que esa, su rostro se iluminó y sus ojos empezaron a brillar de emoción.

—Creo que ya sabes la respuesta, pero vas a tener que plantear la pregunta.

Reí y, cogiendo sus manos entre las mías, dije:

—Milady, ¿me haría el honor de ser mi esposa?

—Eres el salvaje junto al que quiero pasar el resto de mi vida.

Me acerqué para besarla y deslicé en su dedo la reliquia familiar que me había dado mi madre. Un anillo que había pasado de generación en generación desde que el primer McLean se casara con la primera Drummond y que ahora lucía en su dedo como la joya más valiosa. Ella lo contempló con los ojos llenos de lágrimas y después me abrazó, volviéndome a besar con toda la pasión que bullía en nuestro interior.

—Te quiero, Logan McLean.

—Te quiero, Hannah Turner.

Nota de autora

Sé que no es bueno tener favoritos, pero lo que es real no se puede ocultar, y sí, Logan es mi favorito. Es sin lugar a dudas el protagonista masculino que más ha llenado mis pensamientos desde su creación. Y se nota, ya que fue crearlo y tener que aparecer; hay guiños a él en diferentes novelas de otras series, como puede ser: *Abril y tus ganas de mí*, de Pacto entre amigas, donde la protagonista ya habla de él. Y *Víctor Duarte tentadoramente picante*, donde es el mejor amigo del protagonista.

Vamos, que Logan es lo que comúnmente se llama «un perejil». Necesita estar en todas las salsas.

Es por eso que creo que es, sin lugar a dudas, mi mejor personaje.

Lejos de lo ocurrido con alguna de mis otras historias, la de él y Hannah estaba clara desde el principio, sabía muy bien cómo eran y no me han dado ningún tipo de problema. Desde el comienzo se han comunicado conmigo y me han dejado claras sus preferencias e intenciones.

Incluso al principio, donde Hannah me miraba preocupada porque no veía nada claro lo de liarse con el brutote.

Tengo que agradecer nuevamente a las cuentas de Instagram de

Kiltedyogis y HighlandertourScotland, pues son fuente de inspiración y referencias a la cultura escocesa y me han ayudado mucho en mi investigación.

Agradecimientos

Gracias a ti, lector anónimo, que confías en mis historias para pasar un buen rato. Espero que hayas llegado al final con una sonrisa de ilusión dibujada en el rostro.

Gracias a Lola Gude, mi editora, y a Laura, mi correctora, porque día a día me demuestran la suerte que tengo de tener a dos grandísimas profesionales detrás. Y junto a ellas el maravilloso equipo de Selecta. Lo digo siempre, pero no por eso es menos verdad, vivo rodeada de talento.

Gracias a mis betas, mis incondicionales, Zahara y Rosalía, que devoran las historias con cariño y que las miman como el primer día.

A mi familia, que día a día me acompañan en este largo camino. No podría tener mejor compañía.

Gracias de todo corazón.

Próximamente

Un beso en las almenas

Serie *Sucedió en Escocia* 6

Zahara C. Ordóñez
Ángeles Valero

Capítulo 1

Ailean

Aquel día, el viento ululaba como si un hechicero hubiera conjurado para apagarlo por siempre y este se defendiera gritando una maldición. Soplaba aplastando las aguas contra las rocas, levantando columnas de agua que arañaban la costa sin compasión. Era la jornada más desapacible de un otrora soleado mes de mayo. Sin embargo, hasta las flores parecían haberse marchitado de golpe y los lugares más luminosos de Baileaghràid se habían tornado oscuros como pluma de cuervo. Las ramas de los árboles apenas parecían muñecos de paja vapuleados, y tuve la sensación de que serían arrancados de las raíces y transportados a tierras lejanas. Sentí que los paisajes que me eran familiares cambiarían en cuanto me alejase de ellos, como si fueran a echarme de menos.

Y es que pertenecía a esa tierra como lo hicieron mis ancestros. Eran mis piernas rocas de las montañas; era mi cuerpo arroyo entre los páramos. Mi piel, la arena de las playas; y mis cabellos, el majestuoso cardo. Escocia era en mí como yo en ella. Y ahora iba a abandonarla; y con ella, todo cuanto amaba.

En aquel día de lluvia furiosa, levanté la vista al cielo gris y pedí a Dios una oportunidad para quedarme que no me fue concedida. Es difícil asumir la realidad cuando esta se presenta contraria a tus expectativas. Cuando has pensado que permanecerás anclado al mismo lugar el resto de tus días y todo se tuerce hasta arrastrarte lejos. Tenía que repetirme que no lo hacía por mí, que lo hacía por mi linaje. Que sus restos no podían perderse sin haber antes luchado por ellos; y es que, desde hacía tiempo, los McFàrach nos hallábamos en una situación precaria. Los años de guerras, los enfrentamientos entre clanes, las hambrunas y la enfermedad nos habían mermado hasta ser solo un recuerdo de lo que fuimos. Una época de esplendor que quedó

atrás. Ahora nadábamos en la precariedad y era yo quien debía solucionarlo.

Yo, Ailean McFàrach, hijo de Bryden y Elisabeth. El único de sus hijos. El de cabellos de fuego y mirada de hierro. Señor de mi clan y el más fiero de sus guerreros. Yo, Ailean McFàrach, habitante ahora de un castillo en ruinas, caído en desgracia. Las hadas no me habían sido favorables arrojándome a tal destino, pero yo iba a demostrarles que esto solo era una época en mi vida, un pequeño escalón antes del gran peldaño que me llevaría a coronarme como los grandes señores de antaño.

Yo, Ailean McFàrach, regresaría victorioso. Con mis manos levantaría lo perdido y erigiría sobre sus ruinas el castillo. Pronto, todo lo que había sido dolor y llanto quedaría atrás. Pronto, la fortuna me sonreiría de nuevo.

Congregué a mis hombres en el Clachan Draoidheil, el viejo círculo de piedras, algo resguardado por un conjunto de árboles. Después de los últimos enfrentamientos no habían quedado más que tres docenas, pero eran guerreros fieles y fieros, dispuestos a sacarle las entrañas a cualquiera que conjurase contra los McFàrach o pronunciase su nombre en vano. El agua les apelmazaba los cabellos y el *plaid*, y resbalaba por los torsos, mayormente desnudos y musculosos. A mis hombres les gustaba sentir el frío y la lluvia. Y también las miradas de las jóvenes curiosas del pueblo. No eran muchas, y había que competir por su afecto, así que se cuidaban de ser los más fuertes, los más capaces, los más avezados. Algunos eran morenos, de largo cabello; otros, castaños. La menor parte pelirrojos, como yo. Casi todos ellos tenían sangre McFàrach en mayor o menor medida, pero también hay otros apellidos de igual renombre en la zona, como los Drummond, que llevaban sirviendo a un señor McFàrach desde que Escocia era Escocia. A todos ellos les debía mucho. Mi vida, en ocasiones. Por eso, fueron los primeros a los que les di una explicación sobre mi parte.

—Como sabéis, hermanos, la situación de los McFàrach es precaria. El castillo se hunde sobre sus cimientos y las malas cosechas han mermado el cereal y los recursos hasta hacer imposible la supervivencia —declaré, mirándolos uno por uno. Sus rostros, iluminados por las antorchas, mostraban un sinfín de expresiones:

temor, curiosidad, tristeza y hasta enfado—. Amo esta tierra más de lo que me amo a mí mismo y es por eso por lo que he de marcharme. Buscar el oro que reflotará estas tierras y que las hará ricas otra vez para que los hombres, mujeres y niños de nuestro clan puedan llevar una vida digna. Solo os pido una cosa en mi ausencia: que cuidéis de estas tierras como si no me hubiera marchado.

Hubo un silencio que pensé que se haría perpetuo, lleno de miradas entre unos y otros. Me pareció que nadie diría nada, que nos quedaríamos allí para siempre, atados a ese momento. Sin embargo, Baen Drummond, mi mano derecha, hincó la rodilla en tierra y con gesto solemne, dijo:

—Daré mi vida por estas tierras, aunque no estéis aquí, hermano. Mi espada será vuestra hasta el día de mi muerte.

Lo miré con el pecho henchido de orgullo. Baen y yo teníamos la misma edad y había estado ahí siempre que lo había necesitado. Los dientes nos habían salido juntos y dimos a la par el primer bocado a un trozo de pan duro. Fueron días dichosos los de nuestra infancia, jugando a las guerras que más tarde vendrían y que se llevarían de nuestro lado a quienes más nos importaban. Pero, fueran cuales fueren los retos a los que esos veinte años nos habían enfrentado, él siempre estaba presto a defender el nombre de nuestro clan, así como nuestra amistad. Por eso lo amaba profundamente, como solo se puede amar al más querido de los hermanos.

Uno a uno siguieron su ejemplo. No dudaron un instante. No hubo titubeo alguno en sus miradas ni se quejaron sus huesos al inclinar la cabeza en señal de nobleza.

—Nuestra lealtad estará siempre con vos y defenderemos el castillo y a las gentes de estas tierras hasta vuestro regreso —dijo Calan Dow, otro de mis hombres.

A mi derecha, lo miré de reojo. Calan no terminaba de gustarme. Era demasiado violento incluso para un hombre de guerra y a menudo sus acciones nos habían traído más problemas que ganancias, pero sus padres habían muerto siendo él muy niño y mi padre lo acogió en casa, así que nos habíamos criado codo con codo. A pesar de ello, no podíamos ser más distintos. Mi carácter era más juicioso, más reposado, más dado a la negociación que a una beligerancia gratuita. Si no quedaba más remedio, era el primero en alzar la espada, pero

siempre confiaba en el poder de una buena negociación. Eso, sabía, a Calan le molestaba. Él solo quería más dominios, más poder, más sangre. No me sentía cómodo dejándolo allí sin mi supervisión, pero confiaba en que Baen, a quien dejaría ocupando mi lugar, sabría mantenerlo al margen. No lo llamaban «Mano de Hierro» por nada.

Después de sus muestras de honor, mientras volvían a ponerse en pie, altos la mayoría como grandes árboles, los miré de nuevo y, con una sonrisa, les dije:

—Volveré antes de que os hayáis dado cuenta. No serán más de tres años, lo prometo.

—Tres años es demasiado tiempo. Pueden pasar muchas cosas —anotó Calan.

—Y sé que sabréis hacer frente a todas —dije.

Nuestras miradas se cruzaron por un instante. La de él era bastante fiera, del negro de la tormenta. Tenía una cicatriz en la mejilla derecha, que acrecentaba ese aspecto feroz. Y es que lo era. Un lobo de las Highlands capaz de matarte a dentelladas si era preciso.

—¿Podemos saber dónde vais, mi señor? —preguntó Caillen, el más joven de todos y también el más apuesto. Allá por donde pasábamos con él, levantaba los suspiros de las muchachas. Era todo un peligro, porque se encaprichaba hasta de las piedras siempre y cuando estas tuvieran dos pechos y unas buenas piernas.

—Al Nuevo Mundo. Más allá del mar, donde dicen que hay inmensa fortuna esperando. He recibido carta de un pariente lejano hablándome de un yacimiento rico en oro y es una oportunidad que no puedo desperdiciar.

—¿Y si perecéis? —Quiso saber el muchacho.

Decir «no voy a morir» era una quimera. La vida era un regalo breve que podía extinguirse de un momento a otro, y no es que mi empresa estuviera exenta de peligros. Para empezar, iba a embarcarme en una larga travesía marítima, quedando a merced de las inclemencias marinas y de las penurias y enfermedades que en los barcos se daban.

—Drummond ocupará mi lugar —declaré convencido—. Es el más cercano en sangre a mí. Si es que todos estáis de acuerdo.

Asintieron de forma decidida. También le guardaban gran respeto a él y era un candidato más que probo para tomar las riendas en mi

ausencia.

Juraron lealtad a su nuevo, y temporal, señor y el cónclave se disolvió después de algunas muestras de afecto de unos hombres a otros. Palmadas en la espalda, palabras soeces dichas sin mala intención, algunos insultos hechos desde el cariño, por los años que llevaban luchando y viviendo juntos. Entre esos hombres había una relación de hermandad que pocas cosas podían quebrar. Algunos me desearon buena suerte, otros, como Ian McAthol, dijeron:

—No muráis estando lejos, quiero beber hasta caer redondo en vuestro funeral.

Reí a carcajadas a su broma.

—Emborracharos a mi costa una vez más. ¿Qué otra cosa podría esperar de un McAthol?

—Un pedo maloliente a medianoche —dijo otro de los más jóvenes del grupo.

—Eh, mocoso. —Ian se fue hacia él para darle un capón.

Los vi por última vez correr el uno detrás del otro mientras se insultaban. Sus espadas refulgieron al calor de las antorchas hasta perderse en la oscuridad del bosque. Cuando se hubieron marchado todos, Baen se acercó a mí despacio.

Su rostro tenía esa pátina de calma que reviste a un hombre sabio al que parece que ni una sola de las imposiciones de la fortuna turbará jamás, sea buena o mala. Me puso una mano en el hombro y, tras agitar la cabeza para quitarse de la frente un largo y oscuro mechón, dijo:

—Voy a echaros de menos, Ailean McFàrach, pero no más de lo que echaría de menos un grano con el que lleve años.

Estaba tenso, él siempre bromeaba cuando se encontraba así.

—Yo también os echaré de menos, Baen Drummond. No más de lo que echaría de menos un dolor de vientre.

Rompimos a reír y nos dimos un abrazo fuerte, dejándonos ver el cariño que sentíamos el uno por el otro.

—¿Os quedáis tranquilo dejándome al cargo?

—Más que si me quedara yo. Sois el mejor de los hombres, Baen, si tuviera una hija ya os habría casado con ella.

—Ah... No le digas eso a mi Brianna o cocerá vuestra cabeza en la sartén con grasa hirviendo mientras aún estáis vivo.

La mujer poseía una casa de huéspedes en el pueblo. Pequeña, aunque confortable, pues tampoco recibía muchos viajeros. Baileaghràid era un lugar que solo a unos pocos les interesaba visitar, en su mayoría botánicos en busca de alguna especie rara que anotar en esos libros llenos de garabatos. Nosotros sabíamos mucho de plantas, pues las usábamos en la cocina y para remedios, así que a menudo nos interrogaban.

Iba a echar de menos los momentos de paz en el pueblo. Iba a echar de menos muchas cosas.

—¿Se lo habéis dicho ya a Evanna? —preguntó Baen.

A ella, sobre todo. A ella la echaría de menos más que al aire que respiraba. Si es que me decía que no, porque iba a proponerle que se viniera conmigo. Una boda rápida y un viaje hacia lo desconocido. Era el amor de mi vida desde que fui niño. Su sola sonrisa tenía el poder de alejar todos mis demonios, de hacer que los días, incluso los peores, se convirtieran en dulce miel. Evanna era lo que más me importaba en el mundo; y si decía que no a mi propuesta, el corazón se me rompería en mil pedazos. No obstante, siendo tan fuerte como era el amor que nos profesábamos, confiaba en una respuesta positiva por su parte, aunque, si sucedía lo contrario, yo sabía que me esperaría los años que hicieran falta hasta mi regreso.

—Voy a verla ahora.

—No os acompañará —dijo muy convencido.

Lo miré casi enfadado por tal afirmación.

—¿Por qué decís eso?

—Su hermano menor está enfermo. No lo dejará pensando que puede morir en su ausencia.

La situación en la casa de Evanna era complicada. Siendo la mayor de cinco hermanos, se hacía cargo de ellos como si fuera su madre, pues la señora había muerto de unas fiebres diez años atrás, cuando ella solo era una niña. Su padre se dedicaba a labrar unas pequeñas tierras que, aunque no daban para demasiado, mantenían a la familia sin problemas. También poseía algunas cabezas de ganado que completaban con su leche las ganancias de los McChridhe. No eran pobres, pero tampoco ricos, y eso la posicionaba en una situación vulnerable, a expensas de un buen matrimonio que pudiera suplir los años de pérdidas que a veces daban las malas cosechas o las

enfermedades de las reses.

No obstante, lo que más la supeditaba a su casa, y a su destino, era ese carácter de madre de todos. De tener que cuidar dejando de lado que ella misma también necesitaba ser cuidada. Por eso, cuando la tenía en mis brazos, trataba de hacerla olvidarse de todo lo malo que rodeaba su vida. Las noches sin dormir, los días de hambre. Yo habría querido ser ese hombre que se lo diese todo. Un hogar confortable, sin agujeros en la techumbre por los que la lluvia se colase, sin rendijas en las paredes por las que el viento entrase helándolo todo en el más crudo invierno. Y eso... eso era mi castillo en esos momentos. Un mero recuerdo de tiempos mejores. Debía de conseguir algo mejor para mi Evanna. Para los dos. El viaje lo hacía, en parte, por ella.

—El pequeño Matt solo tiene un enfriamiento. Se le pasará.

—¿Y creéis que se marchará dejando solo a su padre con cinco mocosos? —Baen negó con la cabeza de forma efusiva—. No, Ailean, ella no se irá con vos.

—Estáis empezando a enfadarme con vuestras palabras. Entiendo la situación de Evanna, pero voy a pedirle que se case conmigo y que inicie una nueva vida lejos de aquí. Su padre puede pedir ayuda a alguien mientras tanto. Ella no es la madre de esos niños, Baen, solo su hermana. ¿Por qué ha de soportar esa carga?

—Porque es así por orden de Dios. Porque se llevó a su madre para que la soportase. Porque es su destino, amigo mío.

—Su destino no es ese. Su destino es ser la señora del castillo y de estas tierras a mi lado.

—Entonces marchaos, volved con fortuna y dadle todo eso de lo que habláis. Pero ahora no sois más que el pobre señor de un gran linaje caído en desgracia. Evanna no se merece unas nupcias rápidas como si fuerais dos fugitivos a punto de deshonrar a vuestras familias.

—Lo sé... —murmuré cabizbajo—. Ella se merece mucho más.

—Entonces, ¿por qué queréis exponerla a eso, exponerla a un viaje y a los peligros que eso supone? Llevarla a una vida desconocida de la que no sabéis nada, porque, Ailean, no sabéis lo que os deparan las tierras del Nuevo Mundo.

Cogí aire y alcé la mirada hacia el cielo. Allá donde un hueco entre los árboles me dejaba ver la lluvia que agujereaba las nubes.

Caían sobre la hierba aplastándola. Así me sentía yo: una brizna de hierba sobre la que había caído la mayor de las gotas.

—Porque no soportaría separarme de ella —dije tras soltar el aire.

Apretó mi hombro con afecto mientras buscaba mi mirada. La clavé en la de él, sincera, llena del cariño que sentía por mí.

—Pues vais a tener que aprender a soportarlo como habéis aprendido a soportar muchas otras cosas. Con la entereza y la valentía de los McFàrach. Lleváis en la sangre siglos y siglos de fieros guerreros. ¿Acaso no vais a poder con esto?

—Podría soportar otra guerra. Cientos de batallas más, pero saberme lejos de Evanna es algo que sé que me destruiría. Ella es la que me ha dado fuerzas durante todo este tiempo. Cuando las cosas se ponían oscuras, ella era la luz que las iluminaba.

—Ay... —Baen suspiró como si no fuera más que un mozalbete—. El amor. Cuántos estragos causa.

—¿Acaso vos seríais capaz de separaros de Brianna?

—Me ataría al lecho para que no me fuese.

En medio de aquel tenso momento me eché a reír.

—Ailean... —repuso él—, no digo que no vaya a ser difícil, pero habéis de entender sus circunstancias.

—Lo sé. Debí de haberme casado con ella hace tiempo.

—No queríais dejar una viuda, por eso no lo hicisteis. Luchábamos contra el clan de los Munro y teníais miedo de acabar muerto y que ella se pasase la vida penando por vos. ¿Lo recordáis?

—¿Y ahora? ¿No lo hará si me marcho y muero lejos de aquí? —me lamenté.

—No vais a morir. No seáis pájaro de mal agüero. —Chasqueó la lengua—. Y no digas: «Moriré si no la tengo», como si fuerais un bardo componiendo una canción, porque os arrojo al lago helado y os hago nadar hasta que se os queden los huevos enanos como el dedo de un niño.

Puse los ojos en blanco y resoplé.

—¿No puedo hablar como los bardos?

—No. Porque no sois uno. Sois un guerrero del clan McFàrach. Su señor, para ser más concretos.

—Ahora ese sois vos.

—Solo hasta que regreséis.

—¿Cuidaréis de todos?

—Como si fueran mis hijos.

—¿No lo parecen a veces? —Reí—. Se comportan como chiquillos en ocasiones.

—Sobre todo cuando corre el alcohol. —Volvió a palmear mi hombro y dijo—: Regresemos al pueblo. Pronto caerá la noche y estos bosques se llenan de lobos. No es que ahora necesite una nueva capa de pieles.

—Hablando de lobos... —le dije, cuando reemprendimos el camino de regreso, amparados por los árboles que flanqueaban un estrecho sendero—. Calan. Vigiladlo de cerca.

—No dará dos pasos sin que le ponga un ojo encima. Aunque tenga que sacármelo de la cuenca y ponérselo en la cabeza.

—No hará falta tanto —dije con media sonrisa—. Solo... vigilad que no haga nada que pueda avergonzarnos. Nos costó mucho llegar a la paz con los Munro como para que en un arrebato se pierda tanto esfuerzo. Tantas vidas que quedaron atrás... no quiero que sus sacrificios hayan sido para nada.

—La paz con los Munro se mantendrá. Os lo aseguro.

—Confío en vos, Mano de Hierro.

Él me lo agradeció con una sonrisa y entonces preguntó:

—¿Cuándo partís?

—Mañana mismo, si los vientos son favorables.

—Ojalá y lo sean siempre, querido amigo.

Y con tales palabras, y un guiño amable, azuzamos a los caballos, pues la lluvia se había hecho más densa y amenazaba con anegar los caminos de barro haciéndolos intransitables. A la entrada del pueblo, nos dijimos adiós con la mano, partiendo en direcciones distintas. Él vivía con Brianna en una casa en el centro, amparada entre callejas y construcciones de piedra con techos de paja; Evanna lo hacía a las afueras, en una granja.

Llegué hasta ella y dejé el caballo en los establos, silentes a aquellas horas, con los animales a resguardo de la lluvia. Corrí hasta cobijarme bajo el tejadillo que cubría la puerta de entrada y toqué tres veces con la aldaba. Aguardé, paciente, a que alguien me abriera. Lo hizo una de las hermanitas de Evanna, Lily, pequeña y regordeta, de unos doce años, así que bajé la cabeza para dedicarle una sonrisa.

—Hola, ¿está vuestra hermana?

—¿Qué hermana?

—Evanna, ¿a qué otra hermana vendría yo a buscar?

La chiquilla se encogió de hombros y, tras pasarse la manga por la nariz, se apartó de la entrada y, a pulmón en grito, llamó a su hermana:

—¡Evanna! El pelirrojo quiere verte.

Así me llamaba desde niña, pues nunca llegó a aprenderse bien mi nombre.

Se marchó, dejándome a la espera. Desde donde estaba no veía nada, porque había una pequeña entrada que daba a una puerta guardada por una cortinilla de pieles, aunque se entreveía cierta claridad venida de la habitación. Había estado dentro alguna vez y sabía que era un salón que servía también como cocina y como dormitorio para los más pequeños y para Evanna. Su padre dormía en un cuartucho aparte, carente de todo lujo, pero adecentado y limpio. Ella se afanaba en que su casa siempre estuviera libre de polvo y barro; de poner flores silvestres frescas en los jarrones para que oliese bien; de mantener a raya la mugre en el rostro de sus hermanos. Sería una buena madre, una buena señora de un lugar como mi castillo. Habría querido que fuera tantas cosas, pues para todas me parecía que era más que válida. Una mujer espléndida.

Escuché ruido dentro, al tiempo que oteaba la oscuridad de la entrada. Al fin, la cortina se descorrió y apareció por ella Evanna. Vestía un mandil impregnado de harina, y hasta tenía un poco en la punta de la nariz. Ella estaba hermosa incluso así. Con su cabello negro recogido y sus preciosos ojos azules brillando bajo la escasa luz de una vela que portaba.

—¿Ailean? —preguntó extrañada—. ¿Qué hacéis aquí? No os esperaba.

Su voz era tan bella como el canto de un gorrión, por eso a veces la llamaba «mi pequeño gorrión».

—Siento haberme presentado de esta forma repentina, pero quería hablaros de algo con urgencia.

Dejó la vela sobre un pequeño mueble, la única decoración de la entrada, y se sacudió las manos en el mandil.

—Pasad, por favor, no os quedéis ahí. —Me miró de arriba abajo

—. Estáis empapado. Aguardad un segundo y traeré algo para secaros.

Asentí, mientras ponía un pie en la antesala. Cerré la puerta a mi espalda y el sonido de la lluvia se amortiguó un poco. La temperatura dentro era más cálida, de seguro había troncos chisporroteando en la chimenea. No me atrevía a dar un paso más allá, no quería turbar la intimidad del hogar de Evanna. Además, tal vez su padre estuviera allí y lo que tenía que hablar con ella había de hacerse en privado. Sin embargo, en cuanto regresó, lo primero que dijo fue:

—¿Qué hacéis ahí de pie? —Me tendió un trapo seco—. Pasad. Dentro recobraréis el calor.

—No quiero molestar. Vuestro padre estará descansando.

—No ha regresado aún. Y siendo que cae esta lluvia, no lo hará hasta que no escampe. Ha salido hoy con las ovejas. Estará en algún refugio del bosque.

Accedí finalmente y pasé tras de ella, al tiempo que me secaba la cara. La estampa que vi en el interior me era ya familiar. Los chiquillos, dos niñas y dos niños, se reunían en torno a una mesa, frente al fuego. Se entretenían con juguetes de madera o con carboncillos sobre hojas viejas mientras dibujaban. Lily me dirigió una breve mirada y después siguió pegando flores secas en unas hojas. Imaginé que el pequeño se encontraba en la cama del padre, pues el lugar era más recogido y tranquilo que el salón para poder reposar.

Me acerqué a la chimenea, junto con Evanna. Necesitaba un poco de calor.

—¿Ha sucedido algo? No esperaba veros por aquí en un día tan desapacible.

—¿Podemos hablar en algún lugar privado? —pregunté en tanto que me calentaba las manos.

Miró a sus hermanos y asintió.

—Vayamos a los establos. No nos molestarán. Están muy entretenidos ahora.

Se quitó el mandil y pidió a los niños que se portasen bien. Después me guio hasta los establos, anejos a la casa.

Estábamos acostumbrados a vernos a solas, ya fuera en el bosque, en el castillo o en aquel mismo lugar. No obstante, jamás habíamos roto ninguna norma, por más que el deseo a veces se nos viera en las pupilas. Lo que sentíamos era tan fuerte que un acercamiento habría

sido natural; sin embargo, yo quería esperar a hacerla mi esposa para culminar aquello que era tan especial, tan nuestro. Y ahora nuestro futuro dependía de una sola respuesta y ni mi más férrea voluntad podía cambiar el transcurso de las cosas, porque había asuntos más poderosos que esta que debían ser tenidos en cuenta.

—Oh, Ailean, estáis tan serio... —Se acercó hasta mí y me abrazó.

Recibí su cálido gesto con una sonrisa. Pocas cosas en el mundo me gustaban más que eso.

—Evanna, mi querida Evanna. Lo que voy a deciros no es un asunto baladí. —Tomé su rostro entre las manos y la miré a los ojos. Con delicadeza, le limpié la punta de la nariz, aún manchada de harina, y ella sonrió.

—Me estáis asustando. ¿Os habéis herido? ¿Estáis enfermo?

—No. —Negué con la cabeza—. Nada de eso, o quizá sí, me temo.

—Dejad de ser tan críptico y hablad de una vez.

Se separó de mí y fue a sentarse sobre un montón de paja. Ocupé un lugar a su lado y la cogí de las manos, con cariño. En aquel lugar ya nos habíamos hecho más de una confidencia y pasado ratos a solas, cuando sus hermanos se iban a dormir y Evanna podía descansar de sus responsabilidades.

—¿Cómo está el pequeño Matt? —pregunté.

—¿Para eso queríais hablar en privado? ¿Para preguntarme por la salud de mi hermano?

—No, pero me preocupa, porque a vos os preocupa.

Tras un gesto abatido, dijo:

—Si sobrevive al verano, cuando llegue el invierno ... No sé si podrá superarlo. Sus pulmones no están bien.

Le apreté las manos con cariño.

—Seguro que se recupera, Evanna. Seguro que Dios tiene compasión por él.

—Había pensado en llevarlo unos días con las hadas, por si ellas pudieran ayudarle.

Estaba muy extendida la creencia popular de que, si dejabas un niño enfermo en los bosques, las hadas cuidaban de él y te lo devolvían sano. Había sucedido algunas veces antes y las mujeres del pueblo tenían mucha fe en ello. Sin embargo, en otras ocasiones, el niño moría y nada podía hacerse por él.

—No creo que sea prudente, Evanna. En los bosques hace frío. Los pulmones de Matt podrían resentirse aún más.

Ella cogió aire hasta llenar los suyos y después lo soltó, mirando al suelo. Notaba la desesperación que el estado de su hermano provocaba en ella, y eso me daba a entender que no había posibilidad alguna de que se viniera conmigo. No lo dejaría solo.

—Evanna —reclamé su atención, buscando que me mirase—. No sois su madre. No deberíais cargar con ese peso sobre vuestros hombros.

—Soy lo único que esos niños tienen.

—Vuestro padre debería de haberse casado de nuevo.

—Ama tanto a mi madre que la sola idea de hacerlo cree que lo convertirá en un traidor a su memoria.

—Es un hombre joven, con varios hijos a su cargo. Lo natural es que se despose.

Suspiró.

—Nada lo hará cambiar de opinión.

—Pero vos habéis de vivir vuestra vida. Algún día os casaréis y tendréis vuestro propio hogar.

—Y en ese hogar, Ailean, estarán mis hermanos. Y si mi futuro esposo no transige con ello, entonces no será mi futuro esposo.

Me miró tan seria que me preocupó.

—Nunca diría que no a eso, ya lo sabéis.

Nerviosa, se levantó y comenzó a caminar por el establo. El caballo de su padre y el mío, los dos habitantes de ese lugar, estaban tranquilos; sin embargo, el movimiento de Evanna los hizo relinchar agitados. Ella se acercó para calmarlos, acariciando a uno y después a otro, con ternura.

—Shhh. Está bien —dijo.

Evanna amaba a los animales. Estaba en su naturaleza hacerlo.

—Evanna... —Caminé hacia ella. Junto al bello animal me detuve, quedando ambos a su lado—. He venido para pediros que emprendáis conmigo un viaje al Nuevo Mundo.

—¿Qué? —Pestañeó repetidas veces, incrédula—. Qué locura es esa, Ailean McFàrach.

Soltó una risa, pues pensó que se lo decía en broma.

—Lo digo muy en serio. ¿Recordáis a mi primo, Murray O'Hare?

—El irlandés.

Asentí.

—Ha hecho fortuna al sur de América en unas minas de oro, gracias a un amigo suyo, español. Ahora es inmensamente rico y quiere compartir su fortuna conmigo.

—Si mal no recuerdo, era un jugador empedernido. Le encantaban las tiradas de dados. Así que poco le durará ese oro del que habláis.

—Tiene tanto que no podría gastarlo en toda una vida. Y yo... La guerra con los Munro ha mermado todos mis recursos, Evanna. No puedo siquiera ofreceros un hogar confortable. El castillo, después de su último ataque, se cae a pedazos. Esos malnacidos prendieron fuego a una de las estancias y han reducido a cenizas el ala oeste. Incluso los tejados se vieron afectados y crujen como hueso de vieja cuando cae la lluvia.

—¿Y creéis que lo más apropiado es marcharos? ¿Dejarlo todo a expensas de que los Munro vuelvan y terminen por destruir el legado de los McFàrach?

—Mis hombres se quedan. Han jurado lealtad a Drummond. Él encabezará una defensa en mi nombre de darse un nuevo ataque. Pero es necesario que me marche, amor mío, no hay posibilidad alguna de conseguir aquí lo que hallaré en el Nuevo Mundo.

—Son tantas las fábulas de riqueza que se cuentan de ese Nuevo Mundo que no sé si creerlas todas. Todos los hombres que regresan lo hacen diciendo que se han hecho ricos, ¿acaso sus montañas están hechas de oro?

—No lo sé, pero lo que sí sé es que hay tantos lugares por descubrir que muchos albergan tesoros. Y me haré con todos para ponerlos a vuestros pies. ¡Incluso cántaras de oro podré tener en el castillo!

Por un instante, ella rio, quizá contagiada por mi ilusión. De nuevo, la tomé de las manos. Mirándola a los ojos con sinceridad, dije:

—Casémonos mañana mismo y venid conmigo.

—¿Casarnos mañana? —Rio aún más—. Os habéis vuelto loco. Tres años esperando a que pidáis mi mano y ahora queréis hacerlo de un día para otro.

—Si no lo he hecho antes ya sabéis por qué era, no quería dejar una viuda que tuviera que lamentarse por mi muerte.

—Me habría lamentado por vuestra muerte igual, porque os amo, Ailean, os amo más que el suelo a las hojas que caen en otoño, pues lo embellecen y le dan vida para la primavera. Os amo más de lo que nadie jamás ha amado en el mundo.

Sus palabras me dieron aliento para pensar en un futuro cercano juntos.

—Entonces, ¿vendréis conmigo?

Tras unos instantes de silencio, negó con la cabeza.

—No. Porque no solo os amo a vos. También amo a mi familia. Y en estos momentos no puedo dejarlos solos.

—Os pongo entre la espada y la pared si os digo que tampoco podéis dejarme solo a mí, por ende, no lo diré. Callaré el dolor que me causa que no me elijáis a mí por encima de todo, pues yo os habría elegido a vos.

—No, Ailean, vos hace tiempo que elegisteis la guerra por encima de mí y hube de conformarme con ello. —Había cierto resquemor en sus palabras, y es que Evanna lo había pasado muy mal en los años de los enfrentamientos. Resuelta, añadió—: Conformaos vos ahora con esto.

—Soy un guerrero, Evanna. Llevo en mí la sangre guerrera de mis antepasados. Es la guerra la que me elige a mí; la que me eligió desde el día en que nací.

—Y yo soy la hija de mi padre y mi lugar está junto a mis hermanos. Como veis, Dios nos ha dado un lugar a cada uno en el que permanecer. Y, por mi honor, que el mío está aquí, aún más cuando planeáis que me case con vos de un día para otro, como si guardase algún secreto que nos comprometiese a ambos.

—Jamás haría nada que pudiera poner en tela de juicio vuestro honor. Que sugiriera mácula alguna en vuestra honra. Pero el barco parte pasado mañana y no habrá otro en mucho tiempo. No puedo demorar mi partida —suspiré apenado.

—Entonces, mi querido Ailean, no queda nada más que decidir.

—Sonáis tan fría... Parece como si no os importase.

—No digáis eso. Tengo el alma rota en pedazos. Pero ¿qué puedo hacer? ¿Suplicaros para que os quedéis? —Puso los brazos en jarra—. ¿Acaso atenderíais a mis súplicas? No, Ailean McFàrach, porque tenéis la cabeza de hierro y cuando algo se os mete en ella no hay quién os

lo saque.

Me encantaba cuando se ponía así de brava. Había algo en ella que me hacía amarla aún más. Quizá la fuerza que demostraba. Quizá el temple al no atizarme con algún palo en la cabeza siendo que lo que le decía le provocaba un gran disgusto.

—Un hombre tiene que tomar decisiones, Evanna.

—Y una mujer también, aunque a los caballeros os parezca que no, que vivimos según viene la corriente sin decidir nunca por nosotras. Tomamos decisiones, a diario. Quizá no sean relevantes como las del señor del castillo, pero son importantes. ¿O es que la cantidad de harina en el pan no lo es? En exceso, lo dejaría incomible. Su falta tampoco le haría bien a la masa.

—Nunca diré que las decisiones que tomáis no lo sean, solo que esta que habéis tomado no me agrada en absoluto.

—A mí tampoco. —Frunció los labios en señal de angustia—. A mí tampoco.

Nos miramos en silencio durante unos segundos, hasta que solté un largo y cansado suspiro, y caminé hacia ella.

—¡¿Cómo viviré sin vos?! ¿Acaso puede el hombre vivir sin aire? ¿Puede el río vivir sin agua y seguir llamándose así? No. —Negué con la cabeza—. Me niego a separarme de vos. —La abracé con todas mis fuerzas, besando sus cabellos. Era más pequeña que yo, y mi barbilla quedaba por encima de su cabeza, que reposaba en mi pecho—. Cambiad de opinión y decid que vendréis conmigo.

—No puedo, Ailean. No puedo —sollozó—. Pero os esperaré. Juro por Dios que lo haré, tardéis el tiempo que tardéis.

Eso me dio cierta esperanza, haciéndome sentir mejor. Aunque la separación sería dura, la perspectiva de estar juntos a mi vuelta la hacía menos amarga.

—Id a ese Nuevo Mundo lleno de promesas y volved con las manos llenas de ellas. Mientras, me quedaré aguardando por vos, y el día en que regreséis será como si nunca os hubierais marchado.

—¿Creéis que será así? No sé cuánto tiempo estaré fuera.

—¿Ni siquiera una aproximación? ¿Es que pensáis marcharos para siempre?

—No, mi amor. ¿Para siempre? No podría vivir lejos de Escocia toda una vida. Amo demasiado este lugar como para no añorarlo en

exceso. Le he dicho a Drummond que estaré fuera tres años, aunque no sé si serán más.

—Tres años... Tres años que ahora se llaman «eternidad».

—Es demasiado, ¿verdad? —dije compungido. Para mí lo sería, desde luego—. Entendería que os replantearais esperar por mí.

—¿Acaso queréis verme en brazos de otro hombre? —dijo molesta.

—Yo no he dicho eso, fierecilla. —Reí, tocándole la punta de la nariz con gesto cariñoso. Ella hizo un mohín divertido, con media sonrisa—. Solo que es mucho tiempo; y el corazón de una mujer, demasiado impaciente.

—¡¿Impaciente el corazón de una mujer?! Acabáramos... —resopló—. No podríais decir sinsentido mayor. Las mujeres hemos aprendido a esperar, Ailean. A esperar por un cortejo, por una solución; a aguardar el regreso del hombre de la batalla; a esperar un gesto de afecto que nunca llega.

—¿Un gesto de afecto que nunca llega? —pregunté con interés.

Ella se ruborizó, agachando la mirada.

—Hace tres años que me declarasteis vuestro amor y no habéis...

Supe leer entre líneas.

—Evanna, no penséis que mi amor por vos es menor al no haberos reclamado nada en ese aspecto, pero jamás haría nada que pusiera en tela de juicio vuestra honra, ya os lo he dicho antes.

—El resto de los hombres lo hacen. Los he oído más de una vez en el bosque o en el pajar. Drummond y Brianna, por ejemplo, lo hacían antes de casarse.

—¿Y sabéis qué pasó? —Cuando ella negó con la cabeza, repuse—: Que tuvieron que casarse a toda prisa porque Brianna quedó encinta. Incluso en medio de la guerra con los Munro hubo que casarlos de cualquier manera en el bosque.

—Y ahora tiene una hija maravillosa de él. Vos os vais a marchar y a mí no me queda nada de vos. Solo un recuerdo que temo con los días se haga difuso hasta que no sea más que una onda de agua que se dispersa.

—No digáis eso. Tenéis mi promesa de que regresaré y, cuando lo haga, celebraremos la boda más hermosa que se haya visto en todo Baileaghràid, llena de pompa y boato, con grandes ramos de flores

blancas adornándolo todo. Y después... —La apreté contra mi cuerpo, aferrado a su cintura—. Después os haré mía tantas veces que olvidaréis vuestro nombre y tendremos una decena de chiquillos de pelo rojo y ojos azules corriendo por la casa y gritando: «¡Madre, padre! ¿¡Dónde está mi caballo de madera!? ¡Mi hermana me ha tirado del pelo! ¡Se me caen los mocos!».

Ella rompió a reír de forma espontánea, sin duda divertida ante la perspectiva. Con mirada tierna, dijo:

—Os echaré de menos, mi dulce Ailean.

—Y yo a vos, mi amada Evanna. —Posé un beso en su frente y después descendí hasta ponerlo en sus labios. Dulces, se entreabrían anhelantes, esperándome—. Más que a nada en este mundo.

—¿O en el Nuevo?

—O en el Nuevo.

Y con un beso rebosante de pasión, sellamos un pacto entre nosotros. El de la espera y la paciencia. El de ser inviernos que aguardan una primavera en la que floreceríamos sin dudar. De haber sabido entonces que el destino tenía otros planes, no me habría separado de ella. Pero la vida nos impone caminos llenos de rocas y peligros que a veces no nos queda más remedio que transitar.

Al día siguiente partí en un barco hacia Edimburgo, desde donde cogería otro que me llevaría al sur de Inglaterra y de allí a una larga travesía hacia una tierra prometida en la que veía ya la salvación a todos mis males. Y cierto es que me aguardaban fortuna y prosperidad. Tan cierto como que, mientras la balanza de mis circunstancias se elevaba hacia un lado, el otro caía desplomado sin que yo lo supiera.

Si te ha gustado

Deseo en las Highlands

puedes disfrutar de estas

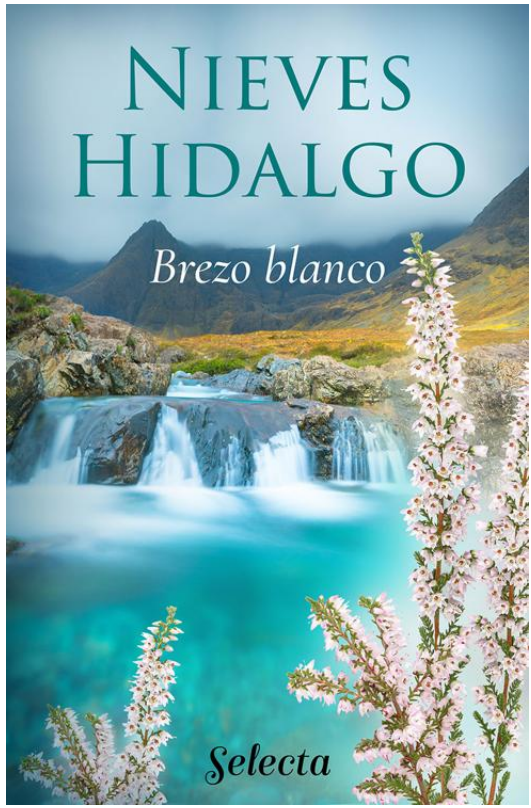
Escocesa 1

La novia rebelde

Julie Garwood

Selecta

Jimena Cook
PROMESA DE AMOR
Selecta


Nieves Hidalgo
Brezo blanco
Selecta

Selecta
Siervo de tu amor
Sandra Bree

Víbora

LA GUARDIA DE LOS HIGHLANDERS 4

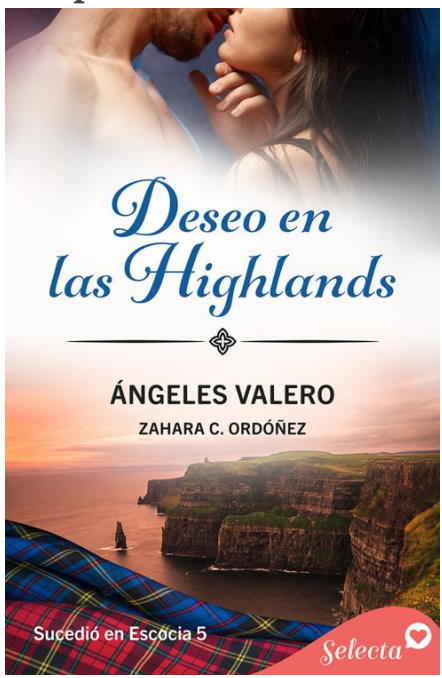
MONICA MCCARTY

Selecta

EN MANOS de un
HIGHLANDER
Encarna Magin
Selecta

Ana E. Guevara
En los ojos del highlander
Selecta

«Sabía que esa mujer le haría perder la cabeza, pero después de esa noche tuvo claro que no podría evitarlo».



Hannah Turner ha recorrido medio mundo como autora de guías turísticas. Un cambio en la línea editorial altera sus planes y en lugar de viajar al moderno Tokio tiene que visitar la zona más agreste de las Highlands.

Logan McLean es el dueño del hotel rural del pueblo. Tan rudo como las tierras que lo vieron nacer, disfruta de su cómoda y rutinaria vida hasta que Hannah se hospeda en su negocio.

El alojamiento es muy distinto a lo que ella está acostumbrada y sus exigencias provocan grandes y ruidosos enfrentamientos entre ellos. De carácteres dispares, lo suyo será una batalla que mantendrá a todo el pueblo expectante.

Sin embargo, una noche de tormenta, al calor de la chimenea, descubrirán que lo que creían defectos son virtudes que sus corazones no pueden seguir ignorando.

«He viajado lo suficiente como para saber que tú eres mi destino».

Ángeles Valero (Valencia 1982), es una apasionada de los libros y la escritura. Le encanta viajar a lugares poco conocidos de su tierra y descubrir costumbres, gastronomía, historias o leyendas de la zona para poder plasmarlas en sus novelas. Siempre encuentra una calle misteriosa, un recoveco apartado donde dejar que sus personajes vivan sus historias de amor.

Noche de patatas fritas y cerveza es su primera novela, una divertida comedia romántica.

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Edición en formato digital: octubre de 2023
© 2023, Ángeles Valero © 2023, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Bárbara Sansó Genovart
Imágenes: Shutterstock
Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
ISBN: 978-84-19116-58-1
Conversión digital: leerendigital.com Facebook: penguinebooks Facebook: SomosSelecta Twitter: penguinlibros Instagram: somosselecta Youtube: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro.»

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Penguinlibros

[1] La vendedora de vientos.

[2] Si quieres saber más de ella puedes leer *Una promesa al viento* escrito por Zahara C. Ordóñez, el cuarto de esta misma serie.

[3] Término gaélico para referirse a personas inglesas o, directamente, no escocesas.

[4] Si quieres saber el porqué de este cartel puedes leer la historia de los Dow en *Un beso en las almenas*, el sexto libro de esta misma serie escrito por Zahara C. Ordóñez.

[5] Traducción literal: «Le dice el muerto al degollado: ¿quién te ha hecho ese agujero?». Se utiliza para señalar que precisamente la persona que se queja de una acción es la que la está cometiendo.

Índice

Deseo en las Highlands

Capítulo 1. Logan
Capítulo 2. Hannah
Capítulo 3. Logan
Capítulo 4. Hannah
Capítulo 5. Logan
Capítulo 6. Hannah
Capítulo 7. Logan
Capítulo 8. Hannah
Capítulo 9. Logan
Capítulo 10. Hannah
Capítulo 11. Logan
Capítulo 12. Hannah
Capítulo 13. Logan
Capítulo 14. Hannah
Epílogo. Logan
Nota de autora
Agradecimientos
Próximamente

Si te ha gustado esta novela
Sobre este libro
Sobre Ángeles Valero
Créditos
Notas